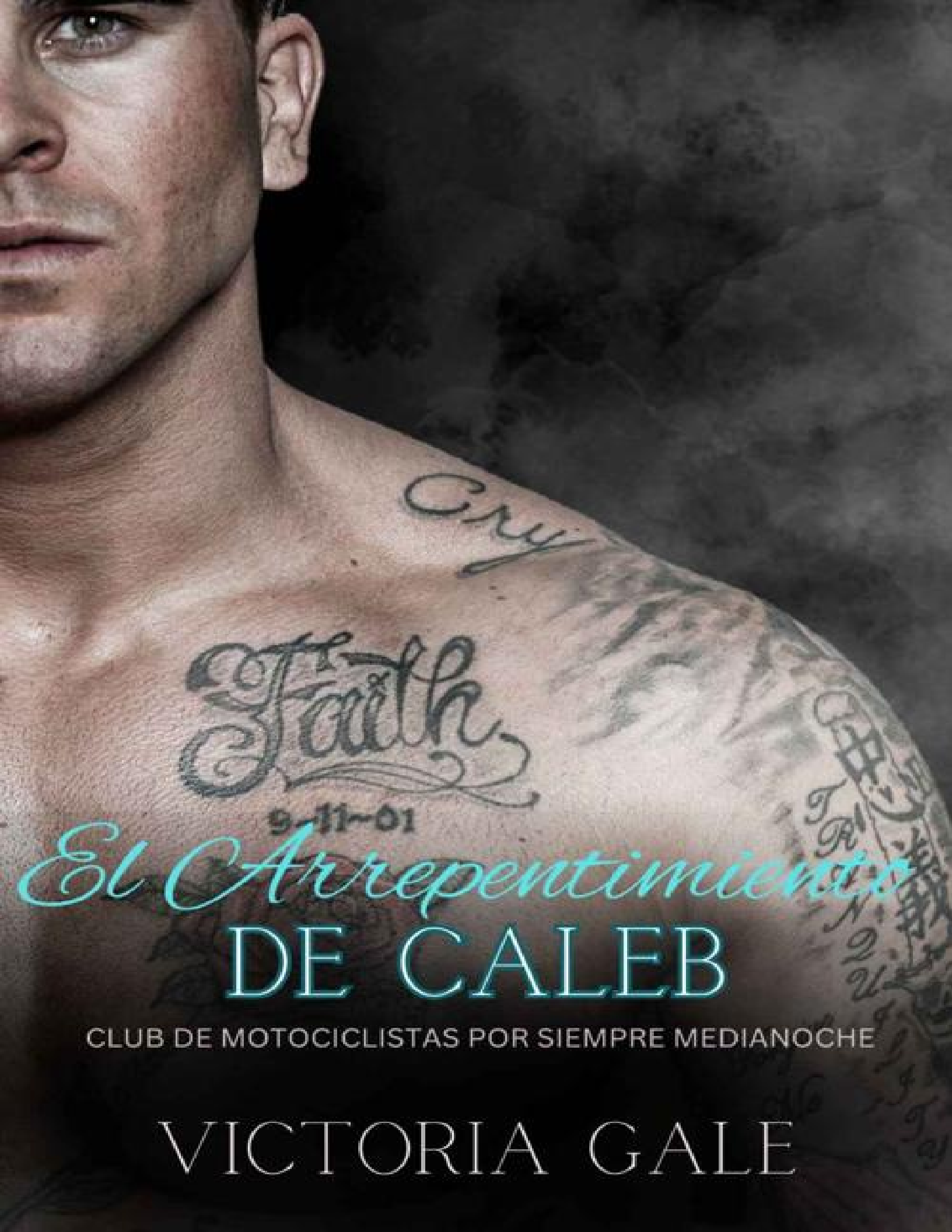




Cry

Faith

9-11-01

El Arrepentimiento
DE CALEB

CLUB DE MOTOCICLISTAS POR SIEMPRE MEDIANOCHE

VICTORIA GALE

El Arrepentimiento de Caleb

Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche

Libro Dos

Victoria Gale

Publicado en 2024 por
Deryn Publishing
Reino Unido

Primera Edición

© 2024 Deryn Publishing

Todos los personajes, lugares y eventos son ficticios. Cualquier parecido con personas, lugares o eventos reales es pura coincidencia.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, copiada, almacenada o distribuida en cualquier forma, sin el permiso previo por escrito del editor

Prólogo

Inhalé una bocanada de aire frío nocturno y me ajusté el cuello del abrigo. Me dolía la cabeza, me dolían los pies y el agotamiento amenazaba con tumbarme y mantenerme en el suelo. Eso es lo que me gané por hacer un turno doble en el aeropuerto. Mi tercero esta semana.

Me froté la cabeza e intenté bloquear el zumbido incesante de los aviones que casi ahogaba el timbre de mi teléfono en el bolso.

—Hola, Caleb —dije, con alivio evidente en mi voz cuando contesté. Era difícil ser la novia de un miembro del Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche. Más aún ahora que el padre de Caleb había muerto y él había asumido el manto de Presidente—. ¿Dónde estás? —pregunté.

—Todavía en México, nena. Tenemos una pista sobre el cabrón que acabó con papá y deberíamos alcanzarlo en un día o dos. Volveremos a casa justo después de eso.

Solté un suspiro y me froté la cabeza de nuevo. Mi dolor de cabeza palpitaba con fuerza, al igual que el temor que me golpeaba en el estómago. Sabía quién era Caleb, y sabía que ni él ni su hermano, Cane, podían dejar que la policía se encargara de encontrar al tipo que mató a su padre. Pero eso no significaba que estuviera feliz al respecto, ni que no temiera lo que pudiera pasarle en el proceso. Esa preocupación había sido la razón de mi turno doble. De todos los turnos dobles que había tomado desde el funeral y la partida de Caleb hace una semana. Era más fácil para mí desmayarme de cansancio que intentar conciliar el sueño.

—¿Eso es un avión en el fondo? —preguntó Caleb—. ¿Sigues en el maldito trabajo o empezando otro turno? Ya te lo dije, no necesitas hacer eso. Yo puedo cuidar de nosotros. Renuncia de una vez. Te explotan como a un perro.

A pesar de mí misma, sonreí. Habíamos tenido esta conversación mil veces. Así como estaba en la naturaleza de Caleb ir tras la persona que mató a su padre, también estaba en su naturaleza ser un mandón que pensaba que era su trabajo encargarse de todas mis necesidades. Pero estaba en mi naturaleza trabajar, y él lo sabía.

—Te diré algo —dije, decidiendo complacerlo—. He acumulado algunos días libres. Tan pronto como regreses, los tomaré. Podemos irnos de vacaciones juntos. Dios sabe que ambos podríamos usar unas vacaciones.

—No te equivocas —dijo—. Pero Cane...

—Cane es un hombre grande que puede cuidarse solo. Además, tendrá a Bono y a los demás para cuidarlo.

—No estoy seguro de que sea el momento adecuado para dejarlo solo. Papá era la única familia de sangre que teníamos. Ya sabes lo jodidamente melancólico que se pone Cane.

Solté una risa irónica. —Vaya que lo sé. Es muy parecido a su hermano en ese aspecto. Dale algo en qué enfocarse y estará bien.

—Sí, ¿y qué hay de mí?

—Bueno —dije, sonriendo—. Me aseguraré de que estés bien. Ya sabes, es parte de mi descripción de trabajo como Gerente de Salón asegurarme de que todos reciban un servicio de cinco estrellas.

—Sí. ¿Qué tipo de servicio de cinco estrellas tienes en mente para mí?

Eché un vistazo a lo largo del pasillo que llevaba desde la sala de embarque y el estacionamiento de corto plazo hasta el estacionamiento de empleados, mi destino. No había nadie a la vista. —Es un servicio especial que reservo para hombres tatuados musculosos llamados Caleb Landon —dije, casi gritando para hacerme oír por encima del sonido de un avión

rodando por la pista—. El hombre que hace que mi centro palpite y mis bragas se mojen solo con decir mi nombre.

Caleb gruñó por el teléfono. —Ahora, Amber —dijo con una voz profunda y sensual que me hizo reír—, eso suena como un servicio en el que podría interesarme. Siempre y cuando no haya ningún otro cabrón llamado Caleb Landon en un radio de trece mil kilómetros de tu ubicación.

Me reí de nuevo. —Estoy bastante segura de que el diámetro de la Tierra es un poco menos de trece mil kilómetros.

—Tienes razón. No es lo suficientemente lejos. ¿A cuántos kilómetros está Plutón?

—No tengo idea. Probablemente estamos hablando de miles de millones.

Escuché una voz de fondo gritando el nombre de Caleb, seguida de un alboroto. Las voces eran indistintas y no pude entender lo que estaba pasando.

Después de un momento, Caleb volvió a nuestra llamada. —Lo siento, nena. Tengo que irme. Volveré pronto, lo prometo.

—De acuerdo —dije, mi preocupación volviendo—. Cuídate. Vuelve a casa conmigo y tomaremos ese descanso, ¿vale?

—Amber. En serio, no puedo dejar a Cane.

Pero puedes dejarme a mí, me resistí a mencionar. En su lugar, dije: —Lo sé, la familia es lo primero.

—Joder. ¿Tenemos que ir por ahí ahora?

—¿Ir por dónde? —pregunté, mi mente cansada confundida por el cambio en su tono—. Ah —dije, cuando la realización encajó en su lugar. Familia. Siempre me parecía extraño que Caleb se enojara cuando señalaba que su familia era lo primero, y eso incluía a todos los hermanos de Por Siempre Medianoche, especialmente cuando era cierto.

—Mira. Te llamaré mañana y te veré en un par de días. Puedes darme toda la jodida lección que quieras entonces. Tengo que irme.

—A veces puedes ser un completo cabrón, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé. Por eso me amas —dijo, intentando aligerar su voz de nuevo—. Yo también te amo, ¿sabes?

—Lo sé. Solo date prisa en volver a casa.

Con eso, terminó la llamada, y yo dejé escapar otro suspiro de frustración. Era genial escuchar la voz de Caleb, pero la preocupación de que fuera la última vez me llenó de un escalofrío helado que no tenía nada que ver con el clima.

Sacudí la cabeza y caminé hacia el estacionamiento iluminado. Noté que la batería de mi teléfono estaba al cinco por ciento e hice una nota mental de ponerlo a cargar en el coche antes de meterlo en mi bolso y buscar mis llaves. Caleb me había dicho que siempre las tuviera en la mano cuando me acercara al coche para asegurarme de que nadie pudiera sorprenderme en los segundos que me tomaría sacarlas. Siempre me burlaba de la idea. Esto era un aeropuerto, por el amor de Dios, no podías encontrar mejor seguridad. Aun así, la noche tenía una sensación hueca, incluso con el bullicio del aeropuerto detrás de mí. Nubes siniestras arremolinándose alrededor de la luna como tinta negra en el agua. Me estremecí y aceleré el paso mientras me recordaba que había hecho este mismo viaje día tras día, y que estaba perfectamente a salvo. Tal vez saber que iba a casa a una casa vacía con Caleb a más de mil millas de distancia en México me tenía al borde. El cansancio no ayudaba.

Zigzagueé entre los coches estacionados, desesperada por llegar a la seguridad del mío y estar en la carretera para mi viaje de una hora a Castle Rock y a casa. Me dije a mí misma que

era mi imaginación cuando escuché pasos detrás de mí. Después de todo, ¿quién podría oírlos por encima del sonido de los aviones? Pero luego se hicieron más rápidos, y escuché correr. Me di la vuelta a tiempo para ver a alguien cargando contra mí desde un árbol al lado del estacionamiento.

Mi corazón retumbó. Agarré mi llave del coche y la apunté entre mis nudillos, lista para usarla como arma si fuera necesario.

—Amber —llamó una voz al mismo tiempo que el rostro de mi perseguidor se hizo visible, iluminado por la luz LED del estacionamiento.

—Maldita sea, Sophia —dije—. ¿Estás tratando de darme un ataque al corazón?

Ella enlazó su brazo con el mío y me arrastró al área abierta entre los coches. —Solo quería alcanzarte, eso es todo —dijo y se estremeció—. Este lugar me da escalofríos después de oscurecer.

—Así que decidiste asustarme a mí a cambio —dije.

—Oh, estarás bien. Nadie pensaría siquiera en tocarte con ese novio grande y malo que tienes.

—No es tan malo.

—Ooh. —Sophia levantó una ceja excesivamente depilada hacia mí—. Eso significa que es grande. ¿Qué tan grande estamos hablando? ¿Diez? ¿Doce pulgadas? —Me reí, y ella me arrastró hacia su coche—. Nos vemos en unos días, chica —dijo y saltó dentro.

Esperé hasta que se alejó conduciendo antes de encontrar mi propio coche. Tiré mi bolso en el asiento del pasajero y me quité el abrigo antes de arrancar el motor, acelerándolo por unos segundos para activar la calefacción. Abrochándome el cinturón de seguridad, encendí la radio a bajo volumen y me dirigí lejos del aeropuerto, hacia la I-25. Tenía los próximos dos días libres del trabajo y planeaba pasarlos acurrucada en la cama con un buen libro y una botella de agua caliente. Una botella de vino tampoco vendría mal.

Debía estar a unos veinte minutos de Castle Rock cuando escuché por primera vez el rugido de motos detrás de mí. Mi primer pensamiento fue que eran algunos de los hermanos de Por Siempre Medianoche, pero esa noción pronto se desvaneció cuando la moto líder se puso al lado de mi coche y se mantuvo en mi punto ciego. Ninguno de los hermanos haría una tontería así.

Reduje un poco la velocidad para dejarlo pasar, pero él imitó mis acciones. Cinco motos más se unieron a él, y una se puso junto a mi ventana, indicándome que me detuviera.

Sí, claro, como si eso fuera a suceder.

Dos de los motociclistas se pusieron detrás de mí y encendieron sus luces altas. Ajusté mi espejo retrovisor para evitar su resplandor y pisé el acelerador para aumentar la velocidad.

Mi estómago se sentía duro como una roca y mi mano temblaba mientras apagaba la radio para concentrarme mejor en mi situación. Todas las motocicletas se pusieron a mi lado, un torbellino de ruido, cuero y amenaza. Me indicaron de nuevo que me detuviera. Cuando no lo hice, retrocedieron. Todos excepto uno, que aceleró pasándome de largo antes de dar la vuelta en la carretera y venir hacia mí en un juego de gallina a todo o nada.

—Solo atropéllalo —me dije, esperando que expresar las palabras me diera fuerza—. El daño para él será mucho mayor que para ti.

Mi corazón latía con fuerza y todo lo que podía ver era la luz alta de la moto que se dirigía hacia mí. Se formaron lágrimas en mis ojos y me repetía una y otra vez que siguiera derecho, que él se apartaría; tenía que apartarse. Pero no lo hizo.

En el último segundo, giré bruscamente el volante hacia un lado y el coche se lanzó hacia

la berma de césped. Mantuve la cabeza fría y el control del vehículo, con la intención de volver a la carretera, pero mi rueda golpeó algo, y mi neumático explotó con un fuerte estallido, seguido de un silbido de aire y un incesante aleteo. Mi coche se desaceleró instantáneamente y se desvió hacia la izquierda. No tuve otra opción que aguantar, reducir la velocidad gradualmente o arriesgarme a volcar el coche.

En cuanto el coche se detuvo, me abalancé sobre mi bolso y agarré mi teléfono. Dos por ciento. Casi grité, pero intenté hacer una llamada de todos modos. Solo había logrado marcar uno de los tres números que necesitaba llamar antes de que se apagara por completo.

La puerta de mi coche se abrió de golpe y alguien me agarró del brazo, se inclinó sobre mí y desabrochó mi cinturón de seguridad antes de arrastrarme fuera del coche y lanzarme contra un lado.

Mi corazón latía con fuerza y mi respiración se volvió entrecortada mientras el pánico y el miedo crecían en mi interior. Había sido tan estúpida. Debería haber seguido acelerando. Él se habría apartado.

Cinco motos formaron un círculo a mi alrededor y alrededor del hombre que me había sacado del coche. Bajo su luz cegadora, era difícil ver algo más que la sonrisa en el rostro del hombre de pelo oscuro frente a mí.

—Amber Gerald, supongo —dijo y pasó un dedo por mi mejilla—. ¿Has oído hablar de los Hijos Salvajes?

Sí, había oído hablar de ellos. Me aparté bruscamente e intenté retroceder un paso, pero no tenía a dónde ir. —¿Qué quieres? —pregunté.

Levantó la mano e hizo un gesto a los tipos de las motos. Para mi sorpresa, retrocedieron. Pero cuando tomaron posiciones a lo largo de ambos extremos de la carretera, a unos ochocientos metros, me di cuenta de que eran vigías.

—Si sabes quién soy, entonces conoces a mi novio, ¿no? —dije, intentando sonar más valiente de lo que me sentía.

—Tu novio, Caleb Landon, es la puta razón por la que estoy aquí. Me gusta patear a un hombre cuando está caído, y tú me vas a ayudar a hacerlo.

Con la tenue luz que venía de mi coche y la luna sobre nosotros, noté que la mancha negra en su cuello era un tatuaje de un león con una corona. Vio que lo estaba mirando y levantó la barbilla para darme una mejor vista.

—Te gusta eso —dijo antes de pasar su mano por mi mejilla, mi cuello, mi pecho—. Asegúrate de decirle a Caleb exactamente lo que viste en el tipo que te hizo daño.

Quería gritar, atacar. Levanté la rodilla de golpe, asestando un golpe en la entrepierna del hombre. Retrocedió por un momento. Salí corriendo. No había dado ni tres pasos cuando me empujó al suelo, agarró mis piernas y me acercó a él.

—Me gusta una mujer con algo de pelea —dijo mientras me agarraba del cuello.

Capítulo Uno

(Cuatro años después)

Amber

Detuve el coche y me giré en el asiento para mirar a mi hermoso ángel. Sus ojos marrones oscuros eran tan diferentes a los azules míos. Al menos tenía mi pelo rubio, aunque sospechaba que eso cambiaría a medida que creciera.

—¿Estás lista, Charlie-bebé? —pregunté—. ¿Estás emocionada por ver a la tía Sophia, al tío Franc y a la tía Caroline?

Chilló, agitó las piernas y tiró de las correas que la sujetaban a su silla de coche. Deseé que las náuseas que me subían por el estómago tuvieran más que ver con la emoción que con los nervios.

Cuatro años. Cuatro años desde que había estado al sur de Denver. Parecía una eternidad. En el caso de Charlie, era toda su vida, y más. Aunque nunca había estado a más de una hora en coche de Castle Rock y del hogar que una vez tuve allí, nunca había hecho el viaje, hasta ahora.

—Mamá ya va —dije, y salí del coche antes de abrir la puerta trasera y liberar a Charlie.

—Caminar —se retorció en mis brazos hasta que la dejé en el suelo.

—Toma la mano de mamá junto a la carretera, Charlie-bebé —dije cuando intentó correr adelante. Se detuvo en seco y me esperó con la mano extendida en alto lista para que la tomara.

Mis nervios habían aumentado cuando el entorno pasó de la gran ciudad al campo, y ahora sentía que estaban a punto de estallar. Aun así, no me perdería la boda de mi mejor amiga por nada del mundo. No después de todo lo que había hecho por mí.

Antes de que pudiéramos llegar a la puerta del bungalow de los padres de Sophia, donde nos quedaríamos los próximos días, esta se abrió de golpe y ella salió corriendo a recibirnos.

—Hola, chica —dijo, dándome un rápido abrazo antes de agacharse al nivel de Charlie—. Hola, pequeña, ¿tienes un gran abrazo para tu tía Sophia? —Charlie le echó los brazos al cuello, y Sophia la levantó del suelo—. Oh, estás creciendo tanto, Charlie. Asegúrate de no crecer demasiado rápido o no podré levantarte.

Sophia hizo un gesto con la cabeza para que entráramos. —Déjame primero coger nuestras maletas del maletero —dije y pasé la mano por la cabeza de Charlie—. ¿Estarás bien con la tía Sophia unos segundos?

—Tía Sophia —repitió Charlie y se aferró más fuerte a su cuello mientras saltaba arriba y abajo.

Sophia se rió. —Estará bien.

Sonreí para mis adentros y volví al coche. Exhalando un profundo suspiro, contemplé las vistas del pueblo y el campo circundante. Me pregunté brevemente si tendríamos tiempo de hacer una caminata hasta el risco de Castle Rock, el homónimo de nuestro pequeño pueblo, pero decidí que las pequeñas piernas de Charlie aún no estaban preparadas para ello.

Quizás cuando sea mayor.

Me quedé paralizada, con la maleta en la mano, sorprendida por el pensamiento. La nostalgia me golpeó en lo más profundo. Había echado tanto de menos este lugar y ni siquiera me había dado cuenta. Se me formó un nudo en la garganta. Se suponía que esto era algo de una sola vez. El pueblo guardaba demasiados malos recuerdos como para pensar en volver. Aunque tal vez, estando en casa, los buenos superarían a los malos.

—Amber —llamó el padre de Sophia. Al verme con la maleta, se apresuró y me la quitó

de la mano—. Vamos, entremos rápido. Espero que tengas hambre. Caroline tiene chili en la estufa.

—Gracias, señor Cortez.

Negó con la cabeza y se echó mi maleta al hombro. —No sé cuántas veces te he dicho que me llames Franc.

—Lo siento, Franc. Las viejas costumbres son difíciles de cambiar.

Tan pronto como entramos en la casa, Caroline corrió y se deshizo en atenciones con Charlie durante unos minutos antes de volverse hacia mí y abrazarme. —Mírate, tan encantadora como siempre —dijo y puso su mano en mi mejilla—. ¿Cómo estás?

Asentí y sonreí. —Estoy bien. De verdad que sí.

—Me alegra oír eso. Espera a ver el fabuloso vestido que Sophia ha elegido para que te pongas. Para la pequeña también. Una de sus otras damas de honor debería llegar pronto. La dulce chica está embarazada. Ya sabes cómo es eso. Su talla cambia a diario, así que haremos una última prueba antes del gran día para asegurarnos de que su vestido le quede bien. —Exhaló un suspiro de exasperación y se excusó para ir a la cocina y atender su chili.

—Pondré tu maleta en la habitación —gritó Franc, mientras Sophia, aún cargando a Charlie, y yo seguíamos a Caroline.

—Banana —chilló Charlie y señaló el frutero en el centro de la isla. Sophia la sentó encima de la encimera y le entregó la fruta, pelándola primero.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir —dijo Sophia estirándose para apretarme la mano.

—Sí, yo también —limpié una mancha de plátano de la cara de Charlie—. Es que no puedo creer que te vayas a casar, y con un hombre al que solo he visto una vez. Siento que me estoy perdiendo gran parte de tu vida.

—Lo sé, chica. Yo también —miró a Caroline y a mí y nos preguntó a ambas si estaba bien que Caroline cuidara de Charlie por unos minutos.

—Me encantaría —dijo Caroline, apagando la estufa y volviéndose hacia Charlie—. ¿Quieres ver la cama grande donde te quedarás con mami? Tengo un osito especial para que te acurruques con él.

—¡Sí, osito! —Charlie levantó los brazos lista para que la cargaran antes de que Caroline accediera, y nos dejaron a Sophia y a mí solas en la cocina.

—¿Cómo estás realmente? —preguntó ella.

Suspiré. —No te voy a mentir y decir que no estaba nerviosa como el demonio al venir, pero ya me siento mejor. Solo son unos días, y no es como si fuera a ver a alguien además de los invitados a la boda.

Un ceño fruncido se profundizó en la frente de Sophia y me tomó de las manos, llevándome al sofá de la sala de estar. —Eso es lo que me preocupa un poco —dijo, su rostro palideciendo mientras nos sentábamos—. Te juro que no lo supe hasta hace media hora, y ya era demasiado tarde para llamarte entonces.

—¿Saber qué? —pregunté, con las palmas de repente sudorosas.

—Bueno, ¿recuerdas que mencioné haber conocido a mi otra dama de honor hace unos meses?

Lo recordaba. Me había alegrado de que Sophia hubiera hecho una nueva amiga cercana, aunque también sentí un poco de celos. Ella había dejado de trabajar en el aeropuerto poco después de que yo transfiriera mi puesto al Aeropuerto Internacional de Denver, y comenzó a trabajar como recepcionista en una consulta médica. Allí es donde había conocido a Thea.

Sophia había dicho que se llevaron bien de inmediato, y que además de estar embarazada, Thea tenía interés en la salud mental. También había escuchado un poco sobre su pasado y hacía que mis propios problemas parecieran pequeños en comparación.

—Bueno —continuó Sophia—, en todas las veces que me he reunido con Thea, nunca he visto realmente a su novio. Es decir, he hablado con él por teléfono y parece encantador, pero nunca lo he conocido. Ella llamó justo antes de que llegaras. Él está preocupado de que ella esté demasiado... bueno, embarazada para conducir. Ya sabes cómo se ponen algunos chicos. Demasiado sobreprotectores y todo eso. Aunque dado lo que Thea ha pasado, no es de sorprender.

Mi estómago se revolvió y la preocupación por hacia dónde iba esto me hizo sentir como si estuviera a punto de vomitar. —Te estás desviando un poco —dije mientras trataba de contener una explosión de risa histérica—. ¿Qué intentas decirme? No es Caleb, ¿verdad? —Solo decir las palabras me provocó un nudo en la garganta y otro en el estómago.

—Oh, Dios, no —Sophia se estiró y me apretó la mano—. No. No. Es...

Antes de que pudiera decir otra palabra, sonó el timbre y me levanté de un salto, sin saber si necesitaba correr y esconderme.

Franc, ajeno a nuestra conversación, corrió desde otra habitación y abrió la puerta. —Thea —dijo, y abrazó rápidamente a una impresionante morena. Cuando ella se hizo a un lado y presentó al hombre detrás de ella, se me cortó la respiración.

—Lo siento mucho —susurró Sophia y me agarró la mano tan fuerte como pudo para tranquilizarme—. Tal vez ni siquiera sepa quién eres. Ha pasado mucho tiempo y no pudiste haber conocido a todos los hermanos, ¿verdad?

—Es un placer conocerle —continuó Franc—. No se queden ahí. Pasen, pasen.

Thea entró, y un rostro que no había visto en cuatro años cruzó la puerta detrás de ella. Sophia claramente no tenía idea de quién era, aparte de ser un miembro del Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche. ¿Cómo podría saberlo? No habíamos sido más que compañeras de trabajo hasta que esa fatídica noche lo cambió todo. Ella nunca había conocido a Caleb. Nunca había conocido a su hermano de sangre.

Cane se quedó paralizado en la puerta en cuanto me vio. Un profundo ceño fruncido surcó su frente, y sus ojos no se apartaron de los míos. Al borde de mi visión, noté que el rostro de Thea decayó. Su mano se apresuró a su vientre mientras asimilaba la expresión que debía tener mi cara. Siguiendo mi mirada, se volvió hacia Cane y dio un paso hacia él como si buscara protección. Aunque tal vez lo que buscaba era tranquilidad.

—Me alegro de verte, Cane —dije, logrando encontrar mi voz, aunque sonaba hueca en mis oídos.

Franc se aclaró la garganta y, notando la tensión, sugirió que tal vez sería mejor si Cane se marchara.

—No —Sophia se interpuso entre los recién llegados y yo—. No puedes decirle a Caleb que ella está aquí —dijo, apresurándose a protegerme, aunque no tenía idea de con quién estaba hablando—. Tienes que prometerlo. Ella solo está aquí por mí. No permitiré que la lastimen.

Cane parecía a punto de decir algo, pero Thea le acarició la mejilla barbuda y le giró la cabeza hacia ella. Su rostro se suavizó al mirarla de una manera que nunca hubiera creído posible durante el tiempo que lo conocí. En ese momento me quedó claro lo mucho que significaba para Cane la nueva amiga de Sophia. Era difícil reconciliar al hombre que yo conocía, el que le gustaba acostarse con todo lo que se movía, con el que miraba a Thea como si fuera todo su mundo. Esos cambios me hicieron preguntarme cuánto habría cambiado Caleb también, y si esos

cambios habrían sido para mejor o para peor.

Cane tomó la mano de Thea y dio un paso hacia Sophia y yo. —Thea —dijo a modo de presentación—. Esta es Amber. Amber, esta es Thea, mi prometida.

—Amber —dijo Thea como si pronunciara mi nombre por primera vez—. ¿Como en, no solo la Amber de Sophia, sino también la Amber de Caleb?

Sonreí con nostalgia a pesar de mí misma. —Nadie me ha considerado de Caleb en mucho tiempo.

Thea se adelantó con la mano extendida. —Lo siento —dijo—. He oído mucho sobre ti.

—No todo bueno, supongo. —Su rostro cayó al suelo, y sentí una punzada momentánea de culpa por hacerla sentir incómoda. Era amiga de Sophia y nada de mi pasado tenía que ver con ella—. Lo siento —dije, tomando su mano—. Es un placer conocerte. —Miré por encima de su hombro a Cane—. Debes ser una mujer realmente especial para que Cane te llame su prometida. ¿Cuándo es la boda?

—Hemos decidido esperar hasta que nazca el bebé. —Asentí. Thea se mordió el labio inferior y retrocedió hacia Cane, agarrándole del brazo y tirando de él hacia adelante—. Sophia —dijo—. Cane. Habéis hablado por teléfono, por supuesto, pero supongo que es diferente conocerse en persona.

Cane asintió hacia Sophia y le dio una sonrisa irónica antes de frotarse la nuca. —Yo, eh, no pretendía que nuestro primer encuentro fuera tan dramático —dijo—. Es genial conocerte por fin.

Sophia parecía dividida entre protegerme y alejar a su nueva amiga. Antes de que tuviera la oportunidad de decidir, intervine. —Cane es el hermano de Caleb.

Los ojos de Sophia se abrieron de par en par por la sorpresa.

—No tienes que preocuparte. No mencionaré nada a Caleb. Y a pesar de lo que hayas oído, él nunca lastimaría a Amber —le dijo a Sophia antes de dirigirme una mirada significativa—. En realidad, es al revés.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —dijo Sophia mientras la ira nublaba su rostro.

Quería gritarle que se calmara, que se detuviera antes de que revelara mis secretos. Estaba a punto de decir algo cuando Charlie eligió ese momento no tan perfecto para irrumpir en la habitación.

—Mami —dijo, agitando un osito de peluche en el aire—. Mira.

Mi corazón dio un vuelco mientras me agachaba para tomarla en mis brazos. Después de agitar el osito frente a mi cara por un segundo, decidió presentárselo al resto de la habitación.

—Es tan lindo —dijo Thea mientras sus ojos iban de mí al oso—. ¿Tiene nombre?

En ese momento, supe que debía conocer un poco sobre mi historia de la misma manera que yo conocía un poco sobre la suya. Simplemente nunca había relacionado a la Amber de Sophia y a la Amber de Caleb como la misma persona. Sophia debió darse cuenta de lo mismo, ya que le dio a Thea una negación con la cabeza casi imperceptible. Thea, a su vez, me dio una sonrisa tranquilizadora, y me di cuenta de que, sin importar cuánto supiera, no lo compartiría.

—Teddy —dijo Charlie—. Mi oso de la tía Caroline.

—Es un oso realmente encantador —dijo Thea, sonriendo.

Charlie se volvió hacia Cane como si lo viera por primera vez. —Oso grande —dijo, antes de extender la mano hacia su cuello. Su mano se detuvo y la giró, levantando la cabeza antes de acariciarse su propio cuello—. Pintar cuerpo. Mami, yo pintar.

—Oh, no, no, no —dijo, bajándole la mano—. No vas a hacer nada de eso.

Cane se rio. —Eres demasiado pequeña para pintarte el cuerpo —dijo—. Es cosa de adultos.

—Tía Sophia dice Charlie niña grande. Niña grande puede pintar.

Cane se rio. —Parece que tendrás las manos llenas cuando crezca —dijo antes de volverse para mirarme a los ojos. Tan pronto como lo hizo, su mirada volvió a Charlie y luego a mí de nuevo. Casi podía oír los engranajes de sus pensamientos girando en su mente—. Dios mío, Amber. ¿Charlie? —dijo y sacudió la cabeza—. ¿Cómo pudiste ser tan cruel como para ocultárselo a Caleb? —Se volvió hacia Thea y luego hacia Franc y asintió—. Si me disculpan. Debería haberme ido cuando me dijiste que me fuera. —Con eso, se dio la vuelta y salió furioso por la puerta principal.

Charlie enterró su cabeza en mi cuello, y la abracé fuerte, con lágrimas cayendo de mis ojos. —Cane, por favor —le llamé, con la voz quebrándose en las palabras.

Thea le frotó la espalda a Charlie. —No te preocupes —dijo—. Déjame a mí. Todo estará bien.

—No le digas —dije.

—No lo haré. Confía en mí. —Thea salió de la casa siguiendo rápidamente a Cane.

Me quedé mirando tras ellos, sin saber qué hacer. —Lo siento mucho, Sophia. Siempre te causo tantos problemas. Se suponía que esto era una celebración de tu boda.

Ella me frotó la espalda de la misma manera que Thea había frotado la de Charlie. —No es ningún problema.

Después de unos minutos, Thea regresó, golpeando la puerta abierta antes de entrar tentativamente. —Cane no dirá nada —dijo—. Al menos no de inmediato. Pero le carcomería por dentro mantener esto en secreto de Caleb.

—Lo sé.

Caroline dio un paso adelante y extendió los brazos hacia Charlie. —¿Sabes de qué me acabo de acordar? —dijo—. En el patio trasero, tenemos el mejor manzano de todo Castle Rock. ¿Te gustaría ayudarme a recoger algunas manzanas y luego podríamos hornear un pastel?

Charlie asintió y permitió que Caroline se la llevara de nuevo.

Thea se sentó en el sofá a mi lado, mientras Franc se aclaraba la garganta y se disculpaba. Fue a la cocina y regresó un segundo después, llevando un par de cervezas que debió haber sacado de la nevera, y salió para unirse a Cane.

—¿Cómo lograste que aceptara? —le pregunté a Thea.

Ella miró de mí a Sophia y sonrió. —Cane es un blando en el fondo. No quiere ver a nadie herido.

Negué con la cabeza y solté una risa irónica. —No creo que nadie en un radio de trescientos kilómetros haya llamado blando a Cane antes.

—Claro que sí. Cherrie lo hace todo el tiempo.

—Cherrie. —Suspiré—. Otro nombre que no he escuchado en mucho tiempo.

—¿Sigues bien? —preguntó Sophia—. Nunca quise que esto pasara. Simplemente no me di cuenta de que Thea estaría conectada de alguna manera con Por Siempre Medianoche.

Le di una palmadita en la rodilla. —Está bien. Supongo que cuando acepté venir, una parte de mí se preguntaba si me cruzaría con ellos. Después de todo, es un pueblo pequeño. Simplemente no esperaba que Cane entrara directamente por la puerta principal cinco minutos después de que llegara.

Thea miró al suelo. —Sé que no me corresponde decir nada —dijo después de un momento—. Pero tal vez esto sea lo mejor —miró a Sophia—. El momento apesta. Pero...

bueno, sé un poco sobre lo que pasó.

Mis ojos se dirigieron a Sophia. —Está bien. Son amigas. Las amigas comparten cosas entre sí. Yo también sé un poco sobre tu pasado —añadí, dirigiéndome a Thea.

—El mundo puede ser un lugar de mierda. —Se frotó la barriga de embarazada—. Pero también puede ser increíble, y ahora tengo a Cane. He lidiado con mi pasado y he seguido adelante. Tal vez... tal vez sea hora de que tú hagas lo mismo.

—Thea tiene razón —dijo Sophia, pero ella siempre había pensado que debería haber sido sincera con Caleb.

—Podría desatar una guerra —dije.

—Tal vez. —Thea suspiró—. Y no voy a fingir estar feliz por eso. Pero algunas guerras son justas.

Miré su rostro sincero y vi lo que atraía tanto a Cane como a Sophia hacia ella. Había sido torturada y golpeada durante casi una década por su hermanastro psicópata, y nada de su compasión por otras personas se había desvanecido.

Pero yo no tenía su fuerza.

Me levanté y caminé por la habitación. —No puedo —dije después de un momento—. ¿Cómo puedo enfrentarme a él después de todo este tiempo? Debe odiarme.

Thea negó con la cabeza. —No conocí al Caleb que tú conociste, pero conozco al hombre que es ahora, y puedo decirte con seguridad que no te odia.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes saber eso?

Me miró a los ojos. —Está demasiado enojado contigo. Demasiado herido y roto como para no amarte.

—No te dejes engañar —resoplé—. Caleb es bueno enojándose.

—Lo es. Ambos lo son. —Su mirada se desvió hacia la puerta principal donde Franc estaba de pie junto a Cane. Los dos bebían su cerveza y charlaban, como si fueran viejos amigos. Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Thea antes de decir—: En todo el tiempo que has estado ausente, Caleb nunca ha mirado a otra mujer. Ni siquiera para una aventura de una noche.

—Lo dudo. —El Caleb que yo conocía tenía un apetito sexual muy saludable. Eso no desaparece de la noche a la mañana.

—Puede que lo dudes, pero es la verdad. Al menos, eso es lo que Cane cree. —Thea se puso de pie y puso su mano en mi brazo—. Llamaste a tu bebé Charlie —dijo—. El nombre de su padre. Eso tiene que significar algo.

Sophia se levantó y me lanzó una mirada. Eso era lo único que le había ocultado, sabiendo que recibiría otra charla sobre volver a casa y enfrentar todo lo que había sucedido si se enteraba.

—Pero no sé si es suya. —Mi mano voló a mi boca e intenté contener las lágrimas que amenazaban con caer de nuevo.

Sophia estuvo a mi lado en un segundo, abrazándome. —Lo sé, chica, lo sé.

—A él no le importará —dijo Thea.

Lo dijo con buena intención, pero eso era lo que más temía ahora, que a Caleb no solo no le importara que Charlie no fuera suya, sino que tampoco le importara si lo era.

Solté un suspiro y me aparté de Sophia. —¿Crees que Cane podría hacerme un favor más? —pregunté. Thea asintió—. Pídele que le diga a Caleb que estoy aquí y quiero hablar con él, pero que no mencione a Charlie. Necesito contarle sobre ella yo misma. —Si es que venía. Aunque, ¿por qué lo haría si le había causado tanto dolor como Thea y Cane parecían pensar?

Capítulo Dos

Caleb

Detuve mi moto en la carretera frente al bungalow y miré fijamente el edificio sin saber qué hacer. Cuando Cane llegó al club y me dijo que había visto a Amber, mi primera reacción fue de incredulidad, la segunda fue querer partirle la puta cara por mencionar su nombre. Gracias a Dios no lo hice. La tercera fue una necesidad desesperada de verla.

Ella también quería verme. Al menos, eso dijo Cane. Si hubiera sido cualquier otro cabrón, dudaría de su palabra, pero Cane sabía lo que la partida de Amber me había hecho. Vio cómo me arrancó el corazón y lo pisoteó con sus perfectos zapatos del 38, clavando sus tacones mientras se iba.

¿Y ahora qué? La muy jodida había vuelto y quería hablar. Inhalé profundamente antes de exhalar, con las fosas nasales dilatadas.

Destrozado por dentro, busqué a Amber durante días después de que me dejara. Fui a su trabajo, solo para descubrir que lo había dejado. Visité a todos sus amigos que conocía, pero los había dejado tan seguramente como me dejó a mí. Incluso cambió su número de teléfono y vendió su coche con pérdidas para hacer un trato rápido y largarse de la ciudad. Si hubiera tenido familia, nunca me habría rendido, pero Amber era hija única y sus padres murieron cuando estaba en la universidad. No tenía más familia de la que hablar. Excepto yo.

Solía molestarme cuando decía que la familia era lo primero para mí. Por supuesto que lo era, joder. Y Amber, Cane y papá eran la familia más cercana que tenía. Habría hecho cualquier cosa por cada uno de ellos. Debería haber sabido entonces que ella nunca sintió lo mismo por mí. De lo contrario, nunca se habría quejado de ello.

¿Cuál era esa técnica en la serie de Tarantino? ¿La que usó la Novia para matar a Bill? La Técnica de la Palma de las Cinco Puntas que Hace Explotar el Corazón. Eso es; así es como se sintió. Acababa de perder a papá y luego toda esa mierda con Amber. No podría haberme echado mejor de su vida ni aunque me hubiera matado, y hubo momentos en que sentí que lo había hecho. Como si mi corazón hubiera explotado, joder.

Diablos, hubo momentos en que deseé estar muerto. Pero mis hermanos me mantuvieron en pie.

Apreté los puños, los hundí en mi frente e intenté calmar la rabia burbujeante que quería liberarse e impedir que me hirieran de nuevo.

Nuestra última conversación telefónica se repetía una y otra vez en mi cabeza. Estaba preocupada por mí, o al menos eso creí en ese momento. Quería irse. Me negué. Debería haberle dado lo que quería. Habría hecho cualquier cosa para mantenerla en mi vida.

Fue un momento difícil, y con papá asesinado, pensé que tenía que quedarme con Cane. Era mi hermano pequeño. Me necesitaba. Teníamos que atrapar al cabrón que se cargó a papá. Solo después de verlo en su tumba podríamos llorar como es debido. Podría haber entendido si Amber me hubiera dicho que ese era el problema, si me hubiera dicho que no podía lidiar con lo que Cane y yo teníamos que hacer. Pero no, eligió la opción de ignorarme por completo. Evitó mis llamadas, y cuando volví de México, todas sus cosas habían desaparecido.

Me dejó una puta nota. *"Lo siento. No intentes encontrarme"*. Seis simples palabras de mierda que casi destruyeron mi vida. Sin embargo, a pesar de ellas, lo intenté. Intenté y fracasé. Me tomó unos días sin dormir, pero finalmente entendí su mensaje alto y claro. Aunque, tal vez, si no me hubiera rendido, no estaría sentado en mi moto como un cobarde asustado, demasiado

jodidamente aterrado para tocar una puerta.

Menudo tipo duro estaba hecho.

Sacudí la cabeza y me concentré en la casa. Había pasado años reviviendo los momentos que tuve con Amber, tratando de averiguar qué coño salió mal.

Dios sabe que era —soy— un maldito imbécil. Nunca he sido fácil de convivir, pero...

Solté un resoplido y me agarré la cabeza con las manos.

¡A la mierda con esto!

No podía verla. No podía mirar su rostro perfecto o ver sus ojos curiosos, siempre ardiendo con preguntas, y no morirme por dentro otra vez.

Estaba a punto de arrancar el motor cuando un coche patrulla se detuvo junto a mi moto y el oficial Tom Davenport dio unos golpecitos en la puerta a través de la ventanilla.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo está bien, Tom. ¿Cómo van las cosas contigo?

—Lo de siempre —echó un vistazo arriba y abajo de la calle—. ¿Alguna razón en particular por la que estás vigilando este lugar?

Resoplé y negué con la cabeza.

—Sabes que no es mi estilo —dije—. Solo estoy visitando a una vieja amiga, nada más.

—¿Ah, sí? ¿Alguien que yo conozca?

—Que yo sepa, no. Se llama Amber Gerald. Está en el bungaló si quieres comprobar mi historia —asentí hacia la casa.

La mirada de Tom siguió la mía y se quedó observando la casa durante un rato, como si estuviera evaluando su próximo movimiento. Una parte de mí quería que el cabrón tocara la puerta y sacara a Amber. Al menos así la decisión se tomaría por mí. En su lugar, golpeó el costado de su patrulla otra vez y me dijo que me cuidara antes de marcharse.

Consideré arrancar y seguirlo, pero me detuve y respiré hondo. Si no hablaba con Amber ahora, estaría añadiendo otro arrepentimiento a mi larga lista.

Puse el caballete de mi moto y me erguí. Mis músculos se tensaron y traté de obligarme a relajarme.

Un coche tocó la bocina cuando pisé la carretera. Miré con el ceño fruncido al conductor, listo para darle una paliza si volvía a tocar. Aceleró y se alejó a toda prisa con una mirada nerviosa hacia atrás. Me volví hacia el bungaló justo a tiempo para ver a Amber saliendo por la puerta principal.

Todo el aire salió de mis pulmones y mi pecho se apretó dolorosamente al verla. A pesar del paso de los años, no había envejecido ni un día. Sus simples vaqueros y camiseta abrazaban su figura como una segunda piel. Su cabello rubio caía sobre su hombro en una ola de rizos, resaltado como un halo bajo el sol de la tarde. Se lo echó detrás de la oreja. Sus hombros se elevaron y cayeron como si hubiera tomado una respiración profunda. Se mordió los labios. Mi polla se puso en guardia de inmediato.

Quería correr hacia ella, tomarla en mis brazos y no dejarla ir nunca. Anhelaba su voz, los hoyuelos que aparecían en sus mejillas cuando sonreía, el calor de su cuerpo junto al mío. Pero el miedo a que su aparición desapareciera y no volviera a verla detuvo mis pasos.

Amber vino hacia mí, con los ojos alternando entre el suelo y mi cara. Se detuvo a un paso de distancia. Podría extender la mano y tocarla, pero no lo hice. Ninguno de los dos dijo una palabra durante incontables segundos. Yo solo la miraba como un maldito psicópata en una película de terror mientras ella miraba al suelo.

Se abrazó a sí misma. —Lo siento mucho —su voz tembló y levantó la cabeza, sus ojos

encontrándose con los míos por primera vez.

Cualquier enojo o rencor que pudiera haber albergado se desvaneció. Su mirada no era la despreocupada que yo conocía. Tenía la misma mirada que vi en los ojos de Thea la primera vez que la conocí. Ella estaba tratando de escapar de Cane y volver con su hermanastro para salvar a Cherrie. Una mirada que decía que la vida te había pateado en el estómago y el dolor era demasiado para vivir con él.

—Joder, Amber —dije—. ¿Qué coño ha pasado? —Di un paso adelante y la atraje hacia mis brazos. Ella me lo permitió. Su cabeza cayó contra mi pecho y grandes sollozos salieron de su garganta.

Acaricié su cabello y cerré los ojos, respirando su aroma. Ahora sabía por qué había vuelto. Alguien la había lastimado y me necesitaba. Una punzada de resentimiento me golpeó en lo profundo, pero la aparté. No importaba que Amber solo hubiera vuelto porque sabía que yo la protegería. Lo único que importaba era asegurarme de que estuviera a salvo y mantenerla así.

—Dime qué cabrón necesita que lo mate y me encargaré de ello —dije.

El temblor de Amber se detuvo y se apartó de mí, limpiándose debajo de los ojos con el dorso de los dedos. Soltó un suspiro y miró por encima de su hombro hacia la casa antes de volverse para mirarme. —Deberíamos hablar —dijo—. Pero en otro lugar.

—¿Dónde quieres ir?

—No lo sé. A cualquier sitio —Se encogió de hombros antes de dirigir su mirada hacia la colina en la distancia—. ¿Qué tal el inicio del sendero cerca de Castle Rock?

Asentí y subí a mi moto, haciendo mi mejor esfuerzo por no reaccionar. Ese fue el último lugar donde la llevé antes de que papá muriera. Habíamos aparcado la moto, caminado por el sendero y subido a lo alto de la roca. Pasamos toda la noche hablando con las luces del pueblo parpadeando a nuestro alrededor.

—Sube —dije y palmeé el asiento. Amber se deslizó detrás de mí y rodeó mi cintura con sus brazos.

Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve la calma y dirigí mi moto hacia el estacionamiento de Rock Park.

A pesar de lo avanzado de la tarde, el sol aún estaba alto en el cielo, y varios coches estaban estacionados en el aparcamiento. Castle Rock era un sendero muy transitado. Una pareja joven estaba sentada en una mesa de picnic bajo el gran refugio. El chico alejó a su chica tan pronto como nos vio llegar en la moto.

Resoplé. Era extrañamente reconfortante saber que todavía podía asustar a algún cabrón solo con mi presencia.

Aparqué la moto y esperé a que Amber se bajara antes de unirme a ella. Ninguno de los dos estaba vestido para hacer senderismo, pero era un sendero fácil, y no es como si fuéramos a escalar la roca. No durante las putas horas del día, de todos modos.

Amber estaba tensa y sabía que se estaba arrepintiendo de su decisión de venir aquí conmigo. Ignorando su incomodidad, señalé hacia el sendero entre los árboles.

—Vamos a caminar —dije—. Si no otra cosa, nos ayudará a aclarar nuestras ideas.

Amber estuvo de acuerdo y, sin mirar atrás para ver si la seguía, se dirigió por el sendero.

Pasamos junto a una joven familia. La mujer agarró la mano de su hija para mantenerla cerca. El hombre, un tipo delgado que llevaba pantalones cortos beige, una camiseta y una riñonera, dirigió su atención a Amber con una mirada de preocupación en el rostro. Ella le sonrió, y él me miró de reojo. Nunca parecíamos encajar juntos. Amber era demasiado princesa para alguien como yo.

Me cayó bien. Era un hombre que intervendría si pensaba que Amber estaba en problemas. Incluso si yo fuera cinco veces más grande que él y probablemente lo dejara fuera de combate de un solo golpe.

Me di la vuelta y le mostré el parche en mi espalda.

—Caleb Landon, Por Siempre Medianoche, y esta es Amber Gerald. Somos viejos amigos —dije para tranquilizarlo—. Tienes mi palabra, no está en peligro.

Amber se acercó a mí y me tomó de la mano.

—Estamos bien —dijo, y él inclinó la cabeza hacia ella.

—Señora, señor. Que tengan un buen paseo.

—Gracias, hermano.

Mientras continuábamos por el sendero y salíamos de la vista de la familia, esperaba a medias que Amber soltara mi mano, pero no lo hizo.

El sendero no había cambiado mucho en los cuatro años desde la última vez que había subido por él. La pendiente era un poco más empinada de lo que recordaba, y entonces había sido de noche, así que las flores silvestres no habían sido visibles como lo eran ahora. Aunque el dulce aroma seguía siendo el mismo. Era el calor lo que era diferente. No había aire fresco nocturno que me refrescara la cara. En su lugar, el sol me horneaba dentro de mi chaqueta como una patata envuelta en papel de aluminio. A pesar de no querer romper el contacto con Amber, solté su mano para quitarme la chaqueta. Mi camiseta siguió el mismo camino. Tan pronto como me la quité por la cabeza, noté que Amber me miraba fijamente.

—Estás más grande de lo que recuerdo —dijo.

—Tú estás igual —respondí.

Ella se acercó y pasó su mano por mi brazo. Su toque se demoró.

—Eso es nuevo —dijo, notando la rosa y las espinas.

—Me lo hice después de que te fueras.

Ella retiró su mano y la apretó contra sí misma. Un grupo de cinco excursionistas apareció por la curva frente a nosotros. Amber cerró los ojos y tragó saliva antes de abrirlos de nuevo.

—Este no es el mejor lugar para hablar —dijo.

Antes de que tuviera la oportunidad de decir algo más, una cagada de pájaro cayó del cielo y aterrizó en su cabeza y hombro con un espléndido chapoteo. Se quedó paralizada con una expresión horrorizada en su rostro.

—Simplemente perfecto —dijo y estalló en carcajadas.

Por primera vez, vi un rastro de la Amber que conocía, y me reí también.

—Ey, hermanos —dije, llamando al grupo de excursionistas—. ¿Alguno tiene agua de sobra?

—Claro, tengo una botella aquí —el excursionista que iba delante metió la mano detrás de su espalda y sacó una botella de su mochila. Amber se tapó la boca, intentando contener la risa.

—Gracias —dije, tomándola de él.

—Sí, gracias —añadió Amber mientras el rubor coloreaba sus mejillas.

Desenrosqué la tapa y le pedí a Amber que inclinara la cabeza. Lo hizo y vertí agua de la botella sobre su cabeza, haciendo lo mejor que pude para enjuagar la mierda de su pelo, mientras limpiaba su hombro con mi camiseta.

—Es lo mejor que puedo hacer. Vas a necesitar lavártelo bien —aclaré mi garganta—. Puedes ducharte en mi casa —me atreví a decir—. Luego podemos tomar un trago fuerte y tener

esa conversación.

Amber estuvo callada durante tanto tiempo que me pregunté si había oído lo que dije, pero me di cuenta de que estaba debatiendo si era prudente venir a casa conmigo o no.

¡Mierda! Yo me preguntaba exactamente lo mismo. Pero Amber tenía razón, este era un mal lugar para hablar. Y yo necesitaba hablar. Necesitaba saber por qué me había dejado de la manera en que lo hizo, y quién la había lastimado y la había traído de vuelta a mi vida ahora. Necesitábamos un lugar donde no nos interrumpieran, y no había mejor lugar que casa para eso.

Capítulo Tres

Amber

Caleb no era el hombre que recordaba. Algo en su interior había cambiado; parecía más duro, pero a la vez más tímido. Cane tenía razón, lo había herido. Cuando me fui, sabía que lo lastimaría, pero no tanto. Pensé que seguiría adelante y encontraría a alguien nuevo en cuestión de meses, si no semanas. Al menos eso me había dicho a mí misma para aliviar la culpa de mis acciones.

Lo había oído llegar y detener su moto frente a la casa. Esperé una eternidad a que viniera a la puerta, pero no sonó ningún golpe. Mi estómago se retorció y mi corazón se encogió. Después de que pasaron cuarenta minutos y había apartado las cortinas para mirarlo por centésima vez, Charlie me preguntó a quién estaba mirando.

—A un viejo amigo —dije.

—¿Por qué no vas a saludarlo? —preguntó, y me di cuenta de que era exactamente lo que tenía que hacer.

Él se había atrevido a venir, aunque no hubiera pasado del final de la calle, y si no hablaba con él ahora, existía la posibilidad de que Cane lo hiciera en mi lugar, y él no conocía ni la mitad de la historia.

—Es una buena idea, pero puede que tenga que irme con él un rato. ¿Estarás bien con la tía Sophia?

Sophia sentó a Charlie en su regazo. Sus padres se habían ido a visitar a unos amigos por un par de horas y solo quedábamos nosotras tres. —Vamos a comer comida mala y ver una película en la cama. Tómame todo el tiempo que necesites. —Dicho esto, le dio un toquecito en la nariz a Charlie.

Charlie se rio, y le di un gran abrazo antes de irme. Sabía que estaría bien al cuidado de Sophia. Ella y sus padres habían sido mi salvavidas durante años y habían venido a la ciudad para cuidar de Charlie con regularidad.

Respirando hondo, abrí la puerta, pero casi me detuve cuando oí el claxon de un coche. Esos pasos hacia él fueron los segundos más difíciles de mi vida. Los más difíciles fueron los que di al alejarme.

En ese entonces, temía que llegara a casa y con solo mirarme supiera lo que había pasado. Ya estaba sufriendo y comenzaría una guerra con los Hijos Salvajes, por mí. No podía permitir eso. Pero más que eso, no podía soportar que me mirara y viera cuánto me dolía. Pensé que el tiempo había sanado ese dolor, pero en el segundo que miró en mis ojos, me preguntó qué coño había pasado. Vio exactamente lo que temía que viera.

Debería haber estado enojado, debería haberme gritado por irme de la manera en que lo hice, pero todo lo que vi fue preocupación. Tal vez Thea tenía razón, tal vez también había amor allí. Todo se vino abajo. Quería que me abrazara. Quería soltar todo, pero tenía demasiado miedo de lo que pasaría si lo hacía.

Lo último que pensé que pasaría era que un pájaro me cagaría en la cabeza y terminaría en nuestra antigua casa.

Caleb empezó a recoger algunas botellas y latas de cerveza vacías tan pronto como entramos. La casa parecía más fría que antes. Los muebles estaban sombríos y el color había abandonado el lugar. Las preguntas ardían detrás de los ojos de Caleb, pero no podía soportar responderlas. Todavía no.

—Déjame ducharme y limpiarme —dije antes de subir corriendo las escaleras y entrar en el cuarto de baño.

Me miré en el espejo y me di cuenta de que era un desastre total. Caleb había hecho un buen trabajo enjuagando la caca de mi pelo, pero estaba apelmazado y pegajoso donde había caído, y la mancha en mi camiseta no se veía mucho mejor. Aquí estaba yo, hecha un desastre, y Caleb estaba más guapo que nunca. No era mi memoria jugándome una mala pasada cuando dije que se veía más grande. Definitivamente había ganado algo de masa muscular. Y cuando se quitó la camisa... Pensé que me desmayaría en sus brazos al ver sus abdominales, y ni hablar de esos pectorales.

Me quité la ropa sucia y abrí la ducha, dejándola correr unos minutos antes de meterme. Cerrando los ojos, permití que el chorro de agua caliente se llevara todos los años, todos los malos recuerdos que atormentaban mi mente. En su lugar, me lavé el pelo y me concentré en los buenos momentos que habíamos pasado en esta casa, en esta ducha.

Una imagen de Caleb desnudo y mojado cruzó por mi mente. Intenté aferrarme al recuerdo, oírlo reír y decir mi nombre con esa voz profunda y sexy suya. Traté de recordar cómo se sentía tenerlo dentro de mí. Como había hecho incontables veces a lo largo de los años al pensar en Caleb, bajé la mano y me masajee el clitoris. Acaricié mi botón, frotando más fuerte y más rápido. El placer se arremolinó en mi centro y un suave gemido escapó de mis labios. Apoyé la mano contra la pared para mantener el equilibrio. El agua se deslizaba por mi espalda y me imaginé que se deslizaba por la de Caleb y sobre la curva de su trasero.

Sintiéndome en casa, aunque no había llamado hogar a esta casa en años, abandoné mi clitoris e introduje los dedos dentro de mí. El placer se arremolinó en mi centro, y deseé que fueran los dedos de Caleb los que me penetraban, en lugar de los míos.

Mi interior se contrajo y las prometidas oleadas de placer estaban a momentos de distancia. Extendiendo el momento, volví a mi clitoris y lo trabajé con mis dedos a un ritmo frenético.

La presencia de Caleb se manifestó cuando la puerta se abrió detrás de mí, pero antes de que tuviera la oportunidad de reaccionar, su mano bajó y detuvo mis dedos. —Déjame a mí —dijo.

Me quedé helada y me giré para verlo completamente vestido. —No deberíamos.

—¿Quieres que me vaya?

Mi mente racional me decía que debería decir que sí y que esto no debería suceder porque solo complicaría más las cosas. Pero ¿qué había esperado cuando regresé a casa con él? ¿Qué había querido cuando empecé a tocarme en la ducha?

Calebladeó la cabeza y miró mis labios. Me quedé mirando sus ojos marrones profundos, tan parecidos a los de Charlie que me hacían estallar el corazón. La necesidad en ellos reflejaba la mía propia.

—¿Por qué no me odias? —pregunté.

Caleb esbozó una sonrisa irónica y sacudió el agua de su rostro. —Nunca podría odiarte.

Sus labios se encontraron con los míos en un arrebato, y me devoró, hundiendo su lengua dentro. Sabía a cola y cerezas. La habitación giraba sobre su eje y temí resbalar y caer, pero Caleb me empujó contra la pared y me miró. Su ropa se pegaba a su cuerpo bajo el chorro de agua. Su mirada nunca dejó mis ojos, pero sus manos ahuecaron mis pechos. Sus dedos tiraban y pellizcaban mis pezones endurecidos. Bajó la cabeza y succionó uno en su boca. Solté un suspiro cuando su lengua ansiosa rodeó el botón, enviando un escalofrío por mi columna y haciendo que mi centro se flexionara en anticipación.

En todos los años que había estado lejos, había soñado con una reconciliación, esperaba que hubiera una oportunidad para nosotros. Pero con el tiempo, esa esperanza se desvaneció. Yo había terminado lo que teníamos, lo había desechado como el periódico de ayer. Había dejado a Caleb fuera y construido un muro alrededor de mi corazón para mantenerlo a salvo. Pero cuando los dedos de Caleb encontraron mi clítoris palpitante, ese muro se derrumbó.

Después de todo este tiempo, necesitaba más. Forcejeé con su camiseta, tratando de quitársela por la cabeza aunque el agua la había pegado a su cuerpo. Caleb ayudó, y mis dedos encontraron los botones de sus vaqueros. En cuestión de momentos, estaban en un montón empapado en el suelo del cuarto húmedo.

Me aparté y miré su pene. Al igual que el resto de él, era más grande de lo que recordaba. Su hendidura brillaba y el agua goteaba de la punta. Me lamí los labios.

—Pídelo y es tuyo —dijo Caleb.

El calor inundó mi cuerpo, y le di una palmadita juguetona en el pecho. —¿Qué?

—Quiero hacerte suplicar, joder.

Mi centro pulsaba de necesidad. Estaba lista para suplicar ahora, pero el Caleb arrogante estaba en pleno apogeo y me encantaba cuando me provocaba. —No va a suceder —dije mientras una sonrisa jugaba en la comisura de mi boca.

Ambos sabíamos que sí sucedería.

Sin decir una palabra más, Caleb me agarró por las caderas y me levantó en el aire. Solté un grito cuando me hizo girar por el cuarto húmedo y mi trasero desnudo aterrizó en la fría superficie brillante de la encimera junto al lavabo. Separó mis piernas y esperé con los ojos muy abiertos mientras se arrodillaba en el suelo entre ellas.

El suave toque de su piel, y el leve rastro de barba, me hizo cosquillas en los muslos internos, enviando escalofríos por mi columna. Empujó mis piernas más separadas, tanto como pudieron.

Dios, había extrañado esto. Lo había extrañado a él.

—Vas a suplicar —murmuró, y yo solté una risita preguntándome cuánto tiempo podría aguantar antes de que él tuviera razón.

Presionó sus labios calientes contra mis pliegues, y su lengua salió buscando más. Me provocó, deslizándose a lo largo de mi ansiosa apertura, rozando mi clítoris y enviando electricidad a través de él. Un espasmo sacudió mi cuerpo, volviéndome loca.

Sujeté su cabeza con mis manos y lo atraje más cerca, queriendo más. Caleb retiró sus labios y deslizó dos dedos en mi núcleo húmedo. Mis músculos se cerraron alrededor de ellos, deseando que entraran más profundo. Bombeó dentro de mí, torciendo y abriendo sus dedos, haciéndome retorcerme y sacudir mis caderas de la encimera para encontrarme con él. Me sujetó y me folló con sus dedos un rato más antes de retirarlos y lamer mi humedad de ellos.

El pulso entre mis piernas latía, rogando que hiciera más. Gruñí de frustración. Caleb solo sonrió en respuesta.

—¿Ya estás lista para suplicar? —preguntó.

Me reí. —Creo que serás tú quien suplique. —Lo levanté y tomé su posición en el suelo, luego envolví mi mano alrededor de su gruesa erección y apreté. Pulsaba en mi mano, haciéndome desear aún más tenerlo dentro de mí.

Lamí a lo largo de su hendidura. Caleb siseó entre dientes. Sonreí y lo hice de nuevo, deslizándolo mi lengua hacia abajo y haciéndolo estremecer.

Mis pezones se endurecieron, sintiéndose más duros que nunca, mientras pasaba mi lengua a lo largo de la deliciosamente larga extensión de su pene antes de deslizarlo dentro de mi

boca y chupar la gruesa cabeza. No pude contener mi propio gemido al saborear su pre-semen. Mi mano se deslizó hasta sus testículos. Los masajee entre mis dedos mientras mi boca subía y bajaba por su longitud y mi lengua exploraba los pliegues alrededor de la cabeza de su pene. Él se mecía para encontrarme, pero lo empujé hacia atrás. Una sonrisa curvó mis labios mientras me alejaba con un último roce de mi lengua contra su hendidura.

Caleb gruñó y mi sonrisa se profundizó.

—¿Ya estás listo para suplicar? —pregunté.

Caleb gimió, pero devolvió mi sonrisa y me levantó de vuelta a la encimera. Separó mis piernas y lamió y chupó con fervor animalesco mis jugos que fluían libremente. Sacudí mis caderas y, esta vez, me dejó.

Se echó hacia atrás y me miró, sus ojos marrones brillando.

¡Dios! Podría perderme en esas profundidades... otra vez.

Tuve que recordarme que este era un momento fugaz, las cosas cambiarían tan pronto como habláramos. Después de eso, él nunca me miraría de la misma manera.

Caleb se puso de pie, y por un momento, no hizo nada más que contemplarme como si estuviera grabándome en su memoria. Mis mejillas se sonrojaron. Mi cuerpo... mi corazón siempre suplicaría por Caleb. Pero algunas cosas simplemente no están destinadas a ser. Él lo sabía tanto como yo.

Caleb cerró el pequeño espacio entre nosotros, agarró su miembro y se guió hacia mi núcleo expectante. Mi respiración se entrecortó, lista para que me embistiera, pero en su lugar, jugó con mi entrada con la punta. Cerré los ojos y recordé la sensación de tenerlo profundamente dentro. Cuando se adelantó para provocarme de nuevo, me empujé para encontrarlo, pero él me inmovilizó otra vez y en cambio hundió dos dedos dentro. Alternó entre bombear sus dedos dentro de mí y provocarme con la cabeza de su miembro, sin empujar nunca más de una pulgada adentro. Me mordí el labio para contener un grito de frustración. Ya no pudiendo soportar su negativa a lo que yo quería... lo que necesitaba, cedí.

—Por favor —supliqué.

Caleb se inclinó hacia adelante y me besó. Me saboreé en sus labios. Se apartó y succionó uno de mis pezones. Su mano pellizcó y rodó el otro entre sus dedos. Mi espalda se arqueó y chispas de placer dispararon hacia mi clítoris.

—A eso le llamas suplicar —murmuró Caleb entre una succión y un mordisco.

—Por favor. —Respiraciones entrecortadas salían de mis pulmones—. Te quiero dentro de mí. Todo tú. —Levanté una ceja—. ¿Preferirías que estuviera de manos y rodillas... suplicando? —pregunté y me lamí los labios.

Caleb sonrió, y mis piernas temblaron mientras se posicionaba en mi entrada dolorida. Con una lentitud agonizante, empujó toda la longitud de su palpitante miembro dentro, estirándome ampliamente con su enorme grosor. Justo cuando pensé que no podía tomar más, empujó más profundo. Grité de placer y me aferré a sus brazos abultados.

Se retiró hasta que solo la punta estaba dentro de mí otra vez.

—Por favor —dije—. Fóllame.

Nuestros ojos se encontraron. Caleb me dio una sonrisa diabólica que hizo que mi corazón se derritiera. Empujó, una y otra vez, alcanzando las partes más profundas de mí. Lo atraje hacia mí, aferrando mis manos alrededor de su cuello y enterrando mi cabeza junto a la suya por miedo a perderme. Ondas hormigueantes de placer, justo al borde de convertirse en dolor, recorrieron todo mi ser. —Más —gemí—. Más fuerte.

Caleb obedeció, bombeando dentro de mí más fuerte y rápido. —No puedo contenerme

—dijo—. Joder, no puedo...

Cada músculo de su cuerpo se tensó, y mi núcleo se apretó, ordeñando su clímax mientras yo me estremecía y ola tras ola de placer implosionaba dentro de mí. Caleb embistió una última vez, inmovilizándome contra la pared con tanta fuerza que pensé que podríamos atravesarla. Nuestras respiraciones eran rápidas y desesperadas. Caleb se retiró, pero selló mis labios con otro beso antes de apartarse, flotando a meros centímetros de mi rostro.

—Bueno, eso fue un desarrollo interesante —dijo antes de besarme de nuevo, larga y profundamente.

Le devolví el beso, sin querer que el momento terminara o que la realidad se impusiera. Pero mis sentidos se activaron y supe que tenía que detener las cosas antes de romper nuestros corazones, otra vez.

Me aparté, me puse de pie y cerré la ducha. El vapor llenó la habitación en una bruma nebulosa, y a pesar de su calidez, temblé.

Caleb lo notó y me alcanzó la toalla del perchero.

—Probablemente deberíamos tener esa conversación ahora —dije.

Capítulo Cuatro

Caleb

¡Mierda!

¿Qué había hecho? Sabía que era un error traer a Amber aquí, lo peligroso que sería tenerla en nuestro... mi hogar, pero no me había importado, y cuando subí las escaleras para buscarle una camiseta limpia y la escuché gemir en el cuarto de baño, supe lo que estaba haciendo y no pude resistirme a abrir la puerta. Pero la mirada que me dio en cuanto terminamos lo decía todo. El polvo rápido había sido su manera de agradecerme por lo que fuera que necesitaba que hiciera. Iba a romperme el corazón de nuevo, y yo abrí la puerta y la invité a entrar.

Lo estúpido era que iba a hacer cualquier cosa que ella necesitara. ¿Qué otra opción tenía? Nunca me perdonaría si no estuviera ahí para ayudarla. ¡Maldita sea! Puede que ella no me ame, pero yo siempre la amaré.

Golpeé dos botellas de cerveza sobre la encimera y cerré la puerta de la nevera de una patada. Amber estaba lista para hablar. Me diría por qué estaba aquí, yo arreglaría su problema, y luego ¿qué mierda? Se iría de nuevo. Solté un resoplido e intenté relajar la tensión que se acumulaba en mis hombros.

Se oyeron pasos en el piso de arriba y supe que Amber debía estar bajando. Me encogí de hombros y me abroché los vaqueros, deseando con todas mis fuerzas haber cogido una camiseta antes de bajar.

La puerta de la cocina se abrió lentamente y entró Amber. Su pelo mojado colgaba suelto sobre un hombro, y la camiseta que le había dado tenía manchas húmedas que se pegaban a sus pechos. Cerré la boca y sacudí mentalmente la cabeza. Era hora de hablar. Nada más. Nada menos. Debería haberme mantenido firme en esa premisa cuando llegó.

Agarré una de las cervezas y la destapé antes de entregársela a Amber.

—Gracias —dijo, y mientras bebía un trago, vi que le temblaban las manos.

Examiné su rostro perfecto. La preocupación marcaba sus facciones, pero se negaba a mirarme a los ojos.

Abrí mi botella y casi me la bebí de un trago antes de ir a por otra. Amber dejó la suya en la encimera.

—Hace calor aquí —dijo—. ¿Crees que podemos dar un paseo por detrás?

—Pensé que querías hablar —dije y cerré la nevera renunciando a la segunda cerveza.

—Y-yo quiero. Solo creo que será más fácil si lo hago mientras caminamos.

Asentí y me disculpé para ir a buscar una camiseta y mis botas. Salimos por la puerta trasera en cuanto regresé. El gran jardín daba a una parte del Parque Estatal; nos abrimos paso entre los arbustos y nos dirigimos a un sendero que habíamos recorrido mil veces antes. La noche había despojado el paisaje de color y las ramas de los árboles se cernían sobre nosotros como si estuvieran adormiladas y se estiraran las unas hacia las otras. El único sonido era el roce de nuestros pies en el sendero de tierra y el grito del búho cornudo mientras surcaba el cielo.

Para mi sorpresa, Amber extendió la mano, agarró la mía y la apretó. Yo le devolví el apretón.

—Lo que sea que necesites que haga, lo haré —dije en un intento de tranquilizarla—. Sin hacer preguntas.

Continuamos en silencio durante un breve momento hasta que Amber pareció tomar una

decisión y respiró hondo. —Solo necesito que hagas una cosa —dijo, con la voz quebrada.

La hice detenerse y sostuve su rostro entre mis manos. La humedad manchaba sus mejillas y me di cuenta de que había estado llorando en silencio. Sequé sus lágrimas y la miré a los ojos. —Dije que haría lo que necesitaras, y lo dije en serio.

Me dedicó una pequeña sonrisa y asintió con la cabeza antes de volver a tomar mi mano y continuar caminando. —Tienes que prometerme que no actuarás impulsivamente por lo que te voy a contar, al menos no de inmediato. Procesa lo que te diga y luego actúa con la cabeza fría. No te precipites.

Un sabor amargo me invadió la boca al darme cuenta de que temía mi reacción. —Lo prometo —dije.

Aun así, seguimos caminando. A pesar de la monotonía de nuestro paso y el monocromo de nuestro entorno, mi corazón retumbaba y mi mente daba vueltas. La tensión prácticamente saltaba por la piel de Amber. Me volví para mirarla y, a la luz de la luna, vi otra lágrima rodar por su mejilla. Se la limpió con el dorso de su mano libre.

—¿Recuerdas nuestra última conversación telefónica? —preguntó, con la voz cargada de emoción.

—Nunca la olvidaré —respondí.

—Algo sucedió esa noche. De camino a casa. —Un temor creciente me revolvió el estómago y me hizo sentir como si alguien me apretara el pecho con un tornillo, pero me mordí la lengua y esperé a que Amber continuara—. Un grupo de motociclistas me sacó de la carretera. Se me reventó un neumático. Mi teléfono estaba muerto.

Su voz se apagó y su mirada se desvió hacia nuestro alrededor por un segundo antes de que se inclinara y pusiera las manos sobre sus rodillas, tragando con dificultad y temblando mientras las emociones la abrumaban. Me arrodillé a su lado y le froté la espalda. Ella cayó al suelo.

—No pude hacer nada —dijo—. No pude detenerlo. —Se derrumbó en mis brazos y me senté en el suelo, con el corazón gritando, y la abracé con fuerza.

Le acaricié el cabello e intenté mantener la calma por el bien de Amber, pero mi mandíbula se tensó y me quedé casi sin aliento por la ira.

—¿Qué pasó, cariño? —pregunté, y sabiendo ahora que tenía que estar relacionado—. ¿Por qué te fuiste?

Amber se apartó y miró sus manos vacías mientras temblaban. La tenue luz proyectaba sombras sobre su rostro, pero su dolor era evidente para mis ojos. —Me sacó del coche y me violó.

La ira desgarró mis entrañas como un maldito tornado. Alguien había violado a mi ángel. Quería ponerme de pie y caminar de un lado a otro, golpear algo, a alguien. En su lugar, tragué esa ira como si fuera un cartucho de dinamita, y me prometí que, cuando llegara el momento adecuado, la dirigiría hacia la persona correcta y la dejaría explotar. Deseaba poder hacer que todo mejorara, pero esto no se trataba de alguien de quien pudiera protegerla, se trataba de alguien que ya la había lastimado, y no podía hacer nada al respecto excepto matar al cabrón.

—¿Por qué no me lo dijiste? —solté, pero mientras decía las palabras, el temor me sacudió hasta la médula. Ella había dicho que unos motociclistas la habían sacado de la carretera—. ¿Fue alguien de Por Siempre Medianoche? ¿Fue por eso que te fuiste? —No podía procesar la idea de que alguien a quien consideraba un hermano pudiera lastimar a Amber, pero eso explicaba todo.

—No —dijo después de aclararse la garganta—. Fue alguien de los Hijos Salvajes. Había

seis de ellos allí, pero solo uno... solo uno... me lastimó.

La atraje hacia mí y la abracé. —¿Sabes su nombre? —pregunté. Ella negó con la cabeza. Mi mente daba vueltas y una certeza me apuñaló el corazón—. Te lastimó por mi culpa, ¿verdad?

Asintió y volví a morir por dentro. No era de extrañar que se hubiera ido. ¿Cómo podía soportar mirarme a la puta cara después de lo que había pasado?

—Lo siento tanto —dije, aunque las palabras eran inadecuadas. Aunque Amber no supiera quién la había atacado, en ese momento, yo maldita sea que sí lo sabía.

Amber respiró profundamente y se apartó de nuevo. —Tenía un tatuaje en el cuello —dijo, confirmando mis sospechas—. Un león con una corona. Me dijo que lo mirara bien y que te dijera exactamente quién me había lastimado.

—Leo —dije e instantáneamente me arrepentí cuando Amber se derrumbó de nuevo. Se desplomó contra mí y lloró hasta que quedó completamente agotada.

Capítulo Cinco

Amber

Las luces rojas parpadeantes nos recibieron en cuanto doblamos la esquina, tiñendo la calle con una luz macabra y peligrosa. Un coche patrulla estaba estacionado frente al bungaló.

Durante todo el viaje de vuelta a casa de Sophia, me aferré a la espalda de Caleb e intenté concentrarme en cualquier cosa menos en el nombre de mi atacante. Leo. Debería haberlo sabido por su estúpido tatuaje, pero eso era lo que menos me preocupaba ahora. Salté de la moto sin esperar a que Caleb la detuviera por completo y corrí hacia la casa. Solo podía pensar que algo le había pasado a Charlie.

Sophia salió, llevando unas zapatillas esponjosas en forma de conejos y una bata. Por lo que se veía, probablemente llevaba muy poco debajo. Un oficial la seguía y, antes de que tuviera la oportunidad de decir algo, ella corrió hacia mí y me abrazó.

—Está bien. Todas estamos bien. Sigue dormida en la habitación. Juro que esa niña dormiría incluso durante un concierto de rock.

Aunque sus palabras me inundaron de alivio, me moría de ganas de entrar corriendo y despertar a Charlie para ver por mí misma que estaba bien, pero sabía que solo la asustaría si lo hacía. En su lugar, solté el aire que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo, me aparté de Sophia y miré por encima del hombro a Caleb. El oficial se había acercado a él y estaban hablando en la calle. Por lo que parecía, ya se conocían.

—Le conté a Caleb sobre el ataque, pero aún no he mencionado a Charlie —dije. Mi manera de pedirle a Sophia que no la mencionara en presencia de Caleb. Todavía no—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Tuvimos algunas visitas. Un grupo de imbéciles en motocicletas pensó que sería divertido gritar a la casa mientras aceleraban sus motores y armaban un alboroto en la calle. —Miró al oficial y soltó un suspiro—. Lanzaron un ladrillo por la ventana. —Parecía que quería decir algo más, pero se mordió el labio como si mantuviera las palabras encerradas.

Estaba a punto de preguntarle qué era lo que no me estaba contando cuando mi mirada recorrió la casa y, por primera vez, noté la ventana destrozada y los cristales rotos, y casi me derrumbé de nuevo. No necesitaba mi instinto para decirme que todo esto era mi culpa; era tan evidente como la nariz en mi cara.

—Oye —dijo Sophia, abrazándome de nuevo—. No llores, chica. Estamos bien. Todo está bien. Ni siquiera llamamos a la policía. Puedes agradecérselo a uno de los vecinos.

—Deberías haber llamado a la policía —dije mientras me apartaba y la miraba a la cara—. Fueron los Hijos Salvajes, ¿verdad? Sabes de lo que son capaces. En el momento en que entraron en la calle, deberías haber llamado a la policía y haberte escondido. Prométemelo. Si vuelven, asegúrate de que tú y tu familia estén a salvo.

—Señoras —dijo el oficial mientras él y Caleb se acercaban a nosotras—. Señorita Cortez. Solo quería volver a comprobar los detalles de la insignia de los moteros que vio. ¿Está segura de que era un cráneo de animal y no uno humano? —Hizo girar su dedo en el aire e indicó a Caleb que se diera la vuelta. Caleb obedeció, mostrando el parche del Por Siempre Medianoche en su chaqueta.

—Completamente —dijo Sophia—. Puedo distinguir entre un cráneo de animal y uno humano. Además del hecho de que el otro tenía grandes dientes caninos a la vista, tampoco tenía alas ni una luna llena detrás.

El oficial dejó escapar un profundo suspiro y golpeó su bolígrafo contra el bloc que tenía en la mano antes de señalar a Caleb—. Tú y yo sabemos que aunque Por Siempre Medianoche no hizo nada aquí esta noche, tu presencia dice mucho sobre el hecho de que están involucrados de alguna manera. —Con eso, tomó una respiración profunda y guardó su bolígrafo y bloc—. Enviaré un coche patrulla para que los revise cada par de horas. Si estos tipos vuelven, quiero que llamen de inmediato.

—No es necesario, Tom —dijo Caleb, confirmando mi suposición de que ya conocía al oficial—. No se quedarán aquí.

Sophia me miró—. Llamaré a Ben. Mi prometido —añadió ante la mirada en blanco de Caleb—. Podemos quedarnos con él en Twin Cedars.

—Ni de coña —gruñó Caleb—. Necesito que estén en un lugar donde los hermanos puedan protegerlos.

Sophia parecía que iba a decir algo, pero levanté la mano para detenerla—. Podemos hablarlo y resolver los detalles —dije.

—Bueno —Tom le dio otra mirada significativa a Caleb—, manténganme informado y háganme saber lo que deciden. La oferta de que pase un coche patrulla sigue en pie. —Hizo una seña a Caleb y le indicó que se apartara—. Una palabra.

Sophia los observó mientras se alejaban, pero yo no podía apartar la mirada de su rostro. Se suponía que este debía ser el momento más feliz de su vida. En unos días, estaba a punto de casarse, y después de eso se iría a las Bahamas para su luna de miel. Sophia y sus padres habían hecho tanto por ayudarme a lo largo de los años, y no podía estar más agradecida, pero por ahora, tenía que distanciarme de ellos para mantenerlos a salvo. Solo deseaba poder enviar a Charlie con ellos, pero sería demasiado pedir, y no podía soportar estar sin ella. No. Era hora de contarle todo a Caleb.

Seguí la mirada de Sophia y dirigí mi atención a Caleb y al oficial, Tom. Todavía estaban hablando, pero de vez en cuando Caleb me miraba. Me dio un asentimiento casi imperceptible y una sonrisa. Había estado manteniéndose firme desde que le conté sobre mi ataque, pero ahora, al igual que entonces, podía sentir la ira y la frustración emanando de él en oleadas. Estaba listo para matar a Leo, y que Dios me ayude, yo estaba dispuesta a permitirselo.

—Es más intenso de lo que imaginaba —dijo Sophia, atrayendo mi atención de vuelta a ella—. Como un resorte tenso listo para saltar. —Una sonrisa pícaro jugó en el borde de sus labios—. Más grande también. Nunca me dijiste qué tan grande era, chica —dijo y me dio un codazo juguetón.

A pesar de todo, me reí. Sophia siempre tenía una manera de hacerme sonreír incluso en las circunstancias más difíciles. Ojalá tuviera su perspectiva positiva de la vida.

Suspiró y me volví para mirarla. —Tal vez deberíamos entrar. Podría revisar rápidamente a Charlie mientras esperamos que terminen de hablar —dije.

—Es una buena idea. —Sophia entrelazó su brazo con el mío antes de arrastrarme adentro—. Prepararé el café. Tengo la sensación de que va a ser una noche larga.

Mientras Sophia se dirigía a la cocina, me deslicé en el dormitorio. Caroline estaba acostada en la cama abrazando a Charlie. Levantó la cabeza e hizo ademán de moverse cuando entré.

—No te levantes —dije, sin querer molestarlas—. Solo estoy asomándome para ver si todo está bien.

Caroline acarició la cabeza de Charlie, apartando su cabello rubio de su frente. —Es un angelito —dijo—. Se movió un poco, pero se volvió a dormir enseguida con un abrazo.

Sonreí. —Gracias.

—De nada.

—No, en serio. Gracias. No sé qué habría hecho sin ti, Franc y Sophia a lo largo de los años.

—No hay necesidad de nada de eso. Ustedes dos son familia. Todo lo que hemos hecho ha sido por amor.

—Lo sé, y eso es aún más motivo para agradecer. —Charlie se movió y Caroline le hizo sonidos arrulladores y le acarició la cabeza de nuevo—. Será mejor que me vaya. Volveré tan pronto como sepa qué está pasando.

Caroline asintió, y me fui lista para enfrentar a Caleb con el temor formando una roca en mi estómago. Encontré a Caleb y Sophia hablando juntos en la cocina. Ella le entregó una taza de café y sirvió otra tan pronto como entré.

—¿Todo bien? —articuló sin sonido mientras me la entregaba. Sonreí y asentí, transmitiendo más que mi agradecimiento por el café—. Supongo que es un poco tarde para las presentaciones, pero por si acaso, Caleb, esta es Sophia. Sophia, Caleb.

—Es un placer conocerte —dijo Caleb—. Aunque las circunstancias podrían haber sido mejores.

Sophia se rió. —Tu hermano, Cane, dijo casi lo mismo esta mañana. —Caleb sonrió a Sophia, mientras ella me guiñaba un ojo rápidamente.

—Así que, este prometido tuyo. He estado hablándolo con Tom, y creo que podría ser una buena idea si te vas a quedar con él, con un par de hermanos acompañándote para protección.

Sophia tomó un sorbo de su café y me miró por encima del borde de su taza, sin duda preguntándose dónde dejaba eso todo el asunto de que Caleb no supiera sobre Charlie. No debería preocuparse, ya había tomado mi decisión al respecto.

Saqué una silla de la mesa de la cocina y me senté antes de tomar un largo trago de mi café. El líquido caliente se deslizó por mi garganta y golpeó mi estómago vacío, haciéndome dar cuenta de lo hambrienta que estaba. No había comido desde el desayuno, y eso había sido antes de las siete de la mañana. Miré el reloj y noté que eran casi las diez de la noche. Es extraño cómo la vida puede cambiar tanto en tan poco tiempo. Uno pensaría que habría aprendido esa lección hace años.

—Sophia —dije y coloqué mi taza cuidadosamente en la mesa frente a mí—. Tú, Franc y Caroline deberían ir con Ben. No quiero causarles más problemas y espero que no los sigan si no estoy cerca.

Sophia permaneció en silencio, mirando al vacío, lo cual era muy inusual en ella. Podía ser tan terca como Caleb a veces y el hecho de que no estuviera protestando me tenía un poco preocupada.

—¿Aún puedes enviar a un par de hermanos para que los vigilen? —le pregunté a Caleb.

—Por supuesto. Es lo mínimo que puedo hacer, joder —me miró con un alivio curioso, como si supiera que había decidido quedarme con él pero temiera decir algo por miedo a que cambiara de opinión—. Déjame hacer una llamada —se levantó y sacó el teléfono de su bolsillo—. Cane —dijo y se dirigió a la sala mientras yo volvía mi atención a Sophia.

—¿Estás bien? —le pregunté porque aún tenía una mirada distante.

Exhaló un suspiro y se sentó en la mesa frente a mí.

—¿Segura que no puedo convencerte de venir con nosotros? —preguntó, y negué con la cabeza—. Ya me lo imaginaba. ¿Y qué hay de...? —Levantó las cejas, pero el nombre de Charlie

quedó sin pronunciar.

Extendí la mano y agarré la suya.

—Se lo diré en cuanto termine de hablar por teléfono —susurré.

—Vale —Sophia miró nuestras manos durante unos segundos antes de soltarse y meter la mano en el bolsillo de su bata—. No estaba segura de si contarte esto o no —dijo y sacó un trozo de papel antes de ponerlo sobre la mesa.

Mi estómago se revolvió al verlo, aunque no sabía qué era. Por la expresión de Sophia, no podía ser nada bueno.

—¿Qué es? —pregunté.

Sophia miró a través de la puerta a Caleb, que seguía hablando por teléfono, y luego volvió a mirar el papel. Estaba allí como una serpiente de cascabel entre nosotras.

—Estaba atado a la piedra que arrojaron por la ventana. No se lo dije al policía —negó con la cabeza—. Maldita sea. Tal vez debería haberlo hecho. No sé qué demonios es lo correcto.

—Contármelo solo a mí fue lo correcto —alargué la mano hacia el papel, temblando. Antes de que pudiera cogerlo, Caleb golpeó su mano sobre él y lo apartó.

Su cara se puso roja y moteada después de desdoblarlo y leer el mensaje que contenía. Apretó los dientes y las venas de su cabeza casi estallaron.

—¿Qué dice? —pregunté, pero Caleb arrugó el papel entre sus manos y se lo metió en el bolsillo.

—Voy a matarlo —dijo y salió furioso de la habitación.

Lo perseguí e intenté detenerlo.

—Por favor —dije—. Caleb. ¿Qué decía? No hagas nada estúpido —se detuvo bruscamente y se volvió hacia mí, apretándome contra él y aplastando sus labios contra los míos como si fuera el último beso que me daría—. Por favor, no te vayas —dije cuando se apartó, aunque me había dejado sin aliento.

—Tengo que hacerlo.

Se alejó y saltó sobre su moto, acelerando calle abajo como si la policía lo persiguiera.

Sophia estaba en la puerta del bungalow.

—¿Qué decía? —pregunté, mi voz sonaba distante a mis propios oídos.

—Decía: "Como la última vez que me follé a tu novia no te hizo salir" —tragó saliva con dificultad y se aclaró la garganta— "me aseguraré de que la próxima vez sea mucho más jodidamente memorable. Encuéntrame en el Ta-Towhee Bar & Grill. Ahora".

Me doblé e intenté respirar profundamente para no vomitar. Me llevó unos segundos, pero mi preocupación por Caleb superó mi preocupación por mí misma.

—Thea —dije—. Tenemos que llamar a Thea.

Sophia corrió adentro. Ya estaba con el teléfono marcando cuando me uní a ella. Se lo arrebaté de las manos.

—Thea —dije en cuanto contestó—. Soy Amber. Necesito hablar con Cane.

—Acaba de irse —dijo—. ¿Qué pasa?

—Es Caleb. Está en problemas.

—Vale. Aguanta. Veré si puedo localizarlo —con eso, terminó la llamada. Caminé de un lado a otro por la sala, sin saber qué hacer. Una parte de mí quería saltar a mi coche y correr tras él, pero sabía que eso solo causaría más problemas.

—Deberíamos llamar al policía, Tom —dijo Sophia.

Miré su rostro sincero y supe exactamente lo que estaba diciendo y todo lo que significaba.

—De acuerdo —dije.

Capítulo Seis

Caleb

El Bar & Grill Ta-Towhee estaba junto a la I-25, cerca de Woodmoor. Los clientes habituales se habían desparramado por el estacionamiento de grava frente al local. La mayoría de los hombres vestían mezclilla. Me concentré en los pocos que llevaban cuero de motociclista, pero ninguno lucía la insignia del cráneo de león de los Hijos Salvajes. Las mujeres iban con faldas cortas y tops recortados, con una mezcla equitativa de cuero y mezclilla, y su charla ebria llenaba el aire nocturno junto con el incesante bajo de la música del interior.

A pesar de la reputación de Ta-Towhee como un antro, el revestimiento de madera parecía recién teñido y el letrero que anunciaba su nombre brillaba rojo e inmaculado bajo su reflector, con una imagen recién pintada del pájaro Towhee a su lado. No era conocido como un lugar frecuentado por motociclistas, y menos aún por los malditos Hijos Salvajes. Tal vez por eso Leo lo había elegido para nuestro encuentro. Había menos riesgo de que alguien que yo conociera estuviera allí para echarme una mano. ¿Quién coño la necesitaba? Estaba listo para arrancarle la cabeza y escupirle en la garganta por lo que le había hecho a Amber.

Mientras echaba un vistazo a las ocho motocicletas aparcadas en el estacionamiento, me preguntaba por qué demonios Leo había decidido actuar ahora. Había atacado a Amber hace casi cuatro malditos años. El solo pensamiento de que él estuviera cerca de Amber hacía que mis manos retorcieran el manillar de mi moto como si fuera el cuello de Leo. ¿Qué estaba tramando ahora, y cómo coño sabía que ella había vuelto al pueblo?

Sacudí la cabeza y ahogué el gruñido que se formaba en mi pecho. Necesitaba mantener toda mi energía alimentada por la rabia bajo control hasta que me enfrentara al cabrón. Si Leo quería arreglarlo de una vez por todas, que así fuera. No necesitaba sobrevivir a una paliza de sus hermanos, solo necesitaba asegurarme de acabar con él primero.

Después de resistir el impulso de atravesar la puerta con mi moto y entrar directo al edificio, me detuve lo más cerca posible del bar, apreté la mandíbula y permití que toda la rabia que había sentido durante los últimos cuatro años, todo el maldito dolor amplificado por la revelación de Amber, se acumulara como un infierno dentro de mí. La adrenalina corrió por mi cuerpo y los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos, pero mi visión se volvió enfocada, concentrándose en una sola tarea: encontrar a Leo.

Puede que el exterior de Ta-Towhee hubiera tenido un lavado de cara, pero el familiar hedor a sudor, alcohol y humo de cigarrillo llenaba el interior renovado. A pesar de la prohibición de fumar en lugares cerrados, flotaba en el aire sobre los clientes como una espesa niebla que obstruía los pulmones y parecía casi viva mientras las luces pulsaban al ritmo de la música, iluminándola.

No era de extrañar que la gente se desbordara hacia el estacionamiento; el lugar estaba jodidamente abarrotado, con la gente apretujada como sardinas, y el ruido a un nivel de tener que gritar. No perdí tiempo en abrirme paso entre la multitud en movimiento. Entonces lo vi.

Leo.

Por regla general, había tratado de mantenerme alejado de los Hijos Salvajes. Leo era un imbécil y trataba de provocarme, de presionar mis botones, pero por respeto a su padre y a la amistad que una vez compartió con el mío, me había mantenido tranquilo. Esa tranquilidad se había ido a la mierda ahora.

Era como si el tiempo se hubiera ralentizado y todas las demás personas se hubieran

desvanecido de mis sentidos. Sus voces y la música estridente se convirtieron en nada más que una presión amortiguada en mi cerebro. Me concentré en el único cabrón que necesitaba ver.

Leo sonrió con suficiencia. Su boca se abrió, listo para hablar, pero yo no estaba aquí para perder el tiempo en malditas cortesías. Además, no había nada que tuviera que decir que yo quisiera escuchar. Mi puño se cerró y se estrelló contra su cara con un crujido satisfactorio que sentí más que oí. Su cabeza voló hacia atrás, y arremetí contra él de nuevo, agarrándolo por la camiseta y tirando de él para evitar que cayera al suelo.

La vaga noción de que una mujer gritó cerca pasó por mi mente, y luego otra. La multitud se apartó y el espacio a nuestro alrededor se abrió. Incluso con la sangre goteando de la nariz de Leo y el corte en su labio, todavía me miraba con ojos burlones.

Me tambalee hacia un lado, perdiendo mi agarre sobre él. Alguien había arremetido contra mí. Dos cabrones intentaron agarrarme los brazos, pero los balanceé juntos. Sus cabezas chocaron antes de caer hacia atrás. Un repentino dolor agudo me atravesó las entrañas cuando algún cabrón me clavó un golpe en el riñón por la espalda. Inhalé bruscamente. Dolía como la puta madre, pero no me derribó. Además, por experiencia, sabía que no era lo suficientemente fuerte como para hacerme mear sangre durante una semana. El cabrón que me atacó por sorpresa era demasiado marica para asestar un golpe así.

Luché contra cabrón tras cabrón. Mis músculos se tensaron bajo la presión. Golpe tras golpe aterrizaba sobre mí, pero una extraña insensibilidad me impedía sentirlos. Intenté mantener la vista en mi objetivo, pero Leo retrocedió, abandonando el bar y dejando que sus hermanos se encargaran de mí. El maldito cobarde era demasiado marica para enfrentarme él mismo.

Mi rodilla cedió bajo un golpe invisible en la parte posterior de mi pierna. Caí al suelo, estrellándome. Con la partida de Leo, mis sentidos volvieron a activarse como si alguien hubiera encendido un interruptor. Mi cara se sentía como si alguien me hubiera golpeado con un ladrillo diez veces, y mis costillas no se sentían mucho mejor. Toda la pelea se escurrió de mí como el agua por un desagüe destapado. Una vez más, le había fallado a Amber.

El tiempo se ralentizó de nuevo. Nada importaba ya. Mi única esperanza era que Cane llegara a ella y la mantuviera a salvo.

Ante ese pensamiento, una imagen de mi hermano apareció como un torbellino. Atravesó al cabrón frente a mí con un puñetazo en la cabeza. Otras voces gritaban y se oían pisadas, pero el ruido era hueco y distante para mis oídos.

Cane me agarró del brazo y me puso de pie. Estaba rodeado por varios de mis hermanos de Por Siempre Medianoche. Los últimos de los Hijos Salvajes habían huido cuando llegaron mis refuerzos.

—¿En qué mierda estabas pensando? —preguntó Cane.

Supongo que ese era el problema. No estaba pensando una mierda. —Amber—. Solo decir su nombre hizo que el dolor me atravesara la mandíbula.

—Ella está bien. Tienes suerte de que te haya llamado, joder—. Cane sacudió la cabeza y me arrastró por el bar hacia la salida.

Capítulo Siete

Amber

—No. No quiero —Charlie pateó con sus talones el mostrador de la cocina sobre el que estaba sentada.

—Tenemos que hacerlo, cariño —dije—. La ventana está toda rota y tenemos que salir de la casa mientras vienen los hombres de la reparación a arreglarla.

—Ve con la tía Caroline.

Solté un suspiro. Sabiendo lo difícil y confuso que era esto para mí, tenía que ser un millón de veces peor para ella, y mi preocupación e inquietud no estaban mejorando su estado de ánimo.

Caroline le apartó el pelo de la oreja a Charlie y le acarició la mejilla.

—No hay suficiente espacio en casa de Ben para que nos quedemos todos. Pero nos veremos en la boda en unos días —Levantó el osito de peluche de Charlie del mostrador, lo agitó frente a la cara de Charlie y fingió que estaba hablando.

—Voy contigo —dijo Teddy con una voz que imitaba la del Oso Yogi—. Puedes abrazarme, hablar conmigo y hacer picnics conmigo. Tendremos muchas aventuras que compartir con todos —Con eso, Caroline le dio un toquecito en la nariz a Charlie con el osito.

Charlie pateó el mostrador de nuevo, pero esta vez soltó una risita mientras lo hacía. Abrazó al oso pero le lanzó una mirada cansada a Lucky por el rabillo del ojo.

Los pocos minutos que esperamos a que Thea devolviera la llamada fueron los más largos de mi vida, y el alivio que sentí cuando sonó el teléfono y contesté para descubrir que ella se había puesto en contacto con Cane me hizo sentir mareada.

Thea le había dado el número de Sophia para que pudiera ahorrar tiempo y hablar directamente conmigo. Tan pronto como le expliqué la situación, me dijo que me quedara tranquila y que enviaría a Lucky y a algunos otros hermanos a recogerme y llevar a los Cortez a casa de Ben. Por la expresión en el rostro de Lucky cuando llegó y se enteró de que Charlie vendría conmigo, Cane no le había informado completamente sobre mi situación.

Sophia trajo dos fundas para ropa a la cocina y las colocó sobre el respaldo de una silla del comedor.

—Necesitarás estas para la boda —dijo, y me dio una sonrisa forzada. Sabía que haría todo lo posible por asistir, pero no había garantías sobre la mesa.

—Supongo que eso es todo —dije.

—Sí.

Caroline levantó a Charlie y le dio un gran abrazo. Franc le dio un beso en la mejilla y fingió robarle la nariz.

—¿Qué? ¿Necesitas esto? —dijo mientras metía la punta de su pulgar entre sus nudillos—. Será mejor que te la devuelva entonces —Lo hizo con un sonido de "pop".

Charlie se rio y una ola de amor me invadió por nuestra familia adoptiva. Me contuve las lágrimas que se formaban en mis ojos por miedo a que Charlie las viera y abracé tanto a Franc como a Sophia.

—Llámame mañana por la mañana para darme noticias —dijo Sophia.

—Por supuesto —Abracé a Caroline junto con Charlie, y ella me besó en la mejilla.

—Cuídate y llámanos si necesitas algo —dijo.

Le di una sonrisa irónica y transferí a Charlie a mis brazos antes de acercarme a la silla y

recoger las fundas para ropa y mirar a Lucky.

—Nos iremos todos al mismo tiempo —Recogió mis maletas aún sin desempacar después de nuestra llegada esta mañana.

En cuestión de minutos, nos estábamos despidiendo por segunda vez afuera. Sophia y sus padres subieron a su coche con un par de hermanos de Por Siempre Medianoche siguiéndolos en sus motos.

Charlie y yo subimos a un coche con Lucky, y otros dos hermanos nos siguieron. Antes de que hubiéramos avanzado dos cuadras, sonó mi teléfono.

—Caleb —dije, esperando que fuera él.

—Soy el Oficial Tom Davenport. Caleb está bien —Soltó un suspiro a través de la línea—. Está vivo, en todo caso. Un equipo de paramédicos lo está examinando. Tiene algunas preguntas que responder y luego lo dejaré ir.

Mi cabeza estaba demasiado llena con el hecho de que Caleb había resultado herido como para procesar gran parte de lo que dijo, pero me aferré al hecho de que Caleb también estaba vivo.

Antes, mientras yo estaba ocupada diciéndole a Cane que fuera a Ta-Towhee, Sophia había estado en la otra línea diciéndole lo mismo a Tom, y mi resolución de presentar un informe policial lo antes posible se había asentado en mi corazón. Parecía extraño decirlo, pero aunque el miedo de aquella noche siempre estaría encerrado dentro de mí, contárselo a Caleb lo había hecho en muchos aspectos más fácil de soportar. Siempre guardaría el recuerdo de lo que pasó, pero sentía ahora que estaba en un segundo plano, una noche en una larga lista de experiencias que me definían. Tal vez contárselo a la policía ayudaría a mantenerlo allí. Demonios, si hubiera ido a la policía y les hubiera contado lo que pasó hace todos esos años, tal vez habría sucedido antes. Leo estaría tras las rejas y Caleb no habría arriesgado su vida o la posibilidad de ir él mismo a prisión por ir tras él.

—Gracias por avisarme —dije, y aparté ese pensamiento de mi mente. La vida estaba llena de arrepentimientos. Sabía que lo único que se podía hacer era aceptar los errores cometidos e intentar aprender de ellos, pero eso era más fácil decirlo que hacerlo.

~

Después de toda la emoción, el viaje a la casa segura había adormecido a Charlie nuevamente. La acuné en mis brazos y la levanté del coche lista para llevarla adentro.

Se sentía extraño tener a Lucky y a los otros hermanos conmigo. Como si hubiera retrocedido en el tiempo a una vida diferente. Me había mantenido alejada de todo el ambiente de motociclistas para mantener en secreto mi ubicación. Aunque nunca había sido una gran parte de ello de todos modos.

Una leve sonrisa se dibujó en mis labios al recordar cómo Caleb y yo nos conocimos. Él estaba pasando por el aeropuerto en un viaje de negocios con su padre. La seguridad de la terminal los detuvo cuando intentaron entrar en la sala VIP. No eran exactamente el tipo de clientela a la que estábamos acostumbrados. Después de que mostraron sus pases y se les permitió entrar, hice mi trabajo e intenté ofrecerles el servicio que todos nuestros invitados esperaban. No fue fácil hacerlo cuando Caleb me miraba como si intentara atravesarme el alma con la mirada. Su padre le dio un codazo y le dijo que era de mala educación quedarse mirando, lo que me hizo sonrojar aún más, pero Caleb masculló algo en respuesta y continuó observándome. Su mirada me ponía nerviosa pero al mismo tiempo despertaba algo en mi interior.

—¿Otro viaje de negocios? —pregunté unos días después cuando regresó a la sala sin su

padre.

—No. Este es todo por placer. —Me entregó un billete y cuando lo revisé, tenía mi nombre. Miró su teléfono—. Como terminas de trabajar en cinco minutos, pensé que podrías acompañarme.

Dejando de lado el comportamiento de acosador espeluznante, dije que sí. El resto, como dicen, es historia. No voy a fingir que fue amor a primera vista, más bien lujuria mezclada con un poco de miedo, pero eso pronto se convirtió en amor. Caleb era muchas cosas. Podía ser intimidante para otros, aunque nunca para mí después de nuestro primer encuentro. Era intenso y se enfadaba rápidamente. Sin mencionar que era insaciable en la cama. Pero también era una de las personas más cariñosas que jamás había conocido y haría cualquier cosa por aquellos a quienes consideraba familia.

Y yo lo había dejado.

Levanté a Charlie en mis brazos, acomodándola en una posición más cómoda. La casa segura, como la llamaba Lucky, era una granja colonial ubicada entre unos acres de terreno. Las luces estaban encendidas y había una camioneta estacionada en el camino de entrada apartado. Tan pronto como entré, Thea se apresuró hacia mí. Se detuvo a un pie de distancia como si de repente fuera consciente de que apenas nos conocíamos.

—Vamos a acostar a la pequeña —dijo, haciéndome agradecer que tuviera cuidado de no mencionar el nombre de Charlie frente a Lucky, aunque ese barco ya había zarpado en la casa de los Cortez.

Podía desear haber le contado a Caleb sobre ella antes de que los otros hermanos tuvieran la oportunidad de hacer suposiciones por sí mismos, pero los deseos son tan útiles como un tenedor cuando todo lo que tienes para comer es sopa.

Thea me guio escaleras arriba hasta un dormitorio, donde retiró las sábanas y acosté a Charlie en la cama. Me senté junto a Charlie durante unos segundos, mirando su rostro perfecto y pequeño. Cuando me levanté, le puse a Teddy en los brazos y coloqué almohadas a ambos lados para evitar que se cayera al suelo en la cama desconocida.

—Tú también deberías descansar un poco —dijo Thea.

—No podré dormir.

—Podrías sorprenderte.

Me puse de pie y tomé su mano, apretándola y sonriendo. —Gracias por ayudar. —Las palabras casi fueron ahogadas por el rugido de mi estómago.

—Vamos a comer algo. Estoy muerta de hambre —dijo y me sacó de la habitación.

Thea parecía muy a gusto en la gran cocina de planta abierta con más espacio de armarios y suelo del que nadie podría necesitar jamás. Se puso manos a la obra para prepararnos algo de comer, y me sentí culpable por dejarla, pero rechazó mi ayuda cuando se la ofrecí.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos Caleb y tú? —pregunté mientras me sentaba en un taburete de la barra de desayuno, junto a la isla de la cocina, y la observaba trabajar.

—Diez meses —respondió y se acarició la barriga de embarazada.

—Está diferente a como lo recuerdo. Debes hacerlo muy feliz.

—Él también me hace muy feliz a mí. —Thea descolgó una plancha de un estante sobre nuestras cabezas y la puso a calentar en la estufa antes de preparar un sándwich de queso, untando mantequilla en ambos lados del pan. Cuando estuvo listo, lo colocó en la plancha—. ¿Tuviste oportunidad de hablar con Caleb? —preguntó.

—Le conté lo que pasó, pero no sobre Charlie. —Suspiré—. Iba a hacerlo. Es solo que, pasaron cosas... —Contuve un sollozo y me froté la cabeza con la mano. Caleb estaba vivo. No

importaba que necesitara un paramédico. Estaba vivo—. Ni siquiera sé en qué estado está Caleb. Cuán herido está.

Thea volteó el sándwich de queso fundido en un plato y corrió a mi lado. —Está bien. Esos cabezas de algodón. No puedo creer que no te llamaran.

—No tienen mi número —dije, dándome cuenta de que mientras Cane tenía el de Sophia, yo nunca les había dado el mío.

—Aun así, podrían haber encontrado la manera de hacértelo saber a través de Lucky. —Acercó el plato hacia mí, me dijo que comiera y volvió a rodear la isla central para hacerse otro sándwich—. Cane dijo que está magullado y golpeado, pero es demasiado cabezota como para que haya algún daño duradero.

Sonreí. Cane sonaba mucho más educado de lo que recordaba, y estaba segura de que Thea había omitido un par de palabrotas.

Thea resopló y sirvió su comida antes de tomar el taburete junto al mío. —También dijo que llegaron justo a tiempo. Ocho de los Hijos Salvajes le estaban dando una paliza. No tenía ninguna oportunidad solo, sin importar lo fuerte o hábil que sea. Los Landon son igual de testarudos. No sé en qué estaba pensando. Un hombre no puede vencer a ocho en una pelea a puñetazos —. Dio un bocado a su sándwich y murmuró con aprecio—. Realmente estaba hambrienta —dijo antes de dar otro—. Juro que este bebé necesita comer cada veinte minutos.

Con mi propio estómago hambriento, limpié mi plato en segundos, ganándole a Thea. —Solo desearía que ya estuvieran de vuelta —dije tan pronto como tragué el último bocado.

—Con suerte, no tardarán mucho más.

Miré al techo y las ollas y sartenes de color rosa colgando de un estante sobre la isla. —Tu casa es preciosa —dije—. Nunca pensé que vería el día en que Cane se mudara de su cabaña. Aunque supongo que con un bebé en camino podrían necesitar más espacio.

Thea se rió. —No ha cambiado tanto desde que lo conociste. Todavía estamos en la cabaña, aunque ha sufrido algunas renovaciones en los últimos meses —. Hizo un gesto con la mano alrededor de la habitación—. Esto pertenece a alguien que Jameson conoce en Nueva York. Lo usan como alquiler vacacional. Se lo sugirió a Cane como un lugar donde podrías esconderte sin que nadie sospechara que estábamos aquí.

—Jameson debe conocer a gente elegante.

—Supongo. No es muy hablador, así que no sabría decirte.

—Nada ha cambiado en ese aspecto entonces —. Levanté el plato de enfrente de Thea y, a pesar de sus protestas, insistí en que yo lavaría los platos. Ahora que sabía que esta no era su casa, no había manera de que la dejara atenderme.

—Sabes —dijo después de un momento—. Cane también mencionó otra cosa sobre Caleb cuando llamó.

—¿Ah, sí?

—Dijo que lo primero que hizo cuando Cane llegó a él fue preguntar por ti.

No había nada que pudiera decir a eso, así que ni lo intenté. Era obvio por nuestro encuentro de esta tarde que Caleb aún tenía sentimientos por mí, y sin importar cuánto había intentado negarlo a lo largo de los años, yo también tenía sentimientos por él.

Terminé de lavar los platos y los guardé en los lugares de donde había visto a Thea sacarlos. Estaba a punto de sugerir que subiéramos y nos fuéramos a dormir cuando sonó un coche afuera. Me apresuré al pasillo y vi luces brillar a través de la ventana antes de atenuarse.

Mi corazón latía con fuerza. Las luces no pertenecían a una motocicleta. Lucky salió de una de las habitaciones delanteras y llegó a la puerta antes de que yo pudiera pensar con claridad.

Cuando la abrió, contuve la respiración. Después de lo que pareció una eternidad, la abrió de par en par.

—¿Qué demonios te pasó? —dijo—. Pareces como si hubieras chocado tu moto de frente contra un tanque.

—Joder, así se siente —respondió Caleb y entró.

Capítulo Ocho

Amber

Bajo la luz del pasillo, los moretones en su rostro resaltaban como verdugones rojos. Tenía el labio partido e hinchado, y por la forma en que se sujetaba el estómago, supe que debía haberse lastimado algunas costillas.

Me habría roto el corazón si no estuviera tan furiosa. Me abalancé hacia él y casi lo abofeteo yo misma. —¿Así es como van a ser las cosas? ¿No te das cuenta de que esta es la razón principal por la que me fui en primer lugar? —Mi voz alcanzó octavas tan altas que estaba segura de que los cristales de las ventanas se romperían—. No puedo creer que seas tan estúpido. —Lancé las manos al aire y me di la vuelta para irme, decidiendo que lo mejor era sacarlo de mi vista.

—Amber.

Me detuve en las escaleras dándole la espalda. —No —dije por encima del hombro—. No te atrevas a pronunciar mi nombre como si te importara un ápice lo que pienso o siento. Si te importara, nunca habrías ido a ese estúpido bar.

—Solo cálmate.

Eso fue todo. Si pensaba que estaba enojada hace un momento, estaba a punto de llevarse una sorpresa. En nuestros años separados, se había vuelto estúpido. Su poder cerebral sin duda había disminuido con todos los esteroides que había tomado para lograr su volumen. En ese momento, no importaba que yo supiera que nunca haría tal cosa.

Me volví en las escaleras y lo encaré de nuevo. Cane estaba detrás de Caleb. Solo cuando Thea se movió junto a ellos y levantó la barbilla e hizo un gesto con los ojos hacia arriba, consideré que cualquier grito más despertaría a Charlie. Por un momento, mi frustración y enojo habían anulado mis sentidos. Aunque estaba dispuesta a contarle todo a Caleb, no iba a hacerlo en este momento.

Resoplé, bajé los pocos escalones que había subido y pasé junto a Caleb hacia el aire nocturno con la intención de dar un par de vueltas alrededor de la casa para disipar mi ira.

El viento aullaba. A pesar del calor del día, la noche era decididamente fría. Me abracé fuertemente y maldije.

¿Cómo pude haber sido tan estúpida de traer a Charlie aquí?

Sí, gran plan. Por primera vez, casi deseé que Caleb no fuera su padre. No es que lo supiera de todos modos. Así no tendría su primer encuentro con él viéndolo como... ¿cómo lo dijo Lucky? Como si hubiera conducido su moto directamente contra un tanque.

—¿Qué demonios te pasa, Amber? —gritó Caleb mientras me seguía—. ¿Qué esperabas que hiciera, sentarme y esperar a que Leo te violara de nuevo?

Las lágrimas se acumularon en mis ojos. Continué pisoteando alrededor de la casa, poniendo un pie delante del otro.

—¡Mierda! Lo siento. Soy un maldito imbécil. —Puso su mano en mi brazo y me hizo detener.

—Siempre eres un maldito imbécil. No puedo tener esa parte de ti en mi vida. No ahora.

Sin saber a qué me refería, suspiró y miró al suelo. —No te vayas. No... huyas de mí otra vez.

—¿No lo ves? Me escapé para evitar que esto sucediera. —Agité mi mano y señalé hacia su cara—. O algo peor. Dime, ¿qué habría pasado si Cane no hubiera ido al bar? ¿Y si Thea no

hubiera podido contactarlo de inmediato y yo hubiera tenido que esperar a que llegara a casa de Sophia? ¿Cuánto tiempo le habría tomado llegar a ti? ¿Treinta... cuarenta minutos? ¿Dónde estarías ahora mismo si Cane hubiera llegado más de media hora después?

—Me las habría arreglado.

—Sí, tu cara me dice lo bien que te las habrías arreglado. —Le di un golpecito en las costillas y negué con la cabeza cuando hizo una mueca—. Sí, habrías estado perfectamente bien.

Sin esperar una respuesta, me solté de su agarre y continué caminando alrededor de la casa. Ignoré los pensamientos que bombardeaban mi mente y el viento cortante que hacía arder mi rostro y arrancaba las hojas de los árboles, haciéndolas girar a mi alrededor. Caleb me seguía unos pasos atrás. La ira, la frustración y la creciente preocupación por lo que podría haber sido alimentaban mis pasos.

Cuando completé un círculo completo alrededor de la casa y estaba a punto de comenzar otro, él aceleró y me detuvo de nuevo. —Te vas a enfermar si no entras y te calientas.

—No te estoy obligando a quedarte conmigo. Si estás preocupado por ti mismo, entra.

—Amber, por favor. Enójate conmigo todo lo que quieras, pero hazlo dentro, joder. —Su voz se elevó en las últimas palabras, y supe que si no hacía lo que me pedía, probablemente me levantaría y me llevaría adentro.

—Bien, pero solo porque yo quiero, maldita sea. —Mis palabras sonaron infantiles incluso para mis propios oídos, pero no pude evitarlo.

Volví adentro y me dirigí hacia la primera puerta de la planta baja que encontré. Probablemente me seguiría arriba y despertaría a Charlie. Esperaba encontrar a Lucky dentro, ya que era la habitación de la que había salido antes, pero en su lugar, encontré una sala de estar. Dos sofás estaban uno frente al otro, y una lámpara de pie bañaba la habitación con un cálido resplandor anaranjado. Caleb cerró la puerta, dejándonos encerrados juntos en la habitación.

Me senté en uno de los sofás, pero cuando Caleb se sentó a mi lado, me levanté y me moví al otro. Mi mirada se posó en su rostro golpeado y vi la sonrisa socarrona en él. Se ensanchó. Intenté apartar la mirada, pero podía sentir la quemadura del costado de la cara.

¡Maldita sea! Odiaba cuando hacía esto. Siempre jodidamente sabía que si me sonreía continuamente, eventualmente, me quebraría y le devolvería la sonrisa. Esta vez no. Me levanté y me volví hacia las ventanas, pero las cortinas estaban corridas, y me sentí como una idiota mirando fijamente su patrón de flor de lis. Aun así, él seguía sonriendo. Lo sabía.

—Esto no tiene ninguna puta gracia —dije y me volví para mirarlo.

Él siguió sonriendo. —Entonces, ¿por qué estás sonriendo? —dijo y se levantó antes de caminar hacia mí.

—No lo estoy. —Mientras decía las palabras, mi rostro cedió bajo su ataque, y sonreí.

Desesperadamente quería seguir enojada con él. Pero una enorme sonrisa partió su rostro, y se inclinó hacia adelante, dándome un beso tentativo en los labios, como si probara tanto mi disposición a ser besada como el dolor que podría sentir al hacerlo. Obviamente decidiendo que ambas cosas eran aceptables, profundizó su beso.

Mis piernas temblaron, y sentí como si todo el aire hubiera sido succionado de la habitación. Con cada beso, cada roce de su lengua contra la mía, mi enojo disminuía, transformándose de piedra dura en algo mucho más suave y maleable. En un intento por recuperar el control de la situación, me aparté. —De verdad no tiene gracia —dije, incapaz de mirarlo a los ojos—. Podrías haber muerto.

Él acunó mi rostro entre sus manos y levantó mi cabeza para mirarlo. —Lo siento. Te prometí antes que no actuaría precipitadamente, pero cuando vi esa maldita carta, es exactamente

lo que hice. No volverá a suceder.

—Sí, volverá a suceder. No puedes evitarlo.

Levantó mi barbilla aún más y me besó de nuevo. Preocupada por dónde podrían llevar las cosas y que pudiera lastimarlo, me aparté. —No deberíamos. Parecía que siempre estaba diciéndolo esas palabras antes de hacer exactamente lo que no deberíamos hacer.

—No parecía importarte antes en la ducha.

—¿Quién demonios hace eso? —gruñí y sacudí la cabeza—. Ahí estaba yo, ocupándome de mis asuntos...

Otra sonrisa partió el rostro de Caleb, deteniendo mi discurso. Levantó una ceja, y recordé exactamente qué *asuntos* estaba atendiendo cuando interrumpió mi ducha.

Pasó su dedo por mi barbilla y rozó la punta sobre mis labios.

Mi corazón se saltó un latido. Tragué saliva, tratando de aliviar la sequedad en mi garganta. Caleb se lamió los labios, y no quería nada más que morderlos. —Podría lastimarte —dije.

—Correré el riesgo. —Se acercó y presionó su rodilla entre mis piernas.

Intenté decir algo, pero las palabras se perdieron cuando Caleb presionó sus suaves labios contra los míos. Mi cabeza daba vueltas, y esta vez, mi cuerpo respondió con una necesidad desesperada. Abrí mi boca y di la bienvenida a su lengua. Su beso era profundo y exigente. Jadeé y lo atraje más cerca, retrocediendo hacia el sofá. Deseaba a Caleb Landon con cada fibra de mi ser. Siempre lo había hecho. Quería aferrarme a él y nunca dejarlo ir.

Rastros de necesidad encendieron mi núcleo. Caleb me volvía loca de preocupación y de deseo, pero me di cuenta de que, pasara lo que pasara, nunca podría dejarlo de nuevo.

Él se inclinó, levantó la camiseta que le había pedido prestada antes por encima de mi cabeza y la arrojó a un lado. Mi sujetador le siguió rápidamente. Mis vaqueros y bragas no tardaron mucho más. Empujó contra mí, su dura polla tensándose a través de sus vaqueros y contra mi vientre.

Jadeé, y él dio un paso atrás para mirarme antes de tomar mis pechos en sus manos. —Eres tan hermosa, y estos son jodidamente increíbles.

Me sonrojé. Había pasado mucho tiempo desde que alguien me había hecho sentir bonita. Supuse que ser madre soltera me había hecho sentir que esa parte de mi vida había terminado. Caleb sonrió como un niño en una tienda de dulces, se lamió los labios y rodeó mis duros pezones entre sus pulgares e índices, enviando ondas de choque por mi columna. La habitación giraba mientras las sensaciones se arremolinaban dentro de mí.

Un deseo ardiente, que solo Caleb podía provocar, amenazaba con convertirme en un charco de líquido fundido. Alcancé su camiseta y lo desvestí de la misma manera que él me había desvestido a mí. Traté de no centrarme en las evidencias de su paliza, que se mostraban en todo su esplendor sobre su piel, y mantuve mi mirada firmemente entre sus profundos ojos marrones y su exquisito miembro, confiando en que detendría nuestras acciones si el dolor de sus heridas se volvía insoportable.

Me agarró por el trasero, me levantó del suelo y me depositó en el sofá.

Me reí.

—Bueno, esto es un giro interesante —dije, haciendo eco de sus palabras anteriores.

Su rostro se iluminó y sus ojos recorrieron cada centímetro de mi cuerpo. Separó mis piernas antes de bajar su cabeza entre mis muslos, aunque todo lo que yo quería era que me poseyera. Sonreí y esperé que me hiciera suplicar.

—Eres tan jodidamente perfecta. Siempre he sabido que fuiste hecha para mí.

Quería protestar ante su actitud arrogante, pero las palabras murieron en la punta de mi lengua cuando él comenzó a moverse de arriba abajo, saboreando mis fluidos. Su lengua se adentró, profundizando en mi interior. Temblé de necesidad cuando rozó mi punto sensible con sus dedos antes de que estos intercambiaran lugares con su lengua. Se hundieron dentro mientras su boca encontraba mi palpitable botón. Su mano libre recorrió mi estómago y me presionó contra el sofá, mientras sus dedos arremetían dentro de mí, y su boca trabajaba mi zona más sensible hasta convertirla en una bola de fuego pulsante.

—Te necesito dentro de mí, Caleb —dije—. Necesito que me poseas.

—Todo a su maldito tiempo.

Casi aullé de frustración, pero Caleb continuó su labor. Me mordí el labio y gemí, retorciendo mi cuerpo, desesperada por obtener lo que necesitaba. Mi interior se tensó alrededor de sus dedos, mientras sus labios se cerraban de nuevo sobre mi punto más sensible, succionándome como si fuera el más delicioso de los caramelos. Sus dedos y su lengua trabajaban al unísono, construyendo un ritmo de deseo que sacudía mi cuerpo.

Agarré su cabeza y lo empujé hacia abajo, queriendo, necesitando más. Mi respiración se volvió rápida y agitada. El calor se acumuló en mi interior y mis ojos giraron en mi cabeza, pero justo cuando estaba a punto de llegar al clímax, se retiró, dejándome desamparada.

—Eres un maldito idiota —dije.

—Por eso me amas.

Gruñí, me puse a cuatro patas en el sofá y agarré su miembro, apretándolo entre mis manos y atrayéndolo hacia mí. La necesidad dentro de mí creció hasta convertirse en una urgencia palpable. Me lamí los labios, recordando lo delicioso que había sabido en la ducha. Sus ojos se cerraron, y su cabeza cayó hacia atrás cuando saqué mi lengua y lamí el líquido brillante de su punta.

Pasé mi lengua por su grueso eje y gemí mientras lo succionaba en mi boca. La punta de su miembro llegó hasta el fondo de mi garganta, casi me atraganté con su tamaño, pero aun así ansiaba más. Deslicé mi cabeza hacia adelante y hacia atrás, permitiendo que su dureza llenara mi boca. Me encantaba la sensación de tenerlo dentro de mí, de provocarlo con mi boca y mi lengua mientras acariciaba sus testículos y los apretaba con mis manos. La idea de que bombeara su esencia en mi boca envió una oleada de placer a mi centro y me hizo trabajar más rápido. Quería complacerlo, saborear su salada bondad.

Él empujó dentro de mi boca y luego gimí antes de que sus dedos se enredaran en mi cabello y me jalaran hacia atrás. Mi humedad goteaba por mi pierna.

Caleb me miró con esa sonrisa diabólica suya. Su mirada estaba llena de lujuria. Rocé suavemente la aterciopelada cabeza de su miembro con mis labios y me estremecí ante mi necesidad de probar el dulce néctar de su semilla.

—Inclínate sobre el brazo del sofá —dijo.

Lo hice. Mi corazón latía acelerado, y mi centro pulsaba de excitación.

Sus dedos siguieron mi columna, bajando por mi espalda y sobre la curva de mi trasero. Jadeé cuando sondearon la húmeda carne sedosa de mis pliegues, provocando mi entrada antes de empujar hacia adentro.

Un escalofrío me recorrió. Caleb hundió sus dedos más profundamente en mi interior mientras rodeaba mi palpitable botón. Quería mover mis caderas al ritmo de sus dedos penetrantes, retorcerme y levantarme para encontrarme con ellos, pero me sujetó contra el brazo del sofá. Enterré mi cabeza en el material para evitar gritar en una mezcla de placer y frustración.

Retiró sus dedos y rodeó mi punto más sensible con movimientos lentos y suaves. Desde

atrás, Caleb separó mis piernas ampliamente y bajó su cabeza. Su cálido aliento entre mis mejillas provocó un temblor que recorrió todo mi cuerpo. Una tentativa lengua rozó mis pliegues. Gemí, y Caleb dejó escapar un gemido satisfecho. Su mano rodeó mi cuerpo y encontró mi pecho. Pellizcó y retorció mi pezón mientras su lengua rodeaba mi punto más sensible y hacía largos y seguros trazos a lo largo de mi hendidura.

Jadeé, queriendo, necesitando más, pero sabía que me lo negaría si intentaba tomarlo. Todo lo que podía hacer era enterrar mi cara en el brazo del sillón y mantener mi trasero en el aire mientras Caleb me provocaba con su boca y sus dedos.

El dolor dentro de mí creció. Jadeé.

—Oh, joder, Caleb.

Las vibraciones corrían por mi interior, y mi centro se apretó alrededor de sus dedos. La humedad fluía de mí, pero me contuve por miedo a que mi clímax pusiera fin a nuestro momento juntos.

Mi respiración se aceleró. Necesitaba arquear la espalda, llegar al orgasmo.

—No puedo —jadeé—. Por favor.

En un instante, Caleb me dio la vuelta y me puso de pie. Se dejó caer de espaldas en el sofá y me arrastró con él.

—Móntame —dijo y me posicionó sobre su polla.

Me perdí en un mar de deseo, pero mantuve mis movimientos lentos, deslizándome sobre él centímetro a centímetro. Gemí mientras atravesaba mi cuerpo, abriéndome y deslizándose cada vez más profundo. A pesar de mi humedad, mi apretado centro tuvo que expandirse y ceder ante su grosor.

—Oh, joder.

—¡Maldita sea, oh, joder! —Su polla palpitó, y mis músculos se contrajeron a su alrededor. Me agarró de las caderas y me atrajo hacia él.

Temblé de placer mientras me llenaba de una manera que apenas recordaba que fuera posible. Mi cuerpo se balanceó sobre el suyo, y gemí.

Él se levantó y empujó, y disfruté del deslizamiento de su polla mientras encontrábamos un ritmo constante.

—Se siente tan jodidamente bien. —Caleb tomó mis pechos en sus manos, masajeándolos, acariciando mi piel—. No voy a hacerte suplicar para que te corras. —Mi respiración se entrecortó y un destello de decepción surgió, pero continuó—: Voy a hacer que supliques para dejar de correrte.

Sonreí, amando la visión de su cuerpo duro. Intenté no pensar en los moretones que marcaban su rostro y cuerpo y me concentré en la sensación de tenerlo dentro de mí; el sonido de su voz mientras decía las cosas más deliciosas.

Guió mi mano hacia mi clítoris y agarró mis caderas, atrayéndome hacia él. Su polla hinchada me llenaba cada vez más profundo, mientras mis dedos rodeaban mi botón.

—Joder, eres increíble —dijo.

Me miró a los ojos. Retorcí mis caderas y me acerqué en espiral al orgasmo, deshaciéndome. Caleb empujó hacia arriba dentro de mí, aumentando nuestra fricción con la fuerza que necesitaba. Implosioné en un clímax tan intenso que mis terminaciones nerviosas se sobrecargaron y pensé que me desmayaría. Caleb no cedió, nos dio la vuelta y se retiró, dejándose caer de rodillas en el suelo, hasta mis pliegues y encontrándolos con su boca. Lamió mi hendidura, bebiendo mis jugos y succionando mi clítoris en su boca, prolongando mi orgasmo hasta que no pude respirar.

Jadeé, inhalando aire. La inundación de sensaciones hizo que mi visión se oscureciera. Grité, incapaz de soportar más. El sudor brillaba en mi cuerpo. Flotaba en una niebla de placer por un momento, antes de recobrar la sobriedad.

—No te has corrido —dije mientras una sonrisa jugaba en el borde de mis labios. Sabía lo que eso significaba.

Caleb levantó la cabeza y arqueó una ceja. Mordisqueó el interior de mi muslo antes de cubrir mi cuerpo con un rastro de besos, haciéndome cosquillas con su aliento en el proceso.

—Eso es porque dije que te haría suplicar para dejar de correrte —dijo antes de besarme con fuerza.

Me saboreé en sus labios y jadeé cuando provocó mi entrada con la punta de su polla.

Capítulo Nueve

Caleb

Este tiempo con Amber lo era todo. Me habría quedado una eternidad en nuestra extraña burbuja del salón, pero cuando apoyó su cabeza contra mi pecho y miró fijamente la pared, sentí que su tensión crecía.

—Todo estará bien —dije mientras acariciaba su hombro—. Leo no te encontrará aquí.

Amber se giró y apoyó la cabeza en sus manos para mirarme.

—Aún vas a ir tras él, ¿verdad? —preguntó mientras pasaba sus dedos sobre un moretón alrededor de mi ojo, haciéndome estremecer—. ¿Y si te dijera que no quiero que lo hagas?

—No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer una mierda.

—No te estoy pidiendo eso. —Se sentó y tiró del cojín del respaldo del sofá, apretándolo contra su pecho, acercando sus rodillas y rodeándolas con los brazos—. He decidido hablar con Tom y presentar una denuncia policial. Tal vez pueda arrestar a Leo. Deberíamos intentar seguir la ley, al menos al principio.

Miré al suelo sin saber qué decir. Por dentro ardía de rabia y no deseaba nada más que aplastar la puta cara de Leo con mis puños, pero sabía lo difícil que era para Amber lidiar con ese lado de mi personalidad. Prácticamente me había dicho que no podía tener esa parte de mí en su vida, y no quería arriesgarme a alejarla cuando acababa de recuperarla.

—Si eso es lo que quieres, lo haré —dije, aunque la vena de mi cabeza palpitaba ante la idea—. Pero no será fácil. Puede que detengan a Leo para interrogarlo, pero cualquier evidencia habrá desaparecido hace tiempo.

Sus ojos se dirigieron hacia la puerta y por un segundo me pregunté si había oído a alguien venir cuando yo no. Contuve la respiración, escuchando, pero no había nadie.

—Vamos a recoger nuestra ropa y hablemos de esto arriba donde nadie pueda interrumpirnos —dije y me moví para levantarme.

Amber tiró de mi brazo y me hizo sentarme de nuevo.

—Hay algo que necesitas saber. —El tono de su voz hizo que apretara la mandíbula. ¿Qué coño podría ser peor que lo que ya había pasado?

Me acerqué más a ella. Cuando permaneció en silencio y miró de nuevo hacia la puerta, tuve que ahogar el gruñido que crecía dentro de mí. No hacía ni dos minutos que me había hecho prometer que dejaría que la ley se ocupara de Leo, y ahora sabía que había más en esta puta historia. Más daño que él había causado del que ya me había contado.

Agarré su mano y la apreté.

—¿Qué es, Amber?

Ella desvió la mirada de la puerta y me miró durante un largo momento. Cuando finalmente habló, su voz era monótona.

—Un mes o así después de que me fuera, descubrí que estaba embarazada.

¡Mierda!

No solo había tenido que lidiar con su ataque ella sola, sino que también había tenido que enfrentarse a las consecuencias. Puto Leo. Si no fuera por mi acuerdo con Amber, haría algo más que matarlo.

Ella siempre había querido tener hijos. Incluso habíamos hablado de tenerlos juntos, otra razón por la que su partida me golpeó tan fuerte. Tener que lidiar con un embarazo en esas circunstancias debió haber sido jodidamente devastador.

Estaba a punto de preguntarle si había podido contar con su amiga para acompañarla a abortar, cuando me di cuenta de que estaba mirando hacia la puerta de nuevo, o más bien, hacia algo más allá de la puerta.

—Tuviste al niño —dije después de aclarar mi garganta. Ella solo asintió en respuesta—. ¿Está aquí en esta casa?

—Ella. Ella está aquí en esta casa, dormida arriba.

Solté un suspiro y me encontré también mirando hacia la puta puerta.

—Es valiente y divertida —continuó Amber—, y muy cariñosa. Cuando me mira, sé que sin importar lo que pasó, tengo a mi niña, y ella vale más que cualquier cosa que pudiera pedir.

Me tensé en el sofá. Después de un momento, agarré mis vaqueros y me los puse. Apreté la mandíbula. Una opresión se formó en mi pecho, y de repente me sentí demasiado acalorado para estar dentro. Ese maldito viento que aullaba por la ventana parecía el golpe que necesitaba para despertar mis sentidos ahora mismo, y consideré salir afuera para dejar que me golpeará la cara.

Sin decir palabra, le entregué a Amber su ropa, tratando de ordenar los sentimientos que brotaban dentro de mí.

—¿Es de Leo? —pregunté.

Amber contuvo un sollozo.

—¿Importa acaso?

Mientras decía esas palabras, todo lo que había estado sintiendo encajó en su lugar: determinación, resolución, amor.

Negué con la cabeza. —Si es valiente, divertida y cariñosa, entonces no tiene nada que ver con Leo —Me tiré de la camiseta y la estiré—. Joder —dije—. Estoy demasiado hecho mierda para conocer a mi hija con todos estos moretones. ¿Qué coño va a pensar?

Amber saltó de pie, dejando caer su ropa al suelo en el proceso, y me echó los brazos al cuello. Las lágrimas corrían por su rostro, y enterró su cabeza contra mi pecho.

Me reí. —Ahora, encima de toda esta mierda, voy a tener tus mocos en mi camiseta.

Amber se rio y frotó aún más su cabeza contra mi pecho. —Vas a ser perfecto —dijo después de apartarse—. Solo cuida tu lenguaje. No quiero que nuestra hija crezca con una lengua de cloaca como tú y tu hermano.

Mi corazón se hinchó con sus palabras, *nuestra hija*. Tenía una jod... tenía una hija.

Amber me agarró la mano. —Vamos a verla —dijo y me arrastró hacia la salida—. Solo asomaremos la cabeza por la puerta del dormitorio. Si se despierta, podemos hablar con ella, pero si no, quizás sea mejor hablar con ella por la mañana.

—Eso suena perfecto. Me encantaría —Sonreí y la atraje hacia mí para un beso rápido, sellando sus labios con los míos. Cuando levanté la cabeza, la mantuve apretada en mis brazos y arqueé una ceja—. Puede que sea un desastre completo —dije—, pero si se despierta, al menos estoy vestido.

Me reí cuando los ojos de Amber se dirigieron hacia abajo y su boca se abrió al darse cuenta de que todavía estaba desnuda. Me empujó hacia atrás y me lanzó una mirada de reproche como si fuera mi culpa antes de agarrar su ropa del suelo y ponérsela. —Ya va a tener un millón de preguntas. No necesitamos añadir por qué estoy desnuda a la lista —Después de terminar de vestirse, se alisó la ropa, soltó un suspiro y me miró a los ojos—. Su nombre es Charlie —dijo, y mi corazón casi se hinchó hasta el tamaño del Empire State.

Extendí mi mano para que la agarrara. —Vamos a ver a Charlie —dije.

Capítulo Diez

Amber

Apenas pude procesar la reacción de Caleb al enterarse de Charlie. En muchos aspectos, fue un gran alivio, más de lo que jamás hubiera esperado. Pero con ese alivio vino otra enorme dosis de arrepentimiento. Les había negado no solo a Caleb, sino a mí y a Charlie, la vida que deberíamos haber estado viviendo durante demasiado tiempo.

Ella no se movió cuando asomamos la cabeza por la puerta para mirarla. Caleb se quedó mirándola sin decir una palabra. Finalmente, lo saqué de la habitación, diciendo que necesitábamos dormir un poco mientras aún hubiera tiempo.

—Deberías quedarte con ella —dijo, y por un segundo, mi pecho se tensó con la preocupación de que hubiera cambiado de opinión sobre toda la situación, pero continuó—: Si se despierta en un lugar extraño sin ti cerca, podría asustarse.

—Probablemente tengas razón. Estaba dormida cuando la acosté, así que nada de aquí le resulta familiar.

Me atrajo hacia sus brazos y me abrazó fuerte. Sentí la preocupación agitándose en sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Soltó un suspiro y me abrazó con más fuerza, apoyando su mejilla en la parte superior de mi cabeza. —¿Crees que le agradaré? No tengo mucha experiencia con niños pequeños. Además de los moretones, ¿y si se asusta de mi tamaño o mis tatuajes? ¿Y si la asusto?

A pesar de mí misma, me reí. No era que la apariencia de Caleb no fuera intimidante. Había visto a hombres adultos cruzar la calle para evitar pasar junto a él. Y yo misma había estado preocupada por los moretones, pero ahora me di cuenta de lo tonto que era todo eso. A menos que a un niño se le haya enseñado a odiar o temer, tiene una habilidad natural para aceptar a todos los que percibe como buenos. —Te va a adorar —dije—. ¿Sabes qué hizo cuando conoció a Cane?

—¿Conoció a Cane? —Su voz sonaba tensa, y otra punzada de culpa me golpeó. No debería haberse enterado de Charlie antes que Caleb.

—Lo siento, él supo de Charlie primero —dije, preocupada de haber aumentado su dolor—. Pero no te enojas con Cane, le pedí a Thea que le hiciera prometer que me diera la oportunidad de contarte sobre ella antes de que él te lo dijera.

—No estoy enojado con Cane ni contigo. Eso explica por qué insistía en que hablara contigo. —Me besó la frente—. Podría desear que las cosas hubieran sido diferentes. Pero el pasado es pasado y no podemos cambiarlo. Solo estoy feliz de que ambas estén aquí.

—Yo también. —Me puse de puntillas, le rodeé el cuello con los brazos y le planté un suave beso en los labios.

—Me gustaría saber qué hizo con Cane.

Me reí de nuevo. Era gracioso pensar que tuviera miedo de una niña de tres años. —Declaró que era una niña grande y que quería que le pintaran el cuerpo.

—Bueno, eso es fácil de arreglar.

Me aparté y le di una palmada en el brazo, y luego lo hice de nuevo después de que una gran sonrisa se extendiera por su rostro. —Eso ni siquiera es gracioso. Ahora vete. Necesito dormir para estar bella y tú también.

—Nah. —Levantó la cabeza y se acarició la barbilla—. Esta cara no podría ser más

bonita.

Suspiré. Había extrañado tanto esto. —Nos vemos por la mañana —dije, deseando con todo mi ser poder quedarme con él, pero tenía razón, Charlie me necesitaba con ella.

—Por la mañana —dijo.

~

Me mordí los labios y miré mi reflejo en el espejo. Con el brillante sol entrando por la ventana y el viento arrollador de la noche anterior siendo cosa del pasado, me había puesto un vestido de verano con tirantes finos y un estampado de rosas. Incluso me había maquillado, algo que no me había molestado en hacer en mucho tiempo, y me había recogido el pelo en un moño vaporoso. Le había puesto a Charlie un lindo vestido de algodón con espalda olímpica y estampado de girasoles. Quería que todo fuera perfecto, pero no estoy segura de lo que eso significaba. Las mariposas en mi estómago me daban náuseas, y Charlie se estaba impacientando y quería salir de la habitación.

Aunque anoche le había asegurado a Caleb que Charlie lo adoraría, la preocupación se había instalado mientras intentaba dormir. Siempre existía la posibilidad de que me equivocara. Incluso existía la posibilidad de que Caleb hubiera pensado las cosas y hubiera decidido que asumir la responsabilidad de una niña era mucho pedir, especialmente cuando esa niña podría no ser suya. Y luego estaba la cuestión de nuestra relación. Era fácil estar en su presencia y saber que quería quedarme allí para siempre, pero ¿realmente estábamos solo retomando las cosas donde las dejamos? Habían pasado demasiadas cosas para eso.

Alcancé mi teléfono y llamé a Sophia para informarle que estaba bien y pedirle un poco de consejo.

—No conozco a Caleb en absoluto —dijo tan pronto como mencioné mis preocupaciones. Era fácil para mí olvidar que lo había conocido por primera vez ayer—. Pero confío en Thea cuando dice que todavía te ama, y si te mira de la misma manera que su hermano mira a Thea, entonces creo que estás bien. Además, nada de lo que me has dicho sobre él me haría pensar que cambiaría de opinión sobre algo así. Siempre dijiste que la familia lo era todo para él y eso incluía a todos los miembros de Por Siempre Medianoche. No todos están relacionados por sangre, así que tal vez eso no es lo que significa familia para él. —Soltó una leve risita por la línea—. Escúchame, toda sabia y conocedora, chica. Pero créeme, creo que Caleb y Charlie son una cosa de la que no tienes que preocuparte ahora mismo.

—Tienes razón —dije.

—Puedes apostar tu dulce trasero a que la tengo. Ahora solo concéntrate en mantenerte a salvo y deja que Caleb resuelva todo este lío para que puedas llegar a mi boda. No sé qué haría sin mi mejor amiga a mi lado.

—Lo haré —dije y terminé la llamada.

Me miré en el espejo otra vez, resoplé y sacudí la cabeza. Sophia probablemente tenía razón. Además, lo peor que podría pasar era que Caleb nos enviara lejos. Si eso sucediera, las cosas no serían diferentes de lo que eran anteayer. Al menos, eso es lo que intentaba decirme a mí misma.

Me aparté del espejo y llamé a Charlie a la cama, subiéndola a mi regazo cuando llegó.

—Puede que haya algunas personas nuevas abajo —dije.

—¿La tía Caroline, la tía Sophia y el tío Franc también?

—No. Ellos no estarán allí. Pero ¿recuerdas a la amiga de la tía Sophia, Thea, y a su amigo Cane, el de las imágenes en el cuerpo?

Charlie apretó a Teddy contra su pecho. —Él puso triste a mami.

Sonreí y besé su frente. Era fácil olvidar cómo los niños se dan cuenta de todo. —Él no puso triste a mami —dije y reprimí los nervios que me apretaban el pecho—. ¿Recuerdas cuando te conté todo sobre el viejo amigo de mami? ¿El que solía llevarla a pasear en su motocicleta?

—Sí. Motocicleta. —Rebotó arriba y abajo en mi regazo. Le encantaban mis historias sobre Caleb, especialmente la idea de montar en su moto.

—Bueno, Cane es su hermano, y me sorprendió verlo, eso es todo. —La bajé de mi regazo y tomé su mano—. Cane podría estar abajo, y su hermano también. ¿No es emocionante? ¿Te gustaría conocerlo?

Charlie asintió, soltó su mano de la mía y corrió hacia la puerta. Me reí y la alcancé, tomando su mano de nuevo. Una parte de mí se preguntaba si debería haberle dicho que él era su papá, pero ¿y si hubiera cambiado de opinión? ¿Dónde estaría ella entonces?

Suspiré, dibujé una sonrisa en mi rostro y bajé las escaleras con Charlie. Como las voces y otros sonidos venían de la cocina, nos dirigimos hacia allí.

El dulce aroma de manzana y canela me golpeó e hizo que mi estómago rugiera tan pronto como cruzamos la puerta.

Vi a Thea sacando una tanda de muffins del horno. —Buenos días —dijo y asintió con la cabeza hacia las puertas que daban al exterior.

—Buenos días. Huelen deliciosos.

—Muffins para el desayuno —dijo mientras los ponía en una rejilla para enfriar.

Charlie corrió hacia ella. —Charlie quiere uno, por favor.

Thea se agachó a su nivel, un acto que me impresionó bastante dado el tamaño de su barriga de embarazada. —Charlie puede tener uno. Pero lo siento, tenemos que esperar un poco hasta que estén lo suficientemente fríos para comer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Con eso, Charlie escaneó el resto de la habitación. Mi corazón casi se detuvo cuando vio la puerta y vi a Cane afuera. Ella no dudó en correr hacia él.

La seguí, corriendo para alcanzarla hacia donde se dirigía. Tan pronto como salí, noté a Caleb sentado en un muro que rodeaba un expositor de flores elevado en el jardín.

Charlie también lo había visto y se dirigió directamente hacia él, deteniéndose solo cuando estaba muy cerca.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Caleb y se inclinó para hablar con ella. Antes de que tuviera la oportunidad de decir algo, Charlie tiró de su mano e intentó ponerlo de pie.

—Quiero montar en tu motocicleta —dijo mientras gruñía por el esfuerzo.

—Eres muy pequeña para montar en mi motocicleta —Caleb la levantó en sus brazos y asintió hacia mí—. Pero tal vez si hablamos con tu mamá, te dejará sentarte en una por un ratito.

Ella rebotó en sus brazos.

—¡Sí! Sentarme en motocicleta.

—Disculpe, señorita —Me puse las manos en las caderas y fingí estar enojada—. ¿Me pediste permiso?

—Mami enojada —le dijo Charlie a Caleb.

Él se rio.

—Mami no está enojada. Mami también necesita sentarse en una motocicleta. Vamos a buscar una. La mía no está aquí, pero debería haber algunas que pertenecen a tus tíos para que pruebes.

Intenté no llorar y caminé junto a ellos. Caleb me rodeó con un brazo mientras llevaba a Charlie en el otro, y así, sin más, dimos nuestro primer paso como familia.

Capítulo Once

Caleb

Tenía una hija. Charlie-bebé, oí que Amber la llamaba, y eso se convirtió, mi Charlie-bebé. Tenía un millón y una malditas lamentaciones sobre toda la situación. Nunca debí haber dejado de buscar a Amber, me había rendido demasiado pronto. Más que nada, debería haberme dado cuenta de que algo había sucedido.

Giré el hombro y solté un largo y profundo suspiro. Deseaba que papá pudiera estar aquí para conocer a su tocaya. Tenía sus ojos. Eran del mismo marrón oscuro que yo también compartía con Cane.

Charlie se reía y corría por el jardín, persiguiendo a Cane, que le había robado su osito de peluche. Sería un buen padre cuando llegara su propio pequeño. Algo que nunca habría considerado hasta que conoció a Thea. Tal vez yo también pueda estar a la altura como él lo ha hecho.

Sonreí cuando Amber se acercó a mi lado y deslizó su brazo alrededor de mi espalda. —Tom llegará en cualquier momento —dijo.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

—Debería haberlo hecho hace años. —Hizo un extraño sonido entrecortado, así que me giré para mirarla.

—Todo estará bien. Estaré justo ahí contigo.

—Lo sé. No es eso. Es solo que... míralos.

Cane se había hecho un ovillo alrededor del osito, y Charlie estaba trepando por su espalda, tratando de alcanzarlo.

—Tío Cane —se rió—. Lo vas a aplastar.

Él se desenrolló y sacudió el oso. —¿Estás diciendo que soy demasiado grande? —preguntó y puso una cara graciosa y gruñona. Charlie chilló y corrió en círculo alrededor de él, riendo.

—Ambos son tan buenos con ella —dijo Amber y se limpió las lágrimas de los ojos.

—Eso es porque es familia.

—Caleb, Amber —llamó Thea desde la cocina.

Me giré y vi a Tom entrar en la habitación detrás de ella. —Todavía hay tiempo para cambiar de opinión —dije.

—No lo voy a hacer.

La hice girar y ambos fuimos a hablar con Tom, mientras Thea salía para ayudar a Cane con Charlie. No es que él necesitara ayuda.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Tom cuando trasladamos nuestra reunión a la sala de estar.

Le pedí que tomara asiento y cerré la puerta. Parecía un poco nervioso y a pesar de la situación, reprimí una sonrisa. Una niña pequeña no me había mostrado ni el más mínimo rastro de miedo, pero Tom parecía que podría orinarse encima si yo dijera bu.

Amber se sentó en el sofá frente a él y yo me uní a ella. —Necesitamos denunciar un crimen que ocurrió hace unos cuatro años —dije y levanté una ceja cuando Tom pareció desplomarse de alivio.

—Cuatro años, eso es mucho tiempo. ¿De qué tipo de crimen estamos hablando?

Amber extendió la mano y agarró la mía. Apreté la suya para tranquilizarla. —Una

agresión sexual —dijo.

Cuando Tom asintió, ella procedió a contar su historia.

Escuché mientras los malditos detalles crecían. La historia que le dio a Tom era más profunda que la que me había dado a mí, y quería salir corriendo de la casa, encontrar al cabrón de Leo y hacerlo pedazos. Me tragué la ira y la rabia que crecían dentro de mí y me dije que no era lo que Amber quería. Tenía que intentar las cosas a su manera. Tenía demasiado que perder si no lo hacía.

—Caleb —dijo Amber y puso su mano sobre mi brazo.

—¿Necesitas un descanso?

Ella sonrió. —Estoy bien. Solo me estás lastimando la mano.

Miré hacia abajo a mi mano agarrada a la suya y me di cuenta de que había estado apretando demasiado fuerte. La solté y mis dedos crujieron cuando intenté enderezarlos. Volví mi atención a Tom y noté lo pálido que se había puesto. La historia de Amber no era nada bonita, pero no podía ser la primera vez que escuchaba o veía algo peor.

Dejó caer la cabeza entre sus manos y por un segundo pareció que estaba a punto de vomitar.

—Tom —dijo Amber, con la voz llena de preocupación por él cuando las cosas deberían ser al revés.

—Lo siento muchísimo —dijo él y se levantó para pasear por la habitación.

Me puse de pie. Él retrocedió, levantó la mano para alejarme y quitó el seguro de la funda de su pistola.

—¿Qué coño está pasando, Tom? —pregunté mientras hacía que Amber se pusiera detrás de mí.

—Tienes que entender que si hubiera sabido algo de esto, nunca habría...

Mis músculos se tensaron. No estaba seguro si tenía la intención de dispararnos o, por la expresión de su cara, dispararse a sí mismo. —¿Qué es lo que nunca habrías hecho? —pregunté, tratando de mantener un tono tranquilizador.

Paseaba por la habitación como un león enjaulado. —Tienes que entender. No lo sabía. Es decir, sabía que tú y los Hijos Salvajes tenían algunos problemas, pero pensé que eran solo tonterías, como quién puede ir a qué bar y esas cosas. Cuando arrojaron la piedra por la ventana, supe que algo estaba jodido, solo que... nunca pensé que fuera esto.

—¿Qué hiciste? —pregunté de nuevo.

—Tengo algunas deudas de juego. —Su mano se cernía sobre su arma. Empujé a Amber más contra mi espalda—. Muchas putas deudas de juego. Le debo mucho dinero a Leo Saunders. Dijo que mientras lo mantuviera informado de cualquier lugar donde te viera, me daría algo de tiempo para hacer los pagos.

Mis fosas nasales se dilataron. Sin importarme que tuviera una puta pistola, me lancé a través de la habitación y lo inmovilicé contra la pared. —Así es como supo dónde encontrar a Amber.

—Sí. ¡No lo sabía! ¡Lo juro! —Su rostro pálido se volvió viscoso por el sudor. Estaba muerto de miedo, era estúpido como el demonio y un maldito desperdicio de espacio como policía y como ser humano. Debería haberlo matado. En su lugar, lo aparté de la pared antes de volver a estrellarlo contra ella.

—¿Sabe dónde estamos ahora? —pregunté.

—No. Lo juro. No le he dicho nada sobre que estás aquí. Ni siquiera sabía que estabas. Solo pensé que venía a ver a la señora Gerald, y él nunca me la mencionó.

—Pero tú se la mencionaste a él.

Asintió. —Le dije que te había visto visitando a una vieja amiga. Él preguntó quién, y se lo dije. Solo empecé a preguntarme qué demonios estaba pasando cuando arrojaron el ladrillo por la ventana.

—Pero podrías decirle dónde estoy —dijo Amber, sorprendiéndonos a ambos con la firmeza de su voz—. Podrías llamarlo y decirle que nos viste a Caleb y a mí juntos aquí.

—Yo nunca...

—Pero tal vez deberías.

Manteniendo un agarre firme en Tom, me volví para mirarla. —¿Qué estás diciendo?

Ella suspiró. —Si tiene un policía informándole, ¿cuántos más habrá? ¿Cuántos jueces o abogados? Hacer las cosas legalmente no va a funcionar. Tenemos que encargarnos de Leo a tu manera.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Tenemos que proteger a nuestra familia.

Sonreí y solté a Tom, asegurándome de quitarle el arma. —Siéntate —le dije y señalé el sofá.

—Cariño, ¿puedes traer a Cane, por favor?

Amber se fue y yo me senté frente a Tom para vigilarlo.

—Lo siento —dijo de nuevo.

—No es a mí a quien tienes que pedir disculpas.

Nos sentamos en un silencio tenso durante unos minutos antes de que Amber regresara con Cane. Debió haberle contado un poco de lo que estaba pasando, ya que parecía listo para destrozarnos a Tom.

—Déjalo —dije—. Tom sabe que cometió un error y va a ayudarnos a arreglarlo. ¿No es así?

Tom tragó saliva pero asintió.

—¿Cuál es el puto plan? —preguntó Cane.

Amber le respondió. —Vamos a tender una trampa.

—¿Aquí?

Lo pensé un momento pero decidí que este no era el mejor lugar. No conocíamos el área lo suficientemente bien. —Llama a los chicos —dije—. Decidiremos dónde y cómo tan pronto como lleguen.

~

Bono, Jameson, Lucky y Rex llegaron en menos de una hora, junto con algunos otros de mis hermanos. Así estaban contruidos, joder. Si alguien necesitaba algo, estarían allí para ellos. Me había cabreado cuando se pusieron del lado de Cane en mi contra por lo de Thea. En ese momento, había dejado que mi dolor y mi rabia por Amber nublaran mi juicio, y pensé que era una princesita malcriada que se rebajaba a salir con mi hermano. No podría haber estado más equivocado. En ambas situaciones. Pero debería haber confiado en mi hermano de sangre. El dolor que les causé a él y a Thea al revelarle a su padrastro su ubicación sería algo de lo que me arrepentiría hasta el día de mi muerte. Quizás por eso estaba dispuesto a darle a Tom una oportunidad de redención. A veces es demasiado fácil cometer errores.

Recordaba el día en que conocí a cada uno de mis hermanos. A Rex y Lucky los conocíamos desde la infancia. Rex era ese chico friki de la escuela que pasaba más tiempo en su puto ordenador que prestando atención a los que le rodeaban. También tenía una pasión increíble por la mecánica.

—Mira a este cabrón —había dicho Cane cuando visitamos el desguace buscando un asiento para una FXDWG.

Rex estaba en el suelo rodeado de piezas. Lo observamos en silencio mientras reunía sus piezas, tomaba notas y hacía algunos planos. Volvimos todos los malditos días durante una semana y lo vimos construir una moto completa y funcional a partir de chatarra. Con trece años había hecho algo que muy pocos hombres adultos podían hacer. Joder, Cane y yo solo éramos uno y dos años mayores que él, y solo sabíamos cómo construir una moto porque papá nos había enseñado prácticamente desde que nacimos. Rex aprendió por su cuenta con libros. Dijo que pensaba que le llevaría más tiempo y quería estar listo para cuando obtuviera su permiso de aprendiz.

Sus padres no estaban nada contentos cuando empezó a pasar el rato con Por Siempre Medianoche, pero papá pronto los tranquilizó. Al final, decidieron que al menos estaba fuera y no en su habitación las veinticuatro horas del día. Aun así, todos creían que estaba destinado a cosas más grandes. Papá incluso lo animó a ir a la universidad, pero Rex insistió en que había demasiado que aprender y la universidad solo rozaría la superficie de las cosas que quería saber. Es un hombre autodidacta y se ha ganado un montón de respeto por ello. Él y Lucky son los más pequeños de todos nosotros. Aún tienen bastante músculo, pero tienden a ser más delgados.

Lucky es diez años mayor que yo. Su padre había estado en el club, y no puedo recordar un momento en el que no estuviera por ahí. Después de que su padre muriera, se volvió jodidamente protector con su madre. Es incómodo como la mierda, pero tiene el mejor corazón, aunque tengas que cavar debajo de esa fachada babosa que presenta para encontrarlo. Su verdadero nombre es Eric, pero cualquier cabrón que lo mencione se lleva un puñetazo en la cara.

Eso dejaba a Jameson y Bono.

Miré por la ventana hacia el patio trasero. Bono estaba hablando con Cane y Thea. Era un tipo jodidamente grande. No tan grande como Cane o yo, pero algo en su porte lo hacía parecer más grande. Tal vez era esa mirada atormentada que llevaba en los ojos. ¿Quién sabe qué coño vio en el ejército? No le gustaba hablar de ello. Se había dejado crecer algo de vello facial en los últimos meses. Nada como el de Cane. Era demasiado guapo para eso.

Había momentos en los que envidiaba la relación que tenía con mi hermano de sangre. Eran tan cercanos como dos gotas de agua. Pero eso también era mi puta culpa. Después de que Amber se fuera, culpé su partida a mi decisión de quedarme con Cane y no irme de vacaciones con ella. Había permitido que mi resentimiento pusiera una sombra sobre nuestra relación.

¡Joder!

Había tantas cosas que había hecho mal. Pero había estado trabajando en arreglarlas.

Jameson se inclinó hacia la nevera y sacó un refresco. Tuvo que agacharse para alcanzarlo. El cabrón medía dos metros y tenía que agacharse para pasar por la mayoría de las puertas. Era del que menos sabía, pero aun así confiaba en él con mi puta vida.

Entró en el bar un día hace unos siete años. Todo jodidamente apretado en un traje. Caminaba como si tuviera un palo metido por el culo, pero estaba a punto de quebrarse y cualquiera que lo mirara lo sabía. Abandonó la vida de la que estaba huyendo y nunca miró atrás. Hay una historia ahí que en algún momento le morderá el culo, y cuando eso suceda, estaremos ahí para él, igual que él siempre está ahí para nosotros.

Tom estaba sentado en un taburete de la barra del desayuno, con miedo de hablar o mirar a alguien. Me moví frente a él.

—Júrame que quieres arreglar las cosas conmigo y con Amber —le dije.

—Mierda. Por supuesto que sí.

—Entonces deja de parecer que estás a punto de mearte encima y ten un poco de cojones. Si Leo te hablara en el estado en el que estás ahora, sabría al instante que algo anda jodidamente mal.

Amber entró en la cocina y me sonrió.

—Charlie está durmiendo la siesta —dijo.

—En ese caso, deberíamos averiguar qué coño vamos a hacer.

Reuní a todos y les puse al día sobre lo que había sucedido. Thea se acercó a Amber y le sostuvo la mano durante gran parte de la discusión, y agradecí a la estrella de la suerte que la había traído a nuestras vidas.

En particular, relaté cómo Tom había estado alimentando a Leo con información sobre mi ubicación, pero enfatiqué que había confesado el asunto y nadie debía guardar ningún puto rencor. Para mi asombro, Tom se mantuvo erguido bajo sus miradas, dándome un poco de esperanza de que después de todo pudiéramos tender una trampa a Leo.

—¿Cuál es el plan? —dijo Lucky mientras caminaba de un lado a otro—. ¿Nos escondemos y lo traemos aquí?

—No. Aparte del hecho de que el amigo de Jameson fue lo suficientemente bueno como para alquilarnos el lugar con tan poca antelación y odiaría ver que sufriera algún puto daño, es demasiado grande, y Leo podría sospechar una emboscada. Necesitamos un lugar que Leo asocie con nosotros, pero también un lugar donde no esperaría encontrar a demasiados hermanos rondando.

Rex se aclaró la garganta y asintió.

—El lugar de Bono es pequeño. Está aislado, lo que minimiza el riesgo de daños colaterales. Solo hay una carretera de entrada y salida. Conocemos la zona y el bosque circundante y podríamos fácilmente vigilar la propiedad sin ser vistos. Sobre todo, es lo suficientemente pequeño como para pensar que no tendrías mucha guardia.

—No estoy segura de sentirme cómoda con que ninguno de ustedes use sus propias casas —dijo Amber—. ¿Y si las cosas salen mal? Sabrá dónde viven.

—Él ya sabe dónde vivo —Bono miró a Thea—. Pero está cerca de tu lugar.

—También sabe dónde vivimos nosotros —añadió Cane.

Thea suspiró.

—Es una buena ubicación —dijo, dirigiéndose a Amber y apretando su mano antes de volverse para mirar a Cane como si quisiera decir algo más.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. No te preocupes. Cualquier cabrón que intente acercarse a nuestra casa es un cabrón muerto.

Thea sonrió y se frotó el vientre, un hábito que le había visto adoptar cada vez más a medida que su bebé crecía dentro de ella.

—No es eso. Solo... creo que hay demasiadas cosas que pueden salir mal. Podría ser demasiado fácil para él correr hacia el bosque y esconderse.

—Thea tiene razón —dijo Bono—. Hay demasiadas variables que pueden salir mal.

—¿Cuáles son nuestras otras opciones?

Nadie respondió, pero Cane se acercó a Thea y se sentó a su lado. Le susurró algo al oído y cuando ella le susurró de vuelta, él sonrió.

—El piso está abierto para todos —dijo lo suficientemente alto para que todos lo oyéramos y asegurándose de mirar fijamente a cada uno de los hermanos por si se atrevían a sugerir lo contrario.

—¿Qué es, Thea? —pregunté.

—Solo estaba pensando que es domingo y Ancla de Medianoche cierra a las 10 de la noche.

Pensé en el bar por un momento.

—Es demasiado obvio, Leo consideraría la posibilidad de que Amber estuviera allí.

Mientras Cane me fulminaba con la mirada por no saltar a actuar sobre la idea de Thea de inmediato, ella continuó:

—Por eso es perfecto. Sería un lugar lógico para que Amber estuviera. También podría enviar a alguien allí antes del cierre para comprobar cuántos hermanos estaban en el lugar, y además confirmar cuando se van. Sería fácil hacerles pensar que todos se van y solo quedan Cherrie, Greg y Amber —Se volvió hacia Cane y negó con la cabeza—. Aunque ahora que lo digo en voz alta, no creo que debamos hacerles pasar por esto a ninguno de los dos.

—Creo que tiene mérito —dijo Jameson.

—Estoy de acuerdo —añadió Bono—. Podríamos posicionarnos de forma remota y observar el bar, cerrando el cerco cuando sea el momento adecuado.

—Creo que Greg y Cherrie querrían ayudar —dijo Cane mientras abrazaba a Thea por un costado y le besaba la cabeza. Una ola de nostalgia me invadió y no pude evitar mirarlos fijamente por un rato. Eran increíblemente felices juntos y Cane se había convertido en la persona que era cuando éramos niños, antes de que papá muriera. Seguía siendo un cabrón taciturno, pero cada vez más a menudo lo veía sonreír y lo escuchaba reír. A menudo me preguntaba si fue Cane quien rescató a Thea o al revés.

—Hagámoslo —dije—. Solo tenemos que ultimar los detalles. Si no funciona y Leo no aparece, no habremos perdido nada más que tiempo. —No añadí que el tiempo podría ser algo de lo que teníamos muy poco.

Amber asintió.

—Debería estar allí. Si esto va a funcionar, necesito ser vista.

—¡Ni de coña! —exclamó Cane al mismo tiempo que yo decía que eso no iba a suceder.

—Tenemos pocas opciones. Si uno de los hombres de Leo no me ve dentro, no tendrá motivos para acercarse.

—Yo lo haré —dijo Lucky, provocando más de una ceja levantada—. Somos más o menos de la misma estatura, aunque nuestra complexión no sea exactamente la misma. Si alguien me cuela allí con una peluca rubia, gafas de sol y una manta cubriéndome, nunca notará la diferencia.

Rex se rio y negó con la cabeza.

—¿Tienes una peluca rubia por ahí en casa?

—No, pero mi madre sí. Se puso una para una fiesta de disfraces hace unos meses.

—No sé —dije, preocupado de que pudiera no funcionar.

—¿Preferirías usar a Amber como cebo, o a Thea, o a Cherrie? Hay cientos de mujeres a las que podríamos pedírselo. Demonios, apostarí a que alguna de las chicas del club lo haría por un precio. —Cuando no respondí, Lucky se inclinó hacia adelante y apretó los puños—. ¿Es así como quieres jugar esto?

Casi gruñí de frustración, pero sabía que tenía razón. Era Lucky o nadie. Incluso si estuviera dispuesto a poner a otra mujer en el lugar de Amber, ella seguro que no lo permitiría.

—Es nuestra mejor apuesta —dijo Jameson.

—Funcionará, joder. No me llaman Lucky por nada.

—No, te llaman así porque tienes suerte cada vez que encuentras alguna chica dispuesta

a follarte —dijo Rex, sonriendo.

—Maldita sea, claro que sí. Todas las putas noches.

Rex cogió una manzana de la encimera y se la lanzó a Lucky a la cabeza. Lucky la atrapó y le dio un gran mordisco descuidado.

—Lucky vuelve a anotar —dijo con la boca llena.

—Tenemos una ubicación y un cebo —dije, asintiendo hacia Lucky antes de poner mi mano en el hombro de Tom—. Ahora todo lo que tenemos que hacer es averiguar cuándo es mejor que Tom lo active.

El resto de la reunión se dedicó a más planificación. Jameson y Lucky salieron primero para pasar por casa de la madre de Lucky y recoger la peluca. Bono los siguió poco después para contactar con los hermanos y hacerles saber que algo iba a suceder y que necesitaríamos su ayuda.

Capítulo Doce

Amber

El plan era bastante simple. Thea, Charlie y yo nos quedaríamos en la casa segura con Rex y un par de hermanos vigilando. Lucky actuaría como cebo mientras Caleb y entre veinte y treinta hermanos más se escondían en la zona industrial alrededor del bar para saltar si Leo aparecía.

Habían tenido cuidado de llegar a la casa segura por separado y fueron igual de cuidadosos al irse. Su plan inicial era dirigirse al club. Luego organizarían una gran reunión de los hermanos para que pareciera que estaban allí mientras se escabullían para esperar emboscados.

—Prométeme que te mantendrás a salvo —le dije a Caleb mientras deslizaba mi brazo alrededor de su cintura.

Él y Cane fueron los últimos en irse, y mientras Cane se despedía de Thea, nosotros subimos a ver a Charlie, que seguía dormida y felizmente ajena a toda la locura que estaba ocurriendo.

Me tranquilizaba su planificación y el hecho de que Caleb ya no fuera tras Leo solo, pero eso no significaba que no se hubiera instalado un pozo de miedo en mi estómago como un peso de plomo.

—Te prometo que volveré antes de que te des cuenta.

Negué con la cabeza, cerré la puerta, dejando a Charlie a salvo de todo, y me dejé caer en sus brazos.

—Esto se siente como si hubiéramos estado planeando un asesinato premeditado.

—No tengo planes de que llegue a eso —dijo Caleb, aunque lo hizo solo para tranquilizarme—. Nos armaremos y abordaremos las cosas con cautela. Leo tiene que pagar por lo que te ha hecho y por las amenazas que hizo. Pero su padre y el mío fueron amigos una vez, y sé que la idea de matarlo no te sienta bien. Le daré la oportunidad de entregarse a la policía y confesar todo. Aunque puede que tenga que romperle todos los huesos del cuerpo antes de que acepte.

—Es solo que... algo no se siente bien. Tengo un mal presentimiento sobre esto.

—Estaré bien. —Me rodeó con sus brazos, apoyó su mejilla en la parte superior de mi cabeza y olfateó.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Oliéndote. Siempre has olido tan jodidamente bien. ¿Sabes que seguí comprando tu champú con aroma a mango incluso después de que te fueras?

—¿Lo hiciste? —pregunté, pero me di cuenta de que lo había usado para lavarme el pelo en la ducha de su casa—. Nunca lo usaste cuando estábamos juntos.

—Nunca lo necesité. Te tenía a ti para olerte cuando quisiera.

Sonreí.

—Para ser un hombre tan grande y duro por fuera, tienes un centro muy blando.

—Todos tienen un centro blando. Por eso construimos la dureza en el exterior para mantenerlo a salvo.

No estaba muy segura de cómo responder a eso. A lo largo del día, había logrado hablar tanto con Cane como con Thea, y habían dicho que las últimas veinticuatro horas habían ablandado a Caleb. Cane dijo que lo había visto sonreír por primera vez desde que me fui. Me alegraba que Caleb volviera a ser el hombre que yo conocía, pero una parte de mí quería que

todavía tuviera ese exterior sólido y enojado. Tal vez eso era lo que necesitaba para pasar la noche y volver conmigo y Charlie. Las lágrimas se formaron en mis ojos mientras me preocupaba por lo que podría pasar. No había estado tan asustada desde que se fue a buscar al asesino de su padre, y en ese entonces solo se enfrentaba a un hombre y no a todos los Hijos Salvajes. Habían hablado y hablado sobre que era Leo a quien le estaban tendiendo una trampa, pero todos sabían que no vendría solo.

—Será mejor que me vaya —dijo Caleb y levantó mi barbilla para besarme—. Me aseguraré de que Rex te mantenga informada.

—Más te vale —dije, y ambos bajamos las escaleras.

Ni Cane ni Caleb tenían sus motocicletas con ellos, así que se subieron al jeep de Thea y se alejaron de la casa.

Rex se quedó con nosotras junto a la puerta principal mientras los despedíamos. —Bien —dijo tan pronto como salieron de la vista antes de mostrarnos un dispositivo de comunicación con auricular que llevaba puesto, así como algo que parecía una gran batería sujeta a su cinturón—. No está garantizado que funcione dada la distancia, pero puede que pueda mantenerme al día con los eventos en tiempo real y manteneros informadas. Mientras tanto, quiero que ambas se queden en la casa. —Hizo un gesto a los otros dos hermanos que se quedaban atrás—. Este es Stan y este es Billy. Stan estará apostado en la puerta principal y Billy en la trasera. He estado revisando el excelente sistema de seguridad que tienen aquí y voy a activarlo. Si alguien rompe una ventana o abre una puerta, todos lo sabremos al instante.

—¿Crees que es probable que eso suceda? —pregunté.

—No realmente, pero Caleb no quiere que corramos riesgos. Si escuchas una alarma, he revisado el edificio y encontré un espacio reducido en la parte trasera del armario empotrado en el dormitorio principal. No será fácil ni cómodo —dijo mirando a Thea—. Pero ahí es donde necesitare que vayas. Yo también me dirigiré allí y me aseguraré de que estés oculta.

—Creo que deberías irte —le dije a Thea.

—Yo no. Cane me mataría —dijo Rex.

—El asunto no está a discusión. —Thea me tomó de la mano—. Donde tú te quedes, yo me quedo. Conoces a los hermanos. De todos modos, solo están siendo demasiado cautelosos. No va a pasar nada.

Ese pozo de temor en mi vientre se convirtió en una maldita roca. Deseaba tener la fe de Thea de que todo estaría bien, pero nada había salido nunca como yo quería. ¿Por qué esta noche sería diferente?

Mi corazón latía demasiado rápido mientras la seguía por la casa. Thea era encantadora y era genial que hubiera vencido a sus demonios, pero los míos aún estaban ahí fuera.

—¿Cómo lo sobrellevas? —pregunté mientras nos dirigíamos a la cocina. El lugar se había convertido rápidamente en el epicentro de la casa. Un sitio donde podíamos reunirnos y mantenernos ocupados.

—¿A qué te refieres? —respondió mientras tomaba uno de los taburetes.

Su mirada se desvió hacia la puerta trasera. Seguí su mirada y noté a Billy apostado afuera. Había arrastrado una de las sillas del jardín junto a la puerta y estaba sentado con la cabeza recostada contra la pared. Menudo centinela sería si se quedaba dormido.

—Sophia me contó lo que te hizo tu hermanastro. Creo que quería tranquilizarme diciéndome que las cosas mejorarían. Que tú estabas bien, y que yo también lo estaría. —Se me cortó la respiración, sin saber si debía continuar o si remover el pasado sería demasiado doloroso para Thea—. ¿Él... realmente te torturó?

Thea extendió la mano y tomó la mía. Había notado en los últimos días que era más táctil que la mayoría de la gente con los extraños. Me sorprendió, pero también tenía una extraña manera de hacerme sentir como si pudiera abrirme a ella.

—Daniel no era una buena persona —dijo después de un momento—. Le temí y lo odié a partes iguales durante años. Todavía hay algunas noches en las que tengo pesadillas, algunas noches en las que oigo un ruido abajo y me preocupo por un brevísimo segundo de que pueda ser él. Luego recuerdo que se ha ido. El único poder que tiene es infundir un miedo recordado. Tenía tanto poder sobre mí en vida, que estoy decidida a que tenga muy poco sobre mí en la muerte. No se trata de sobrellevarlo, se trata de permitirme vivir libre de su influencia.

—Sophia mencionó que murió. Tal vez sea más fácil seguir adelante porque sabes que no puede volver.

Sonrió. —Tal vez. O tal vez sea porque Cane lo mató, y sé que haría lo mismo con cualquiera que intentara hacerme daño a mí o a nuestro bebé.

Incliné la cabeza y la miré. Realmente era impresionante. Con su espeso cabello castaño y sus grandes ojos verdes. Incluso con su alta estatura y su barriga de embarazada, parecía casi frágil. Pero había un brillo acerado en sus ojos que la hacía parecer mayor de lo que era.

—Sophia nunca me dijo que Cane lo mató —dije.

—Ella no lo sabía. No es exactamente algo que vaya contando por ahí.

—Supongo que no. —Suspiré y miré por la ventana. Nubes grises y opacas llenaban el cielo y parecía que iba a llover—. Caleb dijo que le daría a Leo la oportunidad de entregarse. ¿Crees que lo hará?

—¿Crees que Caleb le dará la oportunidad o crees que Leo se entregará?

—Cualquiera. Ambas.

—Caleb hará lo que tú quieras. En cuanto a Leo, nunca lo he conocido, pero por lo poco que sé, dudo que vaya voluntariamente a la policía a confesar algo.

—No sé. Caleb puede ser bastante persuasivo cuando quiere.

Thea arqueó una ceja y se rio. —Estoy segura de que puede serlo.

Me reí con ella. En ese momento, sonó mi teléfono.

—Hola Sophia —dije, habiendo visto su nombre en la pantalla antes de contestar.

—Hola, chica. Solo quería ver cómo estabas.

—Estoy genial. De hecho, estoy aquí con Thea. —La miré y sonreí. Me pidió que le mandara saludos a Sophia, lo cual hice.

—Supongo que todo sigue de maravilla con Caleb y Charlie.

—Mejor de lo que jamás hubiera imaginado. Tenías razón, debería haber sido sincera hace años.

—Ah, bueno. No me gusta alardear, pero se sabe que a veces tengo razón.

Me reí.

—No dejes que se te suba a la cabeza.

—¿Yo? Jamás. Supongo que esto significa que tienes un acompañante para mi boda. Eso si crees que todo habrá terminado para entonces.

—Habrá terminado. Caleb y sus hermanos están ahora mismo ocupándose de ello.

—Qué alivio —dijo, y era evidente que decía la verdad por el tono de su voz—. Papá y mamá están confraternizando con estos moteros que vigilan cada uno de nuestros movimientos como halcones, pero Ben empieza a sentirse como un pájaro enjaulado.

Suspiré.

—Lo siento mucho —dije.

—Lo superará.

—Dile que todo terminará pronto.

La puerta de la cocina se abrió y Rex entró cargando a Charlie.

—Mira a quién encontré levantada y dando vueltas —dijo.

—Tengo que irme, Sophia. Te llamaré mañana. Con suerte, para entonces tus guardaespaldas se habrán ido. —Con eso, terminé la llamada, me levanté y extendí los brazos para abrazar a mi dulce niña—. Buenas tardes, Charlie-bebé. ¿Tuviste una buena siesta?

—Jugar fuera —dijo—. Tío Rex moto.

Mi piel se erizó con sus palabras y una extraña ligereza me invadió. Charlie había pasado de tener solo a mí, Sophia, Caroline y Franc en su círculo social a tener tíos apareciendo por todos lados.

—Va a llover —dije—. Tenemos que quedarnos dentro. ¿Vamos a buscar algo para ver en la televisión?

—Peppa —dijo y se retorció en mis brazos para bajar—. Tía Thea, Peppa.

Thea soltó una risita mientras Charlie la bajaba del taburete y la arrastraba fuera de la habitación.

—¿Qué es Peppa? —articuló en silencio hacia mí.

Puse los ojos en blanco. Pronto lo descubriría y tendría que verlo cinco veces al día durante los próximos seis años.

Capítulo Trece

Caleb

Después de salir de la casa segura, Cane y yo nos dirigimos directamente al club. Él conducía ya que era el coche de Thea, pero mi piel se erizaba. —¿Podrías ir más jodidamente lento? —le pregunté.

Sonrió con sorna y me miró de reojo. —De hecho, *jodidamente* puedo. ¿Quieres que lo haga?

—Vete a la mierda.

Cane se rio, pero no cambió la velocidad a la que conducía. Dirigí mi atención hacia la ventana, sabiendo que mantener el límite de velocidad era probablemente la mejor línea de acción. Las nubes se juntaban, cubriendo el cielo. Era todo lo que nos faltaba: lluvia.

—Parece que nos vamos a mojar —dijo Cane. Me miró dos veces antes de notar hacia dónde estaba mirando. Se rio de nuevo y sacudió la cabeza. Puto inmaduro.

Decidí ignorarlo y encendí la unidad de comunicaciones que Rex me había dado. El loco cabrón llevaba un juego de cinco en el maletero de su coche y nos las había repartido a cada uno antes de irnos. Solo Lucky tuvo que quedarse sin una, pero estaba con Jameson y podía mantenerse en contacto a través de él si era necesario.

—Enciende tu unidad de comunicaciones —le dije a Cane.

Se movió en su asiento y lo hizo. Rex dijo que las había probado y que todas funcionaban, pero no estaría de más que yo lo comprobara para estar seguro.

—¿Me oyes? —le pregunté a Cane. Antes de que tuviera la oportunidad de volver con algún comentario inteligente, añadí—: a través del puto auricular.

Sonrió como si me leyera la mente, pero confirmó que podía. Asentí, y las apagamos de nuevo. Rex nos había aconsejado a todos que las encendiéramos a las 7 de la tarde para conservar la batería.

Cuando llegamos al club, ya había unos veinte hermanos allí. Estos eran los miembros de Por Siempre Medianoche que se quedarían aquí y harían parecer que yo también. Tanto mi moto como la de Cane estaban entre las aparcadas fuera.

Una ola de temor me revolvió el estómago cuando salí del coche y la primera gota de lluvia cayó en mi cara. Hicimos el paripé de quedarnos charlando con un par de hermanos fuera durante un rato, por si Leo tenía a algún otro cabrón en su nómina vigilándome.

Dentro, nos movimos entre la multitud de hermanos. Sus cabezas se giraban en nuestra dirección, cada uno listo y esperando para ayudar donde fuera necesario. Deliberadamente pedí a aquellos con familia o seres queridos que se quedaran aquí. Y Bono había organizado voluntarios entre el resto. A algunos se les había pedido que fueran a Ancla de Medianoche y pasaran el rato allí. Greg y Cherrie les servirían cerveza sin alcohol, pero debían hacer parecer que estaban bebiendo. A otros se les había dado instrucciones estrictas de mantenerse alejados del lugar, así como horarios para recogida y transporte. No queríamos un camión lleno de Por Siempre Medianoche en el bar o en la carretera en esa dirección.

Después de algunas conversaciones y el rápido rechazo de más ofertas de ayuda, respiré hondo y agarré a Cane, que se había encontrado con Bono entre la multitud, y los tres fuimos a mi oficina.

—¿Todo listo? —pregunté.

Bono asintió. —Jameson acaba de llamar. Él y Lucky han entrado en el bar y en la

habitación de repuesto de arriba. Van a hacer parecer que hay una mujer y un guardia en la habitación a través de las cortinas. —Se movió hacia el alféizar de la ventana y se sentó en su borde.

A pesar de la ráfaga de lluvia torrencial que ahora caía del cielo y golpeaba la ventana, el día seguía siendo cálido, y el sistema de aire acondicionado lanzaba oleadas de aire frío por la habitación. No tenía ganas de agazaparme bajo la lluvia y esperar al acecho, pero quería que esto terminara de una vez. Todos lo queríamos.

Suspiré, abrí el cajón de mi escritorio y saqué la llave del armario de armas fijado a la pared. Odiaba usar armas. No era nuestro estilo. Pero no podíamos esperar que los Hijos Salvajes operaran con los mismos estándares que nosotros y las necesitaríamos como respaldo.

—Yo llevaré la SIG —dijo Bono, optando por su antigua arma de servicio.

—Eso deja la Glock para ti y la Ruger para mí —le dije a Cane mientras repartía las armas y algunas linternas.

—Acabemos con esta mierda de una vez —dijo Cane.

Asentí, y nos deslizamos por las escaleras traseras. Evitamos las multitudes, pero el profundo rumor de sus voces vibraba a través de las paredes. Bajamos hasta el nivel del sótano donde una escotilla oculta llevaba a un pequeño túnel. No habíamos usado esa cosa en años. Fue jodidamente útil para mi padre y los otros miembros del club en su día. En los tiempos en que las actividades de Por Siempre Medianoche no siempre eran del todo legales. Las telarañas y una humedad obstruían el aire, y las partículas de polvo parpadeaban en la luz de nuestras linternas. Teníamos que agacharnos, y nuestros hombros rozaban las paredes ya que el túnel no estaba construido para hombres de nuestro tamaño.

—Mierda —dijo Cane cuando unos escombros, causados por la actividad de personas y vehículos arriba, se desprendieron del techo y le cayeron en la cabeza.

Contuve una carcajada. Nunca había sido bueno en espacios reducidos. Por eso le encantaba tanto vivir en las montañas.

Intentó ponerse de pie y se golpeó la cabeza, maldijo y dejó caer su linterna en el proceso.

Bono se dio la vuelta y le alumbró la cara con su propia linterna.

—¿Ya terminaste? —preguntó cuando Cane finalmente dejó de maldecir—. ¿O vas a seguir hasta que cada cabrón en cien kilómetros te oiga y venga a ver qué demonios está pasando?

Cane solo le gruñó como respuesta. No había mucha gente que pudiera salirse con la suya hablándole así. Bono tenía suerte de contarse entre ellos.

Después de unos diez minutos, salimos a la lluvia torrencial a una buena distancia del club.

—¿Qué los demoró tanto? —dijo Cherrie mientras asomaba su loca cabeza de pelo rosado por la ventanilla de la camioneta de Greg y nos lanzaba una sonrisa diabólica—. Casi pensé que me convertiría en una vieja momia reseca antes de que aparecieran, chicos.

—A Cane se le ocurrió divertirse haciendo una rabieta en el túnel —dije mientras le daba un codazo.

—Te voy a dar una puta rabieta —dijo mientras Bono sonreía.

Resoplé y sacudí la cabeza, apresurándome a subir a la camioneta antes de que Cane decidiera que él mandaba y me robara el asiento delantero. Segundos después de que cerrara la puerta, Bono y Cane se subieron a los asientos traseros.

—¿Tom está bien con Greg? —le pregunté a Cherrie.

—Puedes apostar lo.

Greg había quedado bastante jodido por el hermanastro de Thea y eso lo había frenado. Ahora tenía más de sesenta años y no se recuperaba tan rápido como antes. Pero seguía siendo un tipo de cuidado y se aseguraría de que Tom cumpliera su papel como debía.

Me recosté en el asiento del coche y disfruté de la calma antes de la tormenta. Estábamos a treinta minutos de nuestro punto de encuentro, donde Cherrie nos dejaría para reunirnos con los otros hermanos.

Durante el viaje, mis emociones se agitaban y las imágenes destellaban en mi mente como luces pulsantes destinadas a volverme loco. Mi cabeza palpitaba al ritmo de la lluvia, y el incesante vaivén de los limpiaparabrisas me ponía los nervios de punta. A pesar de la preocupación que me atenazaba el estómago por Amber y Charlie, se sentía bien estar fuera con un propósito claro junto a mis hermanos. Demasiado a menudo pasaba el tiempo revisando registros comerciales o lidiando con disputas insignificantes. Esta noche, nos movíamos como uno solo con un objetivo claro, algo que no habíamos hecho desde que rescatamos a Thea de su familia. Íbamos a por Leo. Teníamos una dirección. Solo teníamos que esperar que el cabrón diera la cara.

Solté una risa irónica. Puede que pareciera que había estrellado mi moto contra un tanque, como dijo Lucky, pero le había propinado unos cuantos buenos puñetazos en la cara a Leo antes de que diera media vuelta y huyera, así que apostaba a que él tampoco era precisamente una imagen bonita.

—¿Creen que esto va a funcionar? —dijo Cherrie después de un momento.

—Funcionará —dije—. Tan pronto como dé la señal, Tom llamará a Leo para decirle que me vio en el club...

—¿Y cómo va a funcionar eso exactamente cuando quieras que vaya al bar?

Sonreí. Cherrie tenía un corazón de oro, pero la paciencia de una mamba negra y podía ser igual de agresiva cuando se la enfrentaba. —También le va a decir que mi amiga Amber Gerald se estaba quedando en el bar y que le pedí que pasara a verla. Cuando llegó, ella estaba descansando, así que volverá por la mañana.

Mi estómago dio un vuelco. No era gran cosa como plan, pero no podíamos estar seguros de que alguien hubiera visto llegar a Lucky disfrazado, pero sí verían a Tom. Un policía tiende a destacar, y el hecho de que él hubiera estado allí daría peso a la historia.

—Crees que Leo va a aparecer para evitar que Amber hable —dijo Cherrie mientras indicaba la salida de la carretera principal y giraba hacia un estacionamiento a una cuadra del bar.

—Ese es el plan. —No es gran cosa, me admití a mí mismo de nuevo, pero pensé que Leo se lo tragaría. Nunca había sido el tipo más listo de ninguna habitación.

Capítulo Catorce

Caleb

—Joder. Me estoy volviendo loco. Esto me está volviendo loco.

Eran las 9:30 y no había señales de Leo ni de ningún otro cabrón de los Hijos Salvajes.

Golpeé con el puño la pared donde estaba agachado bajo la cubierta del estacionamiento, oculto de la vista en el tercer piso con Cane y otros diez hermanos. Bono nos había dejado para ocupar otro punto de observación con el mismo número de hombres. El bar pulsaba con una música de mierda que me ponía los nervios de punta. Dentro había alrededor de ocho miembros del club Por Siempre Medianoche, y otros dos deambulaban bajo la poca cobertura que había en el estacionamiento del bar. Normalmente, se vería más gente merodeando, pero aunque la lluvia había disminuido un poco, había obligado a todos a entrar.

Maldije mi puta suerte y deseé que le hubiéramos dado a Greg la unidad de comunicación de Cane. Así sabría qué coño estaba pasando, pero de todos modos no habría podido usarla sin que lo vieran.

—Informe, Cane —sonó la voz de Bono en mi auricular—. ¿Has visto algún movimiento?

—Nada aún —informó Cane.

Joder, claro que no había nada aún. Al menos esperaba que un cabrón estuviera vigilando el lugar. Tom había hecho la llamada según lo planeado hace más de una hora. No debería haberle tomado tanto tiempo a Leo movilizar a sus hombres.

—Rex —dije, temiendo lo peor—. ¿Sigues con nosotros?

—Aquí estoy —dijo, pero su voz se superponía con estática—. Pero el clima está causando algunas interrupciones.

—¿Todo bien por tu lado?

—Todo bien y bien asegurado.

Asentí aunque sabía que no podía verme. Quería pedirle que pusiera a Amber en la comunicación, pero un miedo irracional de que si lo hacía, nuestra cobertura se vería comprometida me quemaba el corazón. En su lugar, no aparté los ojos del bar.

Después de un rato, la gente empezó a salir. Se arremolinaban junto a la puerta, con la mente nublada por el alcohol, las drogas, o ambas cosas. Ni un solo cabrón parecía probable que informara a Leo. La mayoría apenas podía mantenerse en pie. Poco a poco se fueron alejando. Algunos se subieron a taxis cuando llegaron. Otros se agruparon con conductores designados, alejándose en coche con la música a todo volumen compitiendo con la que aún salía del bar. Sus coches rugieron al arrancar y los neumáticos chirriaron al alejarse.

Greg solía llevar las cosas con mano dura y nunca dejaba que ningún cabrón se fuera en su coche si había bebido demasiado, pero supongo que esta noche todos teníamos la cabeza en otra cosa.

Mis hermanos fueron los últimos en irse, pero aun así, seguimos observando y esperando. Se encendió una luz en una ventana del piso superior y noté la silueta de la parte superior de una cabeza que parecía tener el pelo largo. Tenía que admitir que, si no supiera que era Lucky, me habría engañado pensando que era una mujer, pero no estaba seguro de que me convenciera de que era Amber.

—El bar está vacío —sonó la voz de Jameson en mi auricular. Eso significaba que solo quedaban él, Lucky, Greg, y Cherrie dentro.

Un rumor siguió a su mensaje, y un estallido de lluvia le siguió cuando los cielos se abrieron.

—Joder —dijo Cane—. Apenas puedo ver a dos palmos de mi cara con esta mierda. —El cielo nublado se había oscurecido aún más con la caída de la noche. Eso, junto con la lluvia, hacía casi imposible ver nada.

—Bono. ¿Aún tienes visión de la puerta? —pregunté.

—Negativo. La visibilidad se ha reducido.

Suspiré y solté el aire. —Vamos a tener que cambiar de posiciones. Manténganse agachados y muévase en grupos pequeños, vigilando el edificio cuando puedan.

El cielo volvió a retumbar y se me erizó el vello de la nuca cuando la lluvia y el viento arreciaron. Si Leo tuviera dos putas neuronas para hacer sinapsis, no saldría con esta mierda de tiempo. Tenía hasta la mañana para que cambiara el clima, y por lo que él sabía, Amber no iba a ir a ninguna parte.

Estaba a punto de maldecir mi puta suerte y prepararme para una larga espera cuando Cane me dio un codazo y señaló con la cabeza hacia la carretera.

—Tenemos compañía —dijo.

Un destello de luz parpadeó a través de la lluvia y me di cuenta de que el estruendo que había escuchado no era un trueno. Provenía de motos. Por los faros, conté seis motocicletas, pero era jodidamente imposible ver si Leo estaba entre sus conductores.

Una ardiente ira se acumuló dentro de mí mientras se dirigían directamente al bar y apagaban sus motores. Dudaron por un momento y a través de la bruma parecía que uno de ellos estaba al teléfono. Por la forma y el tamaño, podría haber sido Leo, pero no podía estar cien por ciento seguro. Mi principal preocupación en ese momento era que alguien hubiera descubierto nuestro plan y se lo estuviera haciendo saber. Pero pronto guardó el teléfono, y los cabrones se aparearon.

—Nos ponemos en marcha —dije—. Tan pronto como estén todos dentro. Bloqueamos las salidas y entramos.

Me preparé mentalmente. Los músculos de todo mi cuerpo se tensaron y se apretaron. Como le había dicho a Amber, puede que no planea matar a Leo —tenía toda la intención de ofrecerle la oportunidad de entregarse—, pero sin duda esperaba hacerlo.

Me volví para mirar a Cane y él asintió. Su determinación reflejaba la mía. Corrimos por la escalera. Aunque proporcionaba algo de cobertura, estaba expuesta a los elementos, y los charcos de agua de lluvia se mezclaban con otros de orina. El maldito lugar apestaba. Ignoramos el hedor y bajamos a toda prisa por los escalones de hormigón antes de detenernos en la puerta de abajo. La entreabrí y asomé la cabeza. La lluvia había amainado en los breves momentos de nuestro trayecto, y pude notar que habíamos llegado justo a tiempo para ver la puerta del bar cerrándose detrás del último cabrón. Habían entrado directamente por la entrada principal. Y como sabía que no había forma de que Greg no la hubiera cerrado con llave, tuvieron que haber forzado la cerradura.

—Están dentro —dije a través del comunicador a Bono.

—Vamos para allá —respondió—. ¿Dónde estáis?

—Estamos saliendo del aparcamiento ahora.

—No os dejéis ver —contestó como si fuera mi intención lanzar una maldita lluvia de confeti para anunciar nuestra llegada.

Después de una última comprobación para asegurarme de que el camino estaba despejado, nos deslizamos hacia la calle, asegurándonos de mantenernos en las sombras.

—¿Alguna acción por tu lado, Jameson? —preguntó Cane.

—Nada aún. Pero puedo oír movimiento en el bar.

—Estate listo —dije.

—Estamos en posición —dijo Bono mientras yo saltaba a la acera e indicaba a Cane que tomara posición al otro lado de la puerta. La cerradura estaba forzada y se entreabría un poco, pero no lo suficiente para ver adentro. Dado el tiempo que habían tenido, los Hijos Salvajes ya tenían que estar más allá de la pequeña área de recepción que conducía al área principal del bar.

Mientras Cane y yo sacábamos nuestras armas, nuestros otros hermanos se separaron en dos grupos detrás de nosotros e hicieron lo mismo. Después de que Cane asintiera para indicar que estaba listo, le hice saber a Bono y Jameson que íbamos a entrar.

Cane empujó la puerta con el pie. Entramos al bar, cubriéndonos las espaldas mutuamente. La luz de arriba bañaba el espacio confinado.

—Estamos dentro —susurré en mi micrófono antes de pedir a dos hermanos que se quedaran atrás para cubrir la puerta.

Me contuve, esperando que Bono y Jameson respondieran antes de avanzar. Aunque la adrenalina bombeaba por mi cuerpo a la maldita velocidad de la luz, mi corazón retumbaba en mis oídos, y no deseaba nada más que cargar de cabeza al bar y acabar con Leo, tenía que mantener la calma por el bien de Amber. En su lugar, me acerqué silenciosamente a la puerta principal que conducía al bar y esperé a que Jameson y Bono informaran que estaban listos para entrar.

Cuando Jameson dijo que los tenía a la vista y que Leo estaba entre ellos, di la orden de cerrar y abrí de golpe la segunda puerta.

Tan pronto como lo hice, todo se fue a la mierda.

Capítulo Quince

Caleb

Leo y sus hombres no sabían hacia dónde girar, pero sin dudarlo, abrieron fuego. Cane rodó y volcó una mesa. Una bala impactó en la madera sobre su cabeza, haciéndola astillar. Me arrastré hacia la habitación, cubriéndome detrás de otra mesa. Más balas golpearon el espejo y las botellas alineadas en la pared detrás de la barra. La habitación se llenó con el sonido de cristales rotos y el aroma dulce, y empalagoso del licor.

Eché un vistazo por el borde de mi mesa. Leo y sus cabrones no estaban a la vista. Pero la trayectoria de sus balas me indicó que estaban cerca de los baños. Cuando ese pensamiento cruzó por mi mente, me preocupé de que pudieran salir por las pequeñas ventanas del interior, pero sabía que era imposible. Estaban demasiado altas para acceder fácilmente y eran demasiado pequeñas para colarse por ellas.

Todo quedó en silencio, y el único sonido era mi respiración.

—Sal y pelea conmigo como un puto hombre —grité en la habitación demasiado silenciosa.

Leo se rio.

—Te gustaría eso, ¿verdad?

—Sí. Me jodidamente gustaría, cobarde.

—Siempre intentando demostrar cuánto mejor eres que yo. —Miré a Cane, y él se encogió de hombros. Ninguno de los dos tenía idea de qué mierda estaba hablando el cabrón.

—Caleb no necesita demostrar una mierda —dijo Cane—. Siempre ha sido mejor que tú.

Leo se rio de nuevo, pero esta vez había un tono amargo en su risa.

—Sí, eso me decía mi viejo —gruñó.

Miré al suelo y clavé la vista en el feo patrón de diamantes azules de la alfombra hasta que me dolió la cabeza.

—¿Es de eso de lo que se trata todo esto? —dije—. ¿Intentar demostrar algo a tu puto padre muerto? Todo este lío ha sido por algún jodido problema de inseguridad que tienes por no ser lo suficientemente bueno.

—¡QUE TE JODAN, QUE LE JODAN A MI VIEJO, Y QUE LE JODAN A NO SER LO SUFICIENTEMENTE BUENO!

Su voz sonaba cada vez más agitada, y unos pasos resonaron por la habitación. Me incliné por el borde de la mesa para intentar tener una mejor visión.

Sonó un disparo.

Una bala me rozó el brazo pero falló cualquier objetivo sustancial.

—SOY JODIDAMENTE MEJOR QUE TÚ. Me follé a tu chica para demostrarlo. Pensé que eso te jodería. Pero que ella te dejara lo hizo mejor de lo que yo nunca podría. —Leo se rio, y me di cuenta de lo loco y desquiciado que realmente estaba—. Ha sido lamentable ver lo bajo que has caído en los últimos años. Si mi viejo hubiera vivido para ver en el hombre en que te has convertido, vería lo patético que siempre has sido.

Mi mente daba vueltas. Años de problemas por unos celos mezquinos. Cuando pensé en lo que le hizo a Amber, quise machacarle la puta cara. Lo loco era que, en su mente retorcida, pensaba que eso lo hacía mejor hombre que yo. Su definición de hombre y la mía eran jodidamente diferentes.

Gruñí, y mis músculos se tensaron. Era hora de acabar con esto.

Antes de que tuviera la oportunidad de decir algo, Cane les gritó a los otros Hijos Salvajes:

—Vuestro presidente está jodidamente loco. Cualquier imbécil puede verlo. Esto no va a terminar bien. Ni para vosotros, ni para él. Os voy a dar una puta oportunidad de dejar las armas y largaros de aquí. Si Leo quiere demostrar cuánto mejor es que Caleb, que pelee con él uno contra uno.

—O puede entregarse e ir a la puta cárcel por lo que le hizo a Amber —añadí, aunque esperaba que no fuera la opción que elegiría.

Un murmullo de voces siguió. Luego, una tras otra, cinco armas fueron arrojadas al centro de la habitación.

—Que os jodan, cabrones —dijo Leo con una nota de pánico en su voz.

Caminó a plena vista. Su arma estaba sostenida en el aire sobre su cabeza. Me puse de pie y le encaré, mientras mis hermanos salían de sus escondites con cada una de sus armas apuntándole.

Miró por encima de su hombro a sus hombres que emergieron detrás de él, con las manos levantadas en el aire sobre sus cabezas.

Cane les indicó la salida por la que habíamos entrado. —Acompañenlos afuera y asegúrenlos —les dijo a nuestros hermanos más cercanos a la puerta.

—Buen puto viaje —gritó Leo a sus espaldas.

Dejó caer su arma al suelo, y mis hermanos bajaron las suyas. Yo coloqué la mía en el suelo junto a mis pies.

—¿Has tomado una decisión? —pregunté.

Leo caminó tranquilamente hacia la silla más cercana, la destrozó contra el suelo y arrancó una pata de entre los pedazos rotos.

—Supongo que sí —dije mientras la sopesaba en su mano.

Con el corazón acelerado, me abalancé hacia adelante, embistiendo a Leo como un ariete. Voló hacia atrás, pero logró mantener el equilibrio. Golpeó mi brazo con la pata de la silla. El cabrón apuntó un segundo golpe a mi cabeza.

Me agaché. La ira recorrió mis venas. Años y años de sufrimiento solo porque este hijo de puta tenía problemas con su papá. Lancé una patada baja a su pierna. Y fallé. Pero no me detuve.

Volvió a blandir la pata hacia mí. Esta vez, la atrapé, retorciéndola en sus manos. Tenía dos opciones: soltarla o arriesgarse a romperse la puta muñeca si la seguía sujetando. La soltó.

La dejé caer, le di un puñetazo en la cara y aplasté mi pie contra la parte posterior de su pierna. Su rodilla cedió, enviándolo al suelo. Se retorció buscando la pata de la silla. La aparté de una patada y lo golpeé de nuevo, sujetándolo por el cuello para evitar que cayera.

Se rio.

Me detuve.

La sangre goteaba de su nariz. Tenía el labio cortado en otro lugar, y su ojo estaba morado por nuestro encuentro anterior. Aun así, sentado en el suelo, se reía de mí.

—Crees que has ganado —dijo y escupió un coágulo de sangre a mis pies—. Pero mis hombres están con la chica y saben qué hacer con ella.

Sus palabras fueron como una puñalada en el puto pecho. —Rex —llamé por mi unidad de comunicación—. Rex, contéstame, joder.

Me volví hacia Cane y vi mi propio pánico reflejado en sus ojos. Su mirada iba de mí a Leo en el suelo detrás de mí. Antes de que tuviera la oportunidad de girarme, sonó un disparo.

En un abrir y cerrar de ojos, Leo había sacado una segunda arma. Pero alguien le disparó antes de que tuviera la oportunidad de dispararme. Miré hacia atrás a Cane. En la puerta detrás de él, por donde habíamos enviado a los hombres de Leo, apareció Tom con un arma en la mano.

La guardó y caminó hacia mí, mirando a Leo. —Oí que hubo un allanamiento —dijo—. Llamaré para informar que tengo al criminal.

Un extraño sonido gutural salió de Leo. Miré su rostro. La sangre burbujeaba de su boca y goteaba sobre el tatuaje de león en su cuello. Me tomó un momento darme cuenta de que seguía riendo.

—Ella... ella estará muerta al amanecer —dijo. Sus últimas palabras.

—Rex —llamé de nuevo. Seguía sin responder.

Capítulo Dieciséis

Amber

—¿Estás bien? —preguntó Thea.

Miré el bagel intacto en el plato que tenía en las manos, los coloqué ambos en la mesita auxiliar y fijé la vista en el reloj de la pared. Era poco después de las diez. Rex había pasado hace unos minutos para informarnos que Caleb, Cane y los demás seguían vigilando el bar y que aún no había nada que reportar. Sin embargo, le preocupaba que el clima estuviera interfiriendo con su señal de comunicación, como él la llamaba, y temía perder el contacto con los otros.

—No soporto estar aquí sentada, esperando, sin saber qué está pasando o si está a salvo. ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Thea suspiró.

—Quizás solo soy buena ocultando lo preocupada que estoy.

—Lo siento.

—No pasa nada. Estoy intentando mantener la calma, por el bien del bebé, pero no es tan fácil como puedas pensar. Supongo que simplemente soy buena escondiendo mis verdaderos sentimientos.

Le di una sonrisa irónica.

—Yo también soy bastante buena en eso.

Thea dio un sorbo de agua y miró a Charlie. Estaba dormida hecha un ovillo en el sofá a mi lado. No había querido llevarla a la cama cuando se quedó dormida. Estaba demasiado preocupada de que pudiera pasar algo y no pudiera llegar hasta ella.

—Debe haber sido difícil mantenerte alejada de Caleb cuando obviamente nunca dejaste de amarlo.

—Algunos días eran más fáciles que otros. —El sonido de la lluvia golpeando las ventanas y el viento afuera me hacían palpar la cabeza. Deseaba con todas mis fuerzas que el clima cambiara y Rex pudiera escuchar lo que estaba pasando en Castle Rock.

—Sabía que estaría molesto y herido —continué, hablando de Caleb—. Supongo que... simplemente me dije a mí misma que pronto lo superaría y me olvidaría. Pensé que era lo mejor. Quería evitar... —resoplé y sacudí la cabeza— quería evitar que ocurriera una noche como esta.

—Pronto terminará todo esto y podremos volver a preocuparnos por hacer que el día de la boda de Sophia sea el mejor que haya tenido jamás.

—Ojalá pudiera estar con ella ahora. Se suponía que íbamos a pasar tiempo juntas antes del gran día, y ahora ha tenido que hacerlo todo sola.

—Ella lo entiende.

—Lo sé. Eso es lo que lo hace mucho peor.

El viento arreció y azotó la lluvia contra la ventana.

—Veamos algo en la tele para ahogar el ruido. Nos dará algo en qué concentrarnos. —Thea levantó el control remoto y miró a Charlie de nuevo—. Perdón —dijo—. No pensé. ¿El ruido la despertará?

Sonreí.

—Si la tormenta no la ha despertado, dudo que cualquier ruido de la televisión lo haga. Tiene el sueño bastante pesado.

Thea sonrió y encendió la televisión, pasando canales hasta que nos decidimos por algo para ver. Pero las ventanas traqueteaban y la casa gemía, y se volvía cada vez más difícil

concentrarse en otra cosa.

—Menos mal que Rex hizo entrar a Billy y Stan o estarían al borde de la hipotermia a estas alturas —dijo Thea después de un rato.

Me levanté y moví las cortinas para mirar afuera. Estaba completamente oscuro y no se veía nada excepto las sombras ocasionales de las ramas moviéndose con el viento.

—Estas casas antiguas son encantadoras, pero con un clima así, da la sensación de estar siendo zarandeado como un barco en el mar.

Thea se unió a mí en la ventana.

—Al menos no corremos el riesgo de hundirnos.

Antes de que pudiera responder, las luces se atenuaron y la televisión se apagó. Durante unos latidos, las luces parpadearon como si lucharan por mantenerse encendidas. Pero también se apagaron, sumiendo la habitación en una oscuridad total.

Thea buscó a tientas mi mano.

—Charlie —dije, y nos movimos al unísono hacia el sofá, tanteando en la oscuridad.

Levanté a Charlie en mis brazos, pero empujé mi pie contra el de Thea para asegurarme de que mantuviéramos el contacto. Me esforcé por escuchar a través del ajetreo de la tormenta, atenta a cualquier sonido fuera de lo común. No había ninguno.

—No puedo oír a Rex ni a los demás moviéndose —dijo Thea, y me di cuenta de que tenía razón—. Creo que deberíamos ir al escondite que mencionó Rex.

No sé cuánto tiempo estuve allí de pie, demasiado asustada para moverme o incluso respirar. Estaba convencida de que si escuchaba lo suficiente, oiría a Rex y a los demás llamándonos. Él sabía dónde estábamos.

—De acuerdo —susurré finalmente y apreté a Charlie contra mí.

Thea buscó mi mano y sentí lo fría y húmeda que se había puesto.

—Estaremos bien —dije, aunque por las náuseas que me revolvían el estómago no estaba segura de que fuera así—. Probablemente la tormenta cortó la electricidad.

—Lo sé. Es solo que... no se me da muy bien la oscuridad.

Le apreté la mano con más fuerza. A mí tampoco.

—Puedo sentir el sofá contra mi pierna, así que eso significa que la puerta está por aquí —Thea me tiró hacia la derecha y la seguí.

Avanzamos a tientas a lo largo de la pared hasta que encontramos la puerta. Yo respiraba agitadamente, y mi corazón latía con fuerza cuando la abrimos. Más allá, el pasillo yacía en completa oscuridad.

Nos quedamos paralizadas. Mi respiración se entrecortó, y sentí que la de Thea también. —No creo que podamos encontrar el escondite en la oscuridad —dije.

—Vamos a la cocina. Vi una caja de fósforos en uno de los cajones. Podemos usarlos.

—Puede que también haya una linterna o algunas velas allí —Tiré de Thea en dirección a la cocina, palpando las paredes mientras avanzaba.

—Puedo distinguir apenas la forma de las cosas —dijo Thea—. Creo que mis ojos se están adaptando a la luz.

—En ese caso, iremos más rápido si tú guías. Yo todavía no puedo ver nada.

Nos movimos más rápido a medida que los pasos de Thea se volvieron más seguros. En segundos, estábamos en la cocina. Con las grandes ventanas y las cortinas abiertas, yo también pude discernir mi entorno en la tenue luz.

—Por aquí —dijo Thea y corrió hacia un cajón junto a la cocina.

Se oyeron pasos en el pasillo. Corrí tras ella. El viento continuaba su incesante aullido y

la lluvia golpeaba la casa como si estuviera decidida a borrarla de la faz de la Tierra. Alcé la mano y agarré una sartén del estante sobre la isla central para usarla como arma si fuera necesario, y Thea y yo nos agachamos detrás de la unidad de la cocina. Abracé el cuerpo cálido de Charlie contra el mío y, por primera vez en mucho tiempo, recé.

Los pasos se movían por la casa. Hubo un golpe seguido de una maldición. La persona se acercó.

—Thea —llamó una voz que reconocí—. Amber.

Un suspiro de alivio escapó de mi cuerpo. Lágrimas de alivio se acumularon en mis ojos.

Thea se puso de pie. —Billy —dijo al mismo tiempo que una figura oscura se abría paso por la puerta.

—Gracias a Dios —respondió él—. Cane me habría arrancado la puta cabeza.

—¿Qué está pasando? —preguntó Thea mientras yo me ponía de pie.

—Rex estaba preocupado por un corte de energía y dijo que había visto un generador en la parte de atrás mientras registraba los terrenos. Él y Stan fueron a ver si funcionaba.

—¿Dónde estabas tú? —pregunté sin poder evitar un tono de acusación en mi voz.

No podía ver claramente la cara de Billy, pero por su postura, sentí que estaba avergonzado por la respuesta. —Estaba arriba usando el baño de los niños —respondió después de un momento.

Me reí. Toda la situación era tan ridícula que era lo único que podía hacer.

Antes de que tuviera la oportunidad de recomponerme, las luces parpadearon y se quedaron encendidas. Un minuto o dos después, Rex y Stan se unieron a nosotros en la cocina.

—El generador está funcionando —dijo Rex, y volví a reírme.

Thea me sonrió y preguntó si la unidad de comunicación estaba funcionando.

Rex negó con la cabeza. —La señal del celular está entrando y saliendo.

Durante los siguientes diez minutos, todos nos quedamos juntos en la cocina. Ni Thea ni yo teníamos muchas ganas de estar solas de nuevo.

Billy había improvisado una cama para Charlie en la encimera de la cocina y yo me senté en uno de los taburetes con la mano sobre ella para evitar que se cayera mientras dormía. Solo me moví cuando mi celular sonó y vibró en la encimera donde lo había dejado antes. Me apresuré a revisarlo, esperando que fuera un mensaje que Caleb hubiera logrado enviar.

Casi se me cae el teléfono cuando lo leí.

—¿Qué pasa? —Thea estuvo a mi lado en segundos.

—Es de Sophia. Se está escondiendo. Hay alguien en su casa.

—Mierda —dijo Rex—. Tenemos que contactar a Caleb.

Capítulo Diecisiete

Caleb

Cane y yo corrimos hacia la camioneta de Greg con la intención de volver a la casa segura. Mi estómago se revolvía y, por la tensión en el cuello de Cane, estaba dispuesto a matar a cada cabrón que se cruzara en su camino si algo le había pasado a Thea.

Una parte de mí pensaba que las últimas palabras de Leo eran una última forma de joderme la mente, una manera final de vencerme en algo, pero una voz persistente en mi cabeza me seguía recordando la llamada telefónica que había visto hacer a su grupo antes de entrar en el bar.

—Mierda —dije y golpeé con los puños el techo de la camioneta.

—Guárdalo para cuando lo necesites —dijo Cane, así que solté un resoplido e intenté calmarme.

Alcancé la puerta cuando un crujido sonó en mis oídos. —Caleb, Cane, Bono. ¿Algún cabrón me escucha?

Cane y yo nos quedamos helados. —Rex. Joder, menos mal. Apenas te oigo. ¿Están todos a salvo?

—Amber, Thea y Charlie están bien. —Eché la cabeza hacia atrás y me la apreté de alivio.

—¿Quién está en problemas? —preguntó Cane, siempre más perceptivo que yo.

Mi alivio duró poco. Se me secó la garganta y me costó tragar cuando nos dijo que Amber había recibido un mensaje de Sophia hace unos minutos. Había vuelto a casa, se estaba escondiendo y alguien estaba en su casa.

—Mierda —dijo Cane, haciendo eco de mis palabras anteriores.

Saltamos a la camioneta y nos dirigimos a toda velocidad hacia el bungalow. Cane me lanzó su teléfono. —El número de Sophia está guardado ahí. Thea me lo dio cuando fuiste a Tatowhee.

Desplacé la pantalla del teléfono y busqué, mientras él aceleraba. Esta vez, no comenté sobre su velocidad. Dudaba que el camión pudiera ir más rápido.

Cuando calculé que estábamos a cinco minutos, marqué el número de Sophia, recé para que hubiera tenido el sentido de apagar el timbre, y esperé.

—Hola —susurró, y me resistí a gruñir de alivio.

—Soy Caleb. No hables, no hagas ningún ruido. Baja el volumen al mínimo y escucha. Si digo algo que no sea cierto, quiero que presiones algo en la pantalla. No oirás nada, pero yo sí —dije, y decidí empezar por lo obvio—. Hay alguien en tu casa y te estás escondiendo.

Ningún pitido.

—Hay un hombre.

Pitido.

—Dos.

Pitido.

—Tres. —Ningún pitido—. Bien, lo estás haciendo muy bien. Cane y yo casi estamos contigo.

—Tres —articuló Cane sin hablar, y yo asentí.

—Nos ayudaría saber dónde te escondes —continué. No añadí que era por si esto se convertía en un tiroteo y no quería que estuviera en la puta línea de fuego—. Estás debajo de una

cama. —Pitido—. En un armario. —Pitido. Tuve que pensar un rato. Mi puto cerebro dolía con el esfuerzo—. La bañera. —Pitido.

Cubrí el teléfono y me volví hacia Cane. —¿Dónde coño se esconde la gente? —pregunté.

Se encogió de hombros, pero entonces pareció que se le encendió una bombilla en la cabeza. —Thea mencionó una vez que solía esconderse bajo el fregadero de la cocina cuando era pequeña.

Pensé que era una posibilidad muy remota, pero pregunté si estaba allí.

Ningún pitido.

Cane detuvo el coche un poco más abajo en la calle del bungalow, apenas podíamos verlo. Había una luz encendida y una sombra pasó por la ventana rota.

—Estamos fuera —dije—. Voy a colgar...

Pitido.

—Tengo que hacerlo para entrar. Aguanta, estaremos contigo en un segundo. —Sin esperar otra respuesta, colgué.

Cane me lanzó una mirada tensa y salimos de la camioneta.

Corrimos a través de la calle, manteniéndonos agachados y en las sombras. Cuando llegamos al edificio, nos pegamos a la pared. —¿Cómo quieres jugar esto? —pregunté.

—De la misma manera que me gusta jugar todo —respondió—. Yendo directamente a la puta puerta.

A pesar de la jodida situación, sonreí y le di una palmada en el hombro. —Directamente a la puta puerta será.

Me enderecé y, junto a mi hermano de sangre, caminé hacia la puerta y llamé. —Sabemos que están ahí —dije—. Deben saber que Leo está muerto, y si no salen con las manos en alto, cabrones, se encontrarán en la misma puta situación.

Se escuchó un movimiento y, después de un rato, alguien dijo: —Voy a salir.

La puerta se abrió. Un cabrón salió con las manos en la cabeza. Se movía lentamente, bordeándonos en círculo como si intentara hacernos girar. Cane sonrió con suficiencia, agarró la puerta y la tiró hacia atrás dentro de la casa. El crujido y el grito de dolor cuando impactó contra un segundo cabrón resonaron por todo el vecindario. Un perro ladró.

Le di un puñetazo en la cara al cabrón que pensó que podía engañarnos. Al ver que íbamos en serio, el último cabrón levantó las manos y se rindió de verdad.

—¿Leo está realmente muerto? —preguntó.

—Lo está —respondí.

—Gracias a Dios por eso —dijo con evidente alivio en su rostro. Los otros se pusieron de pie y repitieron el sentimiento.

Dejé a Cane encargarse de ellos, fui a la cocina y abrí el armario debajo del fregadero. Efectivamente, apretujada dentro encontré a Sophia.

—Vas a estar bien —le dije—. Se acabó.

Capítulo Dieciocho

Amber

Parecía una eternidad mientras esperaba en la sala de estar a que Caleb regresara a la casa segura. La tormenta había amainado y la cobertura celular se había restablecido por completo.

Thea y yo habíamos pasado mucho tiempo al teléfono con Sophia, y nos alegró notar que parecía tener su habitual ánimo alegre después de su experiencia. Cane y Caleb la estaban dejando en casa de Ben antes de venir aquí. Sin duda, los dos que debían vigilarla iban a recibir una buena reprimenda.

Charlie había permanecido dormida y felizmente ajena a todo, y después de la llamada, decidí que finalmente podía acostarla. Mañana traería otro día emocionante, y al día siguiente sería la boda de Sophia.

Mi corazón parecía que iba a saltar de mi pecho cuando una camioneta se detuvo afuera. Thea me ganó a la puerta, corriendo hacia afuera y lanzándose a los brazos de Cane. Él no perdió tiempo en llevarla adentro, y agradecí a mi buena estrella que su habitación fuera la más alejada de la de Charlie.

Caleb se quedó junto al vehículo, mirándome por un rato, y mis viejas preocupaciones surgieron. Había cambiado de opinión; no nos quería a mí ni a Charlie. ¿Quién podría culparlo con todos los problemas que había causado?

Tragué el nudo que se estaba formando en mi garganta.

—¿Qué pasa? —pregunté, decidiendo que era mejor abordar el tema.

—Nada. Es solo que eres tan perfecta, y con la luz del pasillo brillando detrás de ti, pareces un ángel. Solo quería mirarte por un rato.

—¿De verdad?

—Así es.

—Bueno, sabes, no voy a ir a ninguna parte, así que vas a tener que mirarme para siempre.

—Suenas como el cielo —dijo mientras caminaba hacia la puerta para encontrarse conmigo.

El fuego explotó en mis venas cuando Caleb me atrajo hacia él y selló mis labios con un beso lo suficientemente ardiente como para iniciar un incendio forestal. Gruñó y me rodeó con sus brazos, me levantó y me llevó escaleras arriba. Abrió la puerta de una patada, y mis dedos inmediatamente fueron a mi boca para callarlo.

—No podemos despertar a Charlie —dije, y Caleb alcanzó la puerta en el último momento, evitando que se cerrara de golpe.

Con más cuidado, la cerró bien, y luego me hizo girar y me presionó firmemente contra la pared. Gemí mientras deslizaba sus labios por mi cuello y suavemente succionaba mi oreja. Sus dedos se enredaron en mi cabello. Me perdí en la sensación y el torbellino de emociones que ardían dentro de mí.

Mordí su labio inferior. Él gruñó de nuevo.

Me quité la camiseta por encima de la cabeza y me saqué el sujetador mientras Caleb me quitaba los vaqueros y las bragas.

Mi corazón retumbaba. Necesitaba a Caleb. Siempre había necesitado a Caleb. Solo había sido demasiado tonta, demasiado asustada y demasiado rota para darme cuenta.

Él se quitó la ropa y me dio la vuelta. Su mano se deslizó alrededor de mi cintura y me

apretó contra él. Todo mi cuerpo respondió a su tacto. El calor se acumuló en mi centro mientras sentía su excitación presionando contra mí.

Con un brazo alrededor de mi estómago, el otro se enredó en mi cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás. Caleb me mantuvo en su lugar y acarició el costado de mi cuello, mientras su otra mano recorría mi cuerpo hasta llegar a mi pecho. Mis pezones se endurecieron mientras Caleb jugueteaba con uno entre sus dedos, pellizcando y apretando hasta que no pude soportarlo más.

Me apoyé en él, descansé mi cabeza en su hombro y la giré para que mis labios pudieran alcanzar los suyos.

—Te quiero dentro —susurré, rozando suavemente mis labios contra los suyos.

Un gruñido bajo salió de su garganta, salvaje e indómito como el hombre que amaba. Caleb soltó su agarre de mi cabello y deslizó sus dedos por mi costado, haciéndome estremecer.

Encontró mi punto sensible y lo pellizcó. Jadeé y él hundió sus dedos en mi interior una y otra vez. Gemí de placer. Caleb retiró sus dedos y los frotó contra mis labios. Otro gruñido se formó en su pecho cuando los agarré y los llevé a mi boca, saboreándolos.

Me dio la vuelta, y la mirada en sus ojos convirtió mi cuerpo en fuego líquido. Mi corazón latía con fuerza y todo el aire salió de mis pulmones.

—Eres tan jodidamente increíble. Me encanta cuando te pruebas a ti misma para mí.

Me incliné para que pudiera sentir mi aliento en su oído cuando respondí. —Lo sé —dije.

Gruñó, y un escalofrío sacudió mi cuerpo. Lo necesitaba dentro de mí. ¡Ya!

Caleb me levantó contra la pared y me provocó en mi entrada con su miembro. Gemí de anticipación y envolví mis piernas alrededor de su cuerpo, deseando que entrara. Se introdujo tan jodidamente despacio que pensé que gritaría.

Caleb sonrió. —¿Me deseas? —preguntó.

—Joder, sí.

—Dímelo.

—Te deseo. Fóllame ya, por favor.

Caleb me mostró esa sonrisa de nuevo, pero empujó un poco más. Su enorme grosor me estiró hasta que, con una profunda embestida, entró completamente. Eché la cabeza hacia atrás y gemí.

—Más —exigí, y con cada embestida, Caleb me dio lo que quería.

Capturó mi boca con la suya y empujó su lengua dentro mientras introducía su miembro profundamente en mi centro. Su mirada se encontró con la mía, y vi el brillo travieso en sus ojos mientras se hundía en mí una y otra vez con cada centímetro de su miembro, golpeando mi trasero y espalda contra la puerta mientras me follaba.

Jadeé en busca de aire. Sus caderas se sacudieron. Gruñó de nuevo y se echó hacia atrás, deteniendo su movimiento. Trazó besos sensuales por mi cuello mientras me llevaba hacia la cama. Levantándome alto y sacándome de su miembro, me empujó sobre el colchón.

Mi corazón retumbaba y una ola de emoción hizo que mi estómago revoloteara mientras Caleb me observaba, estudiándome como si fuera la motocicleta Dyna Wide Glide que su padre le compró para su decimoctavo cumpleaños allá por el 2010.

Pero yo también lo estudiaba a él. Su cuerpo perfecto, tatuado y musculoso, su miembro erecto. Ambos duros y tensos, listos para hundirse en mí.

Una sonrisa diabólica jugaba en su rostro. Temblé. Incliné su cabeza entre mis muslos y pasó su pulgar por la parte superior de mi clitoris mientras sus dedos se hundían en mi núcleo húmedo y listo. Gemí, y él reemplazó su pulgar con su lengua, lamiendo y chupando mi clitoris

mientras bombeaba sus dedos dentro y fuera. Su barba incipiente de los últimos días rozaba mi piel y enviaba escalofríos por todo mi cuerpo.

Retiró sus dedos. Arquee mi espalda fuera de la cama mientras él me penetraba con su lengua. Su mano empujó mi estómago hacia abajo, manteniéndome en mi lugar mientras me sondeaba sin descanso.

Su fuerte mano se deslizó por mi cuerpo, sobre mis caderas y estómago, palpando hasta llegar a mi pecho. Giró las yemas de sus dedos sobre mi pezón, antes de pellizcarlo entre sus dedos y hacer que todo mi cuerpo temblara.

—Te necesito —dije, mi voz apenas audible por encima de mi respiración jadeante.

Caleb movió su cabeza de entre mis piernas y chupó mi pezón como un hombre hambriento. Pellizcó un pezón entre sus dedos y mordisqueó el otro, girando su lengua alrededor del botón tenso. No podía respirar con el calor y la intensidad que inundaban mi cuerpo.

Agarré su cabeza y lo empujé más cerca de mi pecho. Joder, lo deseaba. Todo el día, toda la noche, no podía tener suficiente. Teníamos cuatro largos años que compensar. Cuatro años secos en los que ninguno de nosotros había estado con otra persona. Iba a tomar todo lo que pudiera durante todo el maldito tiempo que pudiera.

Su rígido miembro se frotaba contra mi estómago, grande y duro, haciéndome jadear de necesidad. Pensé que podría morir si no se empujaba dentro de mí de nuevo, en este segundo. Como si leyera mis pensamientos, separó más mis muslos y guió la cabeza de su miembro a mi apertura, deslizando la punta dentro y sacándola de nuevo.

—Caleb —murmuré—, fóllame, ahora, por favor.

Caleb sonrió y embistió hacia adelante. Arquee mi espalda y le permití llenarme con la longitud de su eje. Jadeé mientras empujaba más adentro, y quería que me llenara completamente.

Su pecho duro como una roca se estremecía mientras pasaba mis dedos sobre él, trazando las líneas de sus tatuajes. El latido de su corazón coincidía con el ritmo del mío. Pellizcó mis pezones mientras embestía dentro de mí. El dolor erótico me acercaba cada vez más al clímax. Mi cuerpo temblaba debajo de él, mientras tiraba de mis caderas hacia adelante para encontrarse con las suyas y empujaba más fuerte y profundo.

—Más —el sudor cubría mi cuerpo y el placer pulsaba a través de mí, aumentando con cada ola.

Nos movíamos en perfecta sincronía. Intensas chispas de energía inflamaron mi cuerpo y me enviaron al borde del abismo. Agarré una almohada para ahogar un grito cuando la oleada de mi orgasmo me golpeó con una fuerza explosiva.

Sin tregua, Caleb retiró su miembro y succionó mi clítoris, deslizando su lengua por mi húmedo centro.

—Oh, Dios —gemí, sin estar segura de cuánto más podría soportar.

Caleb sonrió y levantó la cabeza por un segundo. Lo miré desde debajo de mi almohada.

—Shh —dijo antes de quitármela y lanzarla al otro lado de la habitación, volviendo a succionarme de nuevo.

Era demasiado. Mi clítoris palpitaba, y ola tras ola de placer me golpeaba mientras un segundo orgasmo me arrastraba al olvido.

Podía saborear mi excitación en sus labios cuando volvió a besarme. —Me encanta jodidamente la expresión de tu cara cuando te corres —dijo.

—Entonces creo que será mejor que te asegures de verla con frecuencia —dije entre jadeos entrecortados mientras intentaba recuperar la energía.

Cuando finalmente estuve segura de que mis rodillas me sostendrían, volteé a Caleb sobre su espalda y me moví para lamer la cabeza de su miembro. Sus dedos se enredaron en mi pelo, agarrándolo con fuerza. Recorrí con mi lengua alrededor de sus bordes hinchados y lamí el líquido preseminal que salía de su glande.

Caleb tomó una respiración profunda cuando lo introduje profundamente en mi boca. Deslicé mi lengua alrededor de su suave piel mientras subía y bajaba por su eje con mis labios. Agarró las sábanas con ambas manos, sus nudillos blanqueándose por la presión mientras empujaba hacia adelante, penetrando más profundo en mi boca. Me eché hacia atrás, provocándolo.

—Amber —su voz sonó entrecortada por la necesidad. Apretó su agarre en mi pelo y me empujó hacia abajo. Sonreí, lo introduje de nuevo y observé su rostro perfecto, incluso con los moretones que aún estaban lejos de sanar.

Sus ojos se pusieron en blanco. —Joder, Amber. Vas a matarme —gruñó, y luego me volteó sobre mi espalda—. Abre las piernas y tócate —exigió.

Me reí y abracé la sensación de cosquilleo en mi estómago que venía con los ojos de Caleb observando cada uno de mis movimientos. Deslicé mi mano sobre mi monte de Venus y encontré mi clitoris. Lo rodeé unas cuantas veces, pellizcándolo y rodándolo entre mis dedos antes de separar mis pliegues y empujar hacia adentro. Caleb gruñó y su mano se movió hacia su miembro. Sus ojos se llenaron de lujuria mientras me veía jugar conmigo misma.

Mis dedos se movían lentamente, provocando y acariciando, sumergiéndose dentro y fuera de mi centro. Caleb se acercó, arrodillándose entre mis piernas. Sus dedos se unieron a los míos, provocando mi húmeda entrada, mientras su otra mano subía y bajaba por su miembro, bombeando mientras me observaba.

Mi centro se apretó alrededor de sus dedos, deseando desesperadamente más. Agarró mis piernas y me jaló hacia adelante, levantando una sobre su hombro y apuntando su miembro hacia mi entrada.

—Te extrañé —dijo mientras se hundía en mí. Sus embestidas se hicieron más y más rápidas mientras me follaba sin sentido.

El aroma de mi excitación llenó la habitación. Caleb me penetraba una y otra vez. Siempre había sido un gran polvo, pero ahora, había algo más. Era como si estuviéramos unidos de nuevo. Había sido estúpida al dejarlo, estúpida al huir, pero seguro que disfrutaría recuperando el tiempo perdido. No podía imaginar mi vida sin Caleb en ella, y sabía que él sentía lo mismo por mí.

Me subió a su regazo, empujó sus caderas hacia arriba y tiró de mi cabeza hacia atrás antes de acariciar mi cuello con sus labios. El placer me inundó y no pude contener el grito que escapó de mis labios.

—Joder, Amber. Te extrañé tanto —dijo Caleb—. Córrete para mí, otra vez.

El miembro pulsante de Caleb se expandía dentro de mí. Temblaba, y mi centro se apretaba, ordeñándolo hasta la última gota. Liberándonos juntos, nos sumergimos en un orgasmo que lo consumía todo y que me hizo gritar, mientras Caleb ahogaba el sonido con su mano, echaba la cabeza hacia atrás y gruñía.

Quería llorar de alegría cuando se desplomó en la cama y se acostó a mi lado, nuestros cuerpos completamente agotados. Me giré sobre mi costado y apoyé la cabeza en mi brazo.

—Yo también te extrañé —dije, y Caleb soltó una carcajada sonora.

—Tenemos mucho tiempo que recuperar. —Me besó profundamente—. Muchísimo tiempo.

Me coloqué encima de él y apoyé la cabeza en mis brazos.

—Estaba pensando exactamente lo mismo —dije antes de morderle suavemente el labio inferior.

Epílogo

(Dos días después)

Amber

—Te ves bien en traje —dije y retrocedí para admirar a mi hombre—. Pero no pareces cómodo.

—Eso es porque no lo estoy, joder —respondió, y yo sabía que la única razón por la que había logrado que se pusiera un traje en primer lugar era porque le dije que Sophia lo había pedido. Sabía que él sentía que le debíamos algo por lo que Leo le había hecho pasar a ella y a su familia, y tenía razón. Lo mínimo que podíamos hacer era vestirnos apropiadamente para su boda.

Suspiré y miré alrededor de la sala. La boda había sido perfecta y pasó en un abrir y cerrar de ojos. Sophia estaba bailando con su impresionante vestido de encaje con cola de sirena. Ben estaba con ella, luciendo como si temiera tener dos pies izquierdos.

Le había dicho a Caleb que llamaría menos la atención con un traje que con su ropa de cuero, pero con los moretones exhibidos en todo su esplendor en su rostro, no creo que eso fuera posible. Además, los hermanos Landon destacarían en una multitud sin importar lo que vistieran.

Sonreí mientras él se removía inquieto. El hombre podía entrar impasible a un tiroteo, pero se retorció cuando lo obligaban a disfrazarse. Sonreí. Más le valía acostumbrarse, disfrazarse era uno de los juegos favoritos de Charlie.

La vi hablando con Thea junto a la barra. Thea había sido arrastrada allí por Cane, quien se veía tan incómodo en su traje como Caleb.

—Gracias por hacer esto —dije.

Caleb me atrajo hacia sí para un abrazo lateral y sonrió. Hasta ahora, había resistido la tentación de sobrevivir a su calvario ingiriendo grandes cantidades de alcohol, pero no estaba segura de cuánto duraría eso, especialmente ahora que Cane había cedido.

Estaba a punto de sugerirle que tomara una copa si eso lo ayudaba a relajarse cuando me preguntó si quería tomar aire por unos minutos en el balcón.

—Claro —dije y saludé a Thea con la mano antes de indicarle que Caleb y yo saldríamos. Ella estaba más que feliz de quedarse con Charlie.

El aire fresco despejó mi mente y eliminó el cansancio de mis ojos. Habían sido unos días de locos, pero me alegraba decir que las cosas se estaban calmando. Teníamos una habitación en el hotel para pasar la noche, pero planeábamos conducir a Denver por la mañana y recoger mis cosas y las de Charlie.

Caleb caminó hacia el balcón y miró las montañas circundantes. Después del clima tumultuoso que parecía reflejar los acontecimientos en mi vida, el cielo se había despejado y un brillante sol había roto las nubes para el gran día de Sophia.

A pesar del calor anterior, la noche había hecho que la temperatura bajara, y cuando me paré junto a Caleb, temblé. Él me ofreció su chaqueta y la acepté.

Levanté la mirada al cielo. Había muy pocas estrellas brillando sobre nosotros, pero una luna llena y brillante bañaba el paisaje con un resplandor plateado.

—Es bueno estar en casa —dije y metí las manos en los bolsillos de la chaqueta de Caleb. Mis dedos derechos tocaron instantáneamente una pequeña caja cuadrada, y la saqué, sosteniéndola en mis manos y mirándola boquiabierta.

Caleb giró la cabeza y me miró antes de hacer un doble take y arrebatármela de las manos. —No se suponía que vieras eso todavía —dijo.

—¿Qué... qué es?

Una sonrisa traviesa dividió su rostro y me atrajo para un fuerte abrazo. —Es una caja.

Le di una palmada juguetona en el brazo. —¿Y qué hay exactamente dentro de la caja? —pregunté.

—Algo.

Tragué saliva, agarré el cuello de su camisa y lo acerqué a mis labios. —¿Qué tendría que hacer exactamente para que me lo dijeras? —pregunté y mordisqueé su labio inferior.

—¡Joder, mujer! ¿Es el sexo lo único para lo que me quieres?

Incliné la cabeza y fingí pensar por un momento. —No, no es lo único para lo que te quiero. Pero definitivamente es un plus.

Sus labios se encontraron con los míos y su lengua se abrió paso dentro. Gemí al saborearlo, y él agarró mi trasero, apretándome contra su erección. Mi centro palpitó mientras me imaginaba a él empujando dentro de mí, provocándome con su miembro de la misma manera que provocaba mi boca con su lengua.

Me aparté y rodeé su cabeza con mis brazos. —No pensarás que me voy a olvidar de la caja tan fácilmente, ¿verdad?

—No, pero tendrás que esperar hasta después de la medianoche para ver lo que hay dentro.

—¿Y por qué exactamente?

Caleb acercó su boca a mi oído. —Porque es de mala educación proponer matrimonio en la boda de otra persona.

Mi respiración se entrecortó y mi corazón retumbó. Cuando sentí la caja, por supuesto que me lo había preguntado, pero realmente no pensé que fuera cierto. —¿Cuándo... cuándo tuviste tiempo de conseguir un anillo? —pregunté.

Caleb me dio una sonrisa irónica. —Hace cuatro años. Justo antes de que papá muriera. Él me ayudó a elegirlo.

Otra ola de arrepentimiento me invadió. —Lo siento —dije—. Lo arruiné todo para todos nosotros.

—No, no lo hiciste. —Me miró con una mirada amorosa—. Estuve pensando mucho en esto anoche. Sobre todos los arrepentimientos que tenía y cómo deseaba que las cosas fueran diferentes. Pero me di cuenta de lo estúpidos que eran. Leo vivió toda su vida mirando hacia su pasado. No podía dejarlo ir, pero nosotros sí podemos. Podemos seguir adelante y no dejar que nuestros arrepentimientos definan nuestro futuro. Podríamos desear haber pasado los últimos cuatro años juntos, pero ¿tú y Sophia serían amigas? ¿Cane habría tenido la oportunidad de salvar a Thea? No puedo decirlo con certeza, pero no lo creo. Te hiciste amiga de Sophia porque era alguien a quien podías recurrir y de quien yo nunca sospecharía. Cane solo estaba en el bar la noche que conoció a Thea porque yo estaba ocupado con los Hijos Salvajes y Leo. Si hubiera sabido sobre Leo hace cuatro años, lo habría matado en ese mismo momento y no habría habido problemas con los Hijos Salvajes. —Exhaló un suspiro y me sonrió—. Estoy divagando y no tiene mucho sentido —dijo.

—No. Todo tiene perfecto sentido. —Sonreí—. No más arrepentimientos.

—No más arrepentimientos —acordó—. Será mejor que entremos.

Se movió para alejarse, pero lo jalé de vuelta. —¿Qué hay de Charlie? —pregunté—. ¿Realmente nunca habrá arrepentimientos por no saber si es tu hija biológica?

Caleb sonrió. —Nunca. Por un lado, creo que lo es. Una mirada a sus ojos me lo dice. Pero incluso si ese no fuera el caso, sigue siendo mi hija, y nada cambiará eso jamás.

—No —asentí—. Nada cambiará eso jamás.

Me miró con una mirada llena de lujuria y sonrió maliciosamente. —Sabes, podríamos irnos de aquí. Sophia está demasiado emocionada como para notarlo o que le importe.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté.

—Bueno, podría pedirle a Cane y Thea que cuiden a Charlie por la noche. Podríamos ir a nuestra habitación y ver qué tan cómoda es la cama.

—Pensé que querías quedarte despierto hasta después de medianoche.

—No tengo intención de dormir.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello otra vez. —Y yo que pensaba que tendría que rogarte que me follaras.

—Oh, lo harás.

~

Nota del autor

Este libro fue traducido del inglés al español con la ayuda de inteligencia artificial y luego cuidadosamente revisado. Como no hablo español, no puedo evaluar personalmente la calidad de la traducción. Agradecería mucho recibir comentarios de los lectores sobre la traducción y sugerencias de mejora.

Este libro también forma parte de una serie, con otros tres libros ya disponibles en inglés. Si estás interesado en que estos libros también se traduzcan al español, me encantaría saber de ti. Tu apoyo y tus sugerencias ayudarán a dar forma a la continuación de esta serie en español.

¡Gracias por leer y por compartir tus pensamientos conmigo!

Puedes enviarme un correo electrónico a:

victoria@galeromance.com